

JOYAS LITERARIAS

PARA LOS NIÑOS



Obras de F. MARTÍ y ALPERA

Por las escuelas de Europa (2.^a edición). Prólogo
del Conde de Romanones. 4 ptas.

EN PREPARACIÓN

La construcción de escuelas en España.

La enseñanza de la moral.

40613

Félix Martí y Alpera



JOYAS LITERARIAS

PARA LOS NIÑOS

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE NUESTRA LITERATURA
Y COLECCIÓN DE BIOGRAFÍAS DE
NOTABLES ESCRITORES ESPAÑOLES, ANTIGUOS Y MODERNOS,
SEGUIDAS DE ARTÍCULOS, POESÍAS Ó TROZOS
LITERARIOS DE LOS MISMOS



MADRID

PERLADO, PAEZ y C.^ª

Sucesores de Hernando

Arenal, 11

1907

LIBRERIAS

UNAS Y OTRAS LIBRERIAS



MADRID

LIBRERIA

VALENCIA—*Imprenta de F. Vives Mora, Hernán Cortés, 6*

© *Biblioteca Nacional de España*



UNAS PALABRAS AL LECTOR

Yo quisiera, lector, quien quiera que seas, alumno ó maestro, niño ó adulto, que no pasaras por alto estas primeras líneas. Pretendo en ellas justificar la aparición de este libro ó disculparla al menos, y puedes con toda tranquilidad hacerme la ofrenda de tu atención sin temor á que te aburra con las monsergas tan frecuentes en estos casos. Ni te diré que este volumen ha de llenar un vacío, ni que viene á romper moldes; tampoco que no me guía afán alguno de lucro, ni impulso de vanidad...

Todas estas cosas, ni suelen ser verdad, ni á ti te importan. Solo puede interesarte saber por qué ha sido planeado el libro tal como se presenta y á qué convicciones pedagógicas responde. Y de eso voy á hablarte.

Al niño le interesa, esto es bien sabido, lo objetivo, lo sensible, lo nuevo, lo animado, lo dramático, lo maravilloso, todo lo que de una manera imprevista hiere sus sentidos ó impresiona fuertemente su imaginación. Por eso Calleja ha sido sin saberlo un gran psicólogo de la infancia. Ha publicado cuentos abominables; pero el chico los ha buscado con afán y los ha leído con avidez.

¿Quiere esto decir que debe aprender á leer el niño en los cuentos de Calleja? De ningún modo. Es éste el eterno problema de la enseñanza. Un asunto carece de interés por sí mismo y el maestro lo hace curioso, á veces fascinador, presentándolo bajo forma inesperada y atractiva ó asociándolo á un objeto de suyo interesante. Así el libro de lectura sin contener cuentos de hadas, ni narraciones fantásticas y disparatadas, ni personajes fabulosos, puede ser del gusto del niño.

Los primeros libros de lectura deben ser siempre una expresión sintética de la enseñanza intuitiva, experimental, anecdótica, moral, que ha de darse al chico. Y esos libros deben ser, no instrumentos mecánicos que el niño lleve en su cartera para abrirlos y cerrarlos maquinalmente á una voz del profesor, sino una cosa viva cuyo contenido dé lugar á oportunas más que frecuentes interrupciones, explicaciones cortas, animados diálogos. Solo así es admisible la enseñanza de la lectura. De otro modo es ésta de una monotonía atroz, y no á los quince años, como pretendía Rousseau, pero si hasta los nueve ó diez años debiera retardarse su aprendizaje.

Después, pasados los primeros grados de la lectura, al llegar el muchacho á las secciones adelantadas, debe elevar la puntería de su atención. El libro de lectura cambiará de aspecto. A las lecciones de cosas, á los cuentecillos, á los apuntes de ciencias físicas y naturales, deben sustituir los temas de historia, de sociología, de arte, de moral, la amena literatura y cuanto interesa, recrea y apasiona á los hombres. Y de tales libros, ¿cuál será mejor, el que escriba un maestro ó el formado con páginas de los grandes escritores? La cuestión no ofrece duda.

Además, estando formado de trozos selectos y de poesías de mérito indiscutible, proporcionamos al alumno un baño de literatura y le damos el gusto de las bellas letras.

Pero alguien dirá: Es que el libro meditado y escrito por un maestro ofrece la ventaja de acoplarse mejor á las condi-

ciones del niño, y su lenguaje es más fácil, más claro, más asquible á la inteligencia infantil.

Esto es indudablemente un error que hemos padecido muchos. Con la idea de hacer un libro de lectura para niños, se escriben textos que están llenos de ñoñeces y de lecciones sobre asuntos que el chico oye tratar continuamente en clase. Por otra parte, el lenguaje, en fuerza de ser claro, resulta tan pobre que no enriquece el vocabulario del alumno, y en él no tropieza ni con palabras desconocidas ni con giros nuevos. Y á la primera lectura el libro está agotado.

En el último período de la vida escolar, el niño no debe leer ya libros de niño. Al abandonar la escuela le aguarda el libro popular, la revista, el periódico, es decir, lo que leen los hombres. Toda la dificultad, como me decía una vez el ilustre Unamuno, está en la elección. ¿Deben preferirse los escritores antiguos á los modernos?

Nadie duda que las páginas del *Quijote* y las estrofas de Fr. Luis de León y de Garcilaso, por ejemplo, son de una belleza que resiste victoriosamente la implacable mudanza de los tiempos. ¿Pero quién duda también que si tratamos de llevar hasta el niño un eco de las grandes preocupaciones que inquietan á los hombres en la época presente y de orientarle hacia ideales novísimos por medio de la lectura, encontraremos cantera más rica y abundosa en los escritores contemporáneos?

El mismo asunto, los mismos problemas serán tratados de manera muy diversa por un médico, por un sociólogo, por un crítico de nuestros días, que por un escritor del siglo XVI. Por eso deben prevalecer los escritos de los pensadores y literatos contemporáneos; pero como queremos dar á nuestro alumno un barniz de literatura castellana, como pretendemos que guste el vino añejo de nuestros clásicos, después de leer á Galdós, á Valera y á Zorrilla, leerá á Calderón, á Cervantes y á Lope de Vega.

Al frente de cada poesía y artículo ó fragmento en prosa va la biografía de su autor. Esto lo he considerado indispen-

sable. Con la lectura de esa biografía se preparará el ánimo del pequeño lector, se le pondrá en antecedentes de lo que va á leer y, luego, más tarde, un nombre que nada diría á su inteligencia, levantará en su espíritu una estela de recuerdos.

Además, muchas de esas biografías nos presentan hombres que han llevado una vida pura y sencilla y que han sido grandes héroes de la constancia y del trabajo. Esas grandes figuras han de fortificar la voluntad de los muchachos, y al ponerse con ellas en comunicación espiritual, su ejemplo ha de levantar más de una vez en las almas juveniles un entusiasmo callado y fecundo.

Las que pensé que fueran breves palabras de presentación al lector, se están convirtiendo en pesadisimo prólogo. Es hora ya de concluir, pero permitidme los que hasta aquí hayáis llegado, una última observación. Nos ofrece esa pedagogía que muchos llaman moderna sin haberla estudiado, un aforismo transcendental que pudiéramos expresar así: *No debe haber impresión sin reacción*. O de otro modo: no debe el niño ver, oír, leer, observar alguna cosa que interese, sin explicarla y si puede ser, sin aplicarla.

Así, lo que el niño lea debe explicarlo siempre. Siempre. Es la manera de conseguir que lo que contiene la página leída eche raíces en el cerebro. Y el maestro en este punto no tiene excusa ni perdón.

F. M. A.



BREVE NOTICIA HISTÓRICA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

Tuvo nuestra literatura, como lo han tenido las literaturas de todos los países, un origen humilde y popular. Allá en los siglos XI y XII, cuando el castellano ó romance era un idioma naciente que poco á poco se iba emancipando del latín, y desordenado y tosco, no era hablado mas que por el pueblo, ni empleado mas que en las relaciones familiares, los hombres de letras, los filósofos, los teólogos, los juristas y cuantas personas se consagraban al estudio, escribían sus libros en latín, que era entonces la lengua de los doctos. Fueron los ciegos copleiros, los juglares, los trovadores, los que componían los cantares del pueblo, quienes hicieron los primeros intentos de versificación en romance. Y tras estas primitivas, espontáneas y rudas manifestaciones del verso castellano, aparecen las primeras poesías escritas, rústicas y vulgares aún, pero de una sencillez sugestiva y con rasgos notables algunas veces. De estas composiciones, que siempre tenían por objeto ensalzar á los santos y cantar

á los héroes, se conserva el *Poema del Cid*, de escaso mérito artístico, pero de un interés histórico grande, porque nos ofrece auténtica la infancia de nuestra poesía.

Nuestra lengua muéstrase de repente viril, rica, sonora, apta para expresar todos los matices del sentimiento y de la idea; idónea para producir todos los géneros literarios. En el campo de la prosa es de advertir ya que Fernando III, en la primera mitad del siglo XIII, manda traducir al castellano las leyes del Fuero-Juzgo, y que su hijo Alfonso X, á quien se puede considerar como el fundador del habla castellana, ordena que se dé á esta lengua carácter oficial y que se haga obligatorio su empleo en todos los documentos públicos, hasta entonces redactados en latín. Es el mismo rey Sabio quien da el ejemplo y escribe en castellano, con facilidad y elegancia, el famoso código de las *Siete Partidas* y su *Crónica general de España*, primeros y más respetables monumentos de la prosa castellana.

Las musas entre tanto no permanecen ociosas, y además de los poemas de autores anónimos como los de *José*, de los *Reyes Magos*, de *Santo Domingo*, de *Apolonio*, del de *Fernán-González* y otros, encontramos en el mismo siglo XIII esclarecidos cultivadores de la poesía tan conocidos como el citado rey D. Alfonso X, autor de las *Cántigas* y las *Querellas*; Juan Lorenzo Segura de Astorga, que escribió el *Poema de Alejandro*, y Gonzalo de Berceo, que canta en verso los *Milagros de la Virgen* y relata la vida de algunos santos.

El siglo XIV es en Castilla siglo de retroceso. La historia no registra más que rebeliones, guerras civiles, revueltas de los nobles, atrocidades y horrores. Aquel hermoso alborear de la literatura castellana se interrumpe bruscamente casi por completo. Sin embargo, algunos nombres se han salvado del olvido, entre los cuales citaremos el de Juan Ruíz, más conocido por el *Arcipreste de Hita*, autor del *Libro de cantares*, poema en que retrata la inmoralidad de aquellos tiempos; el turbulento infante D. Juan Manuel, que dejó un libro de apólogos, titulado el *Conde Lucanor*, y el cronista don Pedro López de Ayala, canciller de Juan I, que escribió,

en prosa, las crónicas de cuatro reyes, y, en verso, el libro de poesías titulado *Rimado de Palacio*.

*
* *

En el siglo XV la literatura castellana alcanza un repentino florecimiento. Los nobles, los grandes señores, los mismos reyes, hacen coplas y muestran gran afición á las musas. La corte de Juan II es una corte de poetas, que nos ofrece una extraña mezcla de rudezas y galanterías, de desmanes y delicadezas, de turbulencias y amabilidades cortesanas.

En este punto, la literatura castellana empieza á sentir el influjo intenso de los poetas italianos y provenzales. Había adquirido la lengua toscana en el siglo XIV, magnificencia y esplendor, y dos genios sublimes de la poesía, Dante y Petrarca, habían escrito en ella versos de eterna belleza, ásperos, profundos y grandiosos el uno; suaves, dulcísimos y delicados el otro. Al traspasar en alas de la fama, los montes y los mares, llegan á Castilla y ejercen una seducción irresistible en nuestros vates del siglo XV, que empiezan á ser desde entonces sus imitadores.

Pero mayor que la italiana fué la influencia que ejerció en nuestros escritores del siglo XV la poesía provenzal. Habíase extendido la llamada lengua de *oc*, desde la Provenza á Cataluña, Aragón y Valencia, donde se hablaba con cortas variaciones. En esta lengua escribieron cronistas como Muntaner y Desclot, filósofos como Raimundo Lulio y Arnaldo de Villanueva, y poetas como Jordi de Sant Jordis, Rocaberti y el valenciano Ausias March, el más famoso de todos. Los reyes de Aragón habían favorecido esta literatura; algunos de ellos fueron cultivadores de la poesía en lengua provenzal, y Juan I instituyó los *juegos florales* y los consistorios de la *gaya ciencia* ó *gay saber*, á semejanza de los que existían en Tolosa desde el año 1323. Pues en aquellos trovadores provenzales de vida errante y musa

erótica y cortesana, se inspiraron muchas veces los vates castellanos. A ello contribuyó mucho el célebre Marqués de Villena, magnate poderoso y de mucha influencia en Aragón y Castilla, autor de varios libros, entre ellos una especie de poética titulada *Arte de Trovar* ó de la *Gaya ciencia*.

Destácanse de la gran pléyade de poetas del siglo XV, Juan de Mena, con aventajadas dotes para versificar, el cual, en su poema el *Laberinto*, hizo, siguiendo las huellas del Dante, un cuadro alegórico de la vida humana; el ilustre Marqués de Santillana, amigo y discípulo del de Villena y autor de muchas composiciones líricas, entre las que sobresalen las canciones llamadas *serranillas*; Jorge Manrique, cuya hermosa canción á la muerte de su padre, parece escrita en nuestros días; Alonso de Cartagena, el Bachiller de la Torre y otros menos notables.

La prosa tuvo en este siglo menos escritores que la poesía, pero algunos hubo dignos de ser mencionados y leídos. Fueron éstos el Bachiller Fernán Gómez de Cibdareal, médico de D. Juan II y persona de toda su confianza, que en una colección de cartas titulada *Centón Epistolario* y en estilo fácil y chistoso, hace sin pretenderlo la historia secreta de la época; el Bachiller Alfonso de la Torre, que compuso una obra doctrinal, titulada *La visión delectable*; Fernando del Pulgar, que escribió la crónica de los Reyes Católicos y la obra *Claros varones de Castilla*, y otros varios que mostraron singular predilección por los relatos históricos.

Regístranse en este siglo algunos intentos de literatura dramática. Tuvo también este género un origen popular. Los mismos juglares que compusieron los primeros cantos en romance, son los que hacen los *juegos de escarnio*, especie de farsas cortas, improvisadas generalmente y representadas en la plaza pública. Este mismo arte de la representación había sido introducido ya en los templos para reproducir en las solemnidades sagradas los *misterios* de la religión. Tras este incierto despertar del género dramático vienen los *pasos* y los *entremeses*, que son piezas cortas que reproducen por escrito

los juegos de escarnio, y algún ensayo de poesía dramática, más por la forma que por la intención, que se descubre en el siglo XIV. Y es menester remontarse al último tercio del siglo XV para encontrar escritores como los marqueses de Villena y de Santillana que se ejercitan ya en esta manifestación de la literatura, ó como un Juan de la Encina, que es el primer autor que nos dejó una colección de piezas, escritas con tendencia dramática.

*
* *

El siglo XVI es el *siglo de oro* de las letras castellanas. Es el siglo de Garcilaso, de Lope de Vega y de Cervantes.

Acababa de realizarse la unidad nacional, y amparado por los mismos Reyes que la llevaron á cabo, Cristóbal Colón descubría un Nuevo Mundo. Los soldados españoles se cubrían de gloria en Italia y en América, y España alcanzaba una enorme, fabulosa extensión territorial. La luminosa labor de nuestras Universidades de Salamanca y Alcalá era cada vez más espléndida y extensa; comenzaban á fructificar los gérmenes de cultura sembrados por los Reyes Católicos, y favorecida por la invención de la imprenta empezó á surgir una gloriosa legión de artistas del pensamiento y de la palabra, que llenan todo el siglo XVI. Imposible de todo punto es estudiarlos á todos en pocas páginas. Por eso y porque á los más notables escritores españoles posteriores al siglo XV los estudiamos separadamente en el curso del libro, lo que de esta breve reseña queda, será, más que otra cosa, una relación de nombres de autores y de títulos de sus obras.

A principios del siglo XVI tuvo lugar una verdadera revolución de la poesía española. Se adoptó el verso endecasílabo y se aclimató el soneto. Juan Boscán, grande amigo de Garcilaso y hombre muy culto, aficionado á

la literatura italiana, fué el que trabajó más por implantar esta transformación. De ella se aprovechó Garcilaso de la Vega, que con sus églogas y canciones abre una nueva era á nuestra poesía. En él es todo nuevo: la medida de los versos, la sencillez y naturalidad del lenguaje, la fluidez de las imágenes. Y tras de Garcilaso vienen Fray Luis de León, que compuso odas bellísimas; Hernando de Herrera, llamado el *Divino* por sus magníficas odas heroicas; Alonso de Ercilla, que escribió *La Araucana*, poema épico-histórico; Balbuena, autor de *El Bernardo*, y Góngora y Quevedo que alcanzan ya parte del siglo XVII.

Pero donde brillan nuestros grandes poetas es en el Teatro. A los trabajos de Juan de la Encina, siguen los de Torres Naharro y Lope de Rueda, que hacen ya piezas representables, y en la misma época tiene lugar la publicación de *La Celestina ó tragicomedia de Calixto y Melibea*, uno de los monumentos de nuestra literatura dramática, aunque no es representable por su mucha extensión, empezada por Rodrigo de Cota y terminada por Fernando de Rojas.

Pero el verdadero fundador de nuestro teatro nacional es Lope de Vega. Fué él quien imprimió una orientación fija al género dramático, hasta entonces confuso ó monstruoso. Rompió los antiguos y estrechos moldes clásicos, se apartó de las reglas que los que le habían precedido consideraron intangibles y dió á las obras teatrales sencillez, verdad y proporciones regulares. Fué además muy español su teatro porque buscó en el fondo del alma nacional ideas y pasiones para sus dramas. Así en sus obras como en las de aquellos dramaturgos que le suceden y le imitan, los personajes son valientes, enamorados, puntillosos y cristianos. El monarquismo, el honor, la religión y la galantería son los motivos fundamentales de todos los argumentos, de todas las situaciones.

Y tras de Lope de Vega vienen Tirso de Molina y Calderón, de los cuales ya hablaremos más adelante; Moreto, autor de *El desdén con el desdén*; Alarcón, de *La verdad sospechosa*; Rojas, de *García del Castañar*, y

otros de segundo orden como Guillén de Castro, Vélez de Guevara y Pérez de Montalván.

En la prosa tuvimos historiadores como Hurtado de Mendoza, Mariana, Moncada, Melo y Solís; escritores místicos como el P. Granada, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, y escritores políticos y pensadores como Antonio Pérez, Quevedo, Saavedra Fajardo, Luis Vives y Gracián.

En el campo de la novela encontramos libros de caballería como *Amadis de Gaula* y *Tirante el blanco*, los más antiguos de todos; novelas pastoriles como la *Diana* de Montemayor y la *Galatea* de Cervantes, y picarescas como el *Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza; el *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes; las de Vicente Espinel y Mateo Alemán, y el *Buscón* ó *La vida del gran tacaño*, de Quevedo. Pero la primera de nuestras novelas, la que por la gracia y elegancia del estilo, y por la profunda filosofía que encierra, será siempre la joya más preciada de nuestra literatura, es el *Quijote*, de Cervantes.

*
* *

La misma lastimosa decadencia que experimenta España en el siglo XVIII, adviértese en su literatura. La España intelectual de la segunda mitad de esta centuria, parece que sufre repentina parálisis y que se han secado las fuentes del ingenio y del saber, de donde manaron abundantes y esplendorosas la prosa y la poesía. Necesitamos llegar á la segunda mitad del siglo XVIII para conocer á un poeta tan tierno y amable como Meléndez Valdés; á fabulistas como Iriarte y Samaniego; á prosistas como el P. Isla y el P. Feijóo; á reformadores del teatro español como los dos Moratines.

Los grandes transtornos, las supremas angustias que sufrió nuestra patria en el siglo XIX, no impidieron la aparición de notables poetas, novelistas, historiadores y dramaturgos. Son pruebas de ello, las biografías y las pá-

ginas de nuestros literatos modernos que nos esperan en primer término. Ellas nos enseñarán que también hoy tenemos grandes escritores, y que podemos y debemos estudiar nuestra literatura clásica; pero sin menospreciar la obra de los prosistas y poetas de nuestros días, que por lo mismo que es la más próxima á nosotros, es la que antes nos importa conocer.



D. Benito Pérez Galdós

Con la gran figura de Pérez Galdós, la más grande de las letras españolas contemporáneas, inauguramos esta galería, por la que veréis aparecer los más ilustres escritores, seguidos de unas páginas arrancadas á su producción literaria, que de seguro servirán para vuestra ilustración y regalo.

Pero vosotros los niños, cuando oís hablar de algún personaje, sentís frecuentemente más curiosidad que por sus obras, por saber qué clase de persona es; cómo habla, cómo viste, si es alto, si es bajo, si rubio ó moreno, si lleva barba ó bigote sólo. Pues yo quiero satisfacer esa natural curiosidad vuestra diciéndoos que D. Benito Pérez Galdós es un señor alto, de continente y modales tranquilos y reposados, que viste modestamente y que habla poco, muy poco, y que se fija en todo y observa mucho. Y su cara, una cara poco expresiva, vulgar si se quiere, con un bigote entrecano y unos ojos pequeñitos y penetrantes, os ofrece á los muchachos una enseñanza: la de que no debéis juzgar únicamente por las apariencias, ni formar opinión de una persona sólo por su fisonomía. Viendo sin conocerle al señor Pérez Galdós, le tomariais por un tendero ó un pequeño propietario, sin sospechar remotamente que bajo su aspecto de hombre callado y modesto, despegado de la vanidad social, se oculta una de las mayores glorias españolas.

Cuentan sus biógrafos que D. Benito, como familiar y cariñosamente le llama todo el mundo, nació en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de Mayo de 1843, que á los veinte años marchó á Madrid á estudiar la carrera de abogado y que empezó á escribir artículos políticos y de crítica literaria y musical en varios periódicos, hasta que con *La Fontana de Oro* y *El Audaz* empezó la serie interminable de sus obras novelescas y con ella la cadena de sus triunfos. Desde entonces este hombre ha perseverado bravamente en la senda de ruda labor artística que se trazó, y con una tenacidad admirable, haciendo una obscura vida de obrero intelectual, sin treguas, sin desfallecimientos ha ido produciendo obras magníficas que han sido honra y gala de nuestra literatura nacional. Es Pérez Galdós un insigne novelista, un notable dramaturgo; pero es también un gran trabajador, y bueno es reconocer que sin esa laboriosidad suya, sin su esfuerzo vigoroso diario, constante, ordenado, no hubiera publicado tantos y tan hermosos libros, ni hubiera alcanzado su nombre celebridad universal.

Entre las novelas de la primera época debemos citar

Doña Perfecta, de la cual se han hecho numerosas ediciones y vendido más de 40.000 ejemplares; *Gloria, Mariánela*; entre las contemporáneas, *La desheredada, Fortunata y Jacinta, Angel Guerra, El Abuelo y Casandra*. De sus obras teatrales no podemos olvidar *Realidad, La loca de la casa, Electra, Mariucha*.

Pero en lo que acaso se ha destacado con más relieve la personalidad literaria de D. Benito es en sus famosos *Episodios Nacionales*. De ellos puede decirse, como se dijo de las novelas de Walter Scott (1), que son más verdad que la misma historia. Son los más populares, *Trafalgar*, del cual son las hermosas páginas que vais á leer á continuación; *La Corte de Carlos IV, Zaragoza, Gerona, La batalla de los Arapiles, Luchana, La campaña del Maestrazgo*.

En todas sus obras el señor Pérez Galdós emplea un lenguaje sencillo, correcto, elegante, y su prosa corre caudalosa, reposada, transparente, con la serena majestad de los grandes clásicos.

Digamos para terminar que D. Benito es académico de la Española y que sus obras han sido traducidas al francés, inglés, italiano, alemán y ruso.

EL COMBATE DE TRAFALGAR

...El sol avanzaba hacia el zénit, y el enemigo estaba ya encima.

—¿Les parece á ustedes que esta es hora de empezar un combate? ¡Las doce del día!—exclamaba con ira el marinero, aunque no se atrevía á hacer demasiado pública su demostración, ni estas conferencias pasaban de un pequeño círculo, dentro del cual yo, llevado de mi sempiterna insaciable curiosidad, me había ingerido.

(1) Novelista inglés.

No sé por qué me pareció advertir en todos los semblantes cierta expresión de disgusto. Los oficiales en el alcázar de popa y los marineros y contra-maestres en el de proa, observaban los navíos sotaventados y fuera de línea, entre los cuales había cuatro pertenecientes al centro.

Se me había olvidado mencionar una operación preliminar del combate, en la cual tomé parte. Hecho por la mañana el zafarrancho, preparado ya todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo á maniobras, oí que dijeron:

—La arena, extender la arena.

Marcial me tiró de la oreja y llevándome á una escotilla me hizo colocar en línea con algunos marinerillos de leva, grumetes y gente de poco más ó menos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega se habían colocado, escalonados en los entrepuentes, algunos marineros, y de este modo iban sacando los sacos de arena. Uno se lo daba al que tenía al lado, éste al siguiente, y de este modo se sacaba rápidamente y sin trabajo cuanto se quisiera. Pasando de mano en mano, subieron de la bodega multitud de sacos, y mi sorpresa fué grande cuando ví que los vaciaban sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos, extendiendo la arena hasta cubrir toda la superficie de los tablones. Lo mismo hicieron en los entrepuentes. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenía al lado.

—Es para la sangre,—me contestó con indiferencia.

—¡Para la sangre!—repetí yo sin poder reprimir un estremecimiento de terror.

Miré la arena; miré á los marineros, que con gran algazara se ocupaban en aquella faena, y por un instante me sentí cobarde. Sin embargo, la ima-

ginación, que entonces predominaba en mí, alejó de mi espíritu todo temor, y no pensé más que en triunfos y agradables sorpresas. El servicio de los cañones estaba listo, y advertí también que las municiones pasaban de los pañoles al entrepuente por medio de una cadena humana semejante á la que había sacado la arena del fondo del buque.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigía hacia nosotros, y traía en su cabeza ó en el vértice de la cuña, un gran navío con insignia de almirante. Después supe que era el *Victory* y que lo mandaba Nelson.

Eran las doce menos cuarto. El terrible instante se aproximaba. La ansiedad era general, y no digo esto juzgando por lo que pasaba en mi espíritu, pues atento á los movimientos del navío en que se decía estaba Nelson, no pude por un buen rato darme cuenta de lo que pasaba á mi alrededor.

De repente nuestro comandante dió una orden terrible. La repitieron los contramaestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los montones, trapearon las gaviás.

—¡En facha, en facha!—exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento.—Ese condenado se nos quiere meter por la popa.

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del *Trinidad* para estrecharle contra el *Bucentauro*, que venía detrás, porque el *Victory* parecía venir dispuesto á cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda aquella desenvoltura propia de los marineros, familiarizados como Marcial con la guerra y con la tempestad.

Entre los soldados ví algunos que sentían el malestar del mareo, y se agarraban á los obenques para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero por lo común todos eran de leva, obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate mas que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo, la idea de Dios estaba en todas las cabezas.

Por lo que á mí toca, en toda la vida ha experimentado mi alma sensaciones iguales á las de aquel momento. A pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y les admiraba al verles buscar con tanto afán una muerte segura.

Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió á ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el Rey y su célebre Ministro, á quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pácotilla de ingleses y franceses después. Me representaba,

pues, á mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era tan parecido á la barbarie como un huevo á otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer á aquella casta de matadores de moros.

Pero en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la obscuridad un hermoso paisaje.

Me representé á mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje; el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la trave-

sura é inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilan caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia á nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara.

Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia ó con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado. Parecíame, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer; me acordé de todos los españoles, á quienes consideraba asomados á una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, á quien dirigí una oración que no era Padre-nuestro ni Ave-María, sino algo nuevo que á mí se me ocurrió entonces. Un repentino estruendo me sacó de mi arrobamiento, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.

B. PÉREZ GALDÓS.

(*Trafalgar*)





LOS NUEVOS POETAS

Muertos Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce, nuestros últimos grandes poetas, no ha surgido entre nosotros, en esta rama de la literatura, escritor alguno de mérito tan extraordinario y de producción tan perfecta y copiosa que haya recibido el aplauso fervoroso y unánime que se tributa á las glorias literarias reconocidas y consagradas.

Pero si no astros de primera magnitud, han aparecido en nuestros días jóvenes poetas muy estimables que han publicado inspirados poemas, versos hermosos de gusto exquisito y refinado, que parecen anunciar un esplendoroso renacimiento de la poesía española.

A esta pléyade de nuestros poetas pertenecen Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa, Vicente Medina, Juan R. Jiménez, Salvador Rueda, Machado y otros varios. Ni los hemos nombrado á todos ni tenemos seguridad de que son éstos mejores que los demás, que no siempre es justa la fama y el aprecio público saca en todos los casos de la obscuridad y del olvido á los que merecen el aplauso de las gentes.

A nosotros nos basta saber que los poetas citados han producido muy buenos versos y que sus obras son garantía de la reputación que gozan.

No permite la extensión de esta obrita que los estudiemos á todos; pero si daremos de algunos una ó dos composiciones, que leídas con gusto y atención, nos servirán para formarnos de ellos una idea más cabal que la que nos ofrecerían largas y prolijas explicaciones.

La primera muestra que damos es un fragmento de *Los Leñadores*, poema de Eduardo Marquina, inspirado y culto poeta que á un manejo fácil y elegante del castellano, une imágenes brillantes y pensamientos audaces, envueltos muchas veces en transparentes velos de vaguedad y misterio ó expuestos en forma de símbolos deslumbradores.

Las poesías de Marquina hacen sentir y pensar.

LOS LEÑADORES

(Fragmento)

En la tarde de fiesta
dejan los leñadores la montaña.
Adereza mi amor la blanca cesta,
y echamos por la cuesta,
que un sol de ocaso dulcemente baña.

Ya al final de la senda
(donde, otros tiempos, un asilo noble
bajo su verde tienda
nos prestaba el ramaje
de un heráldico roble),
tendemos las miradas al paisaje.

.

Y yo:—Por vida del bosque
que es hora de fantasías:
si nunca te la prometo
nunca vendrás á pedírmela;
y yo tengo una casa,
aderezada y munida,
donde, al placer de habitarla,
se te harán cortos los días.

No sé si está cerca ó lejos,
que es hora de fantasías;
no sé si ayer la empezaron,
no sé si estará concluída;
pero, mira,
aquellos troncos de pino
van á servirme de vigas.

En la casa, un cuarto grande

con ventanales que miran
los de una parte á montaña,
los de otra parte á marina.

En un rincón una mesa
para las historias mías;
junto á la mesa, un sillón;
junto al sillón, una silla.

No sé si el cuarto te place,
que es hora de fantasías;
no sé si habrá en la ventanas
tus seis macetas floridas;
pero, mira,
la mesa, silla y sillón,
nos saldrán de aquella encina.

En lo mejor de otro cuarto
tu arcón de madera fina,
bien perfumado de hierbas
con que la ropa es más limpia;
sobre tu arcón, en dos jarros,
ramas de almendro floridas;
y una piel junto al arcón
á donde hincar las rodillas.

No sé si el arcón es grande,
que es hora de fantasías;
ni si la luz que lo alegra
te es bastante ó te es mezquina;
pero, mira,
para el arcón aquel roble
nos dará madera fina.

Viene con más pompa en todo
la alcoba opulenta y rica,
que ha de llegarse á habitarla
la majestad de la vida.

La cama está bien compuesta
de columnas retorcidas,
todas labradas á torno,
obra que se lleva días.

No sé si son las columnas

una para cada esquina,
 ó si un barandal protege
 la cabecera pulida;
 pero, mira,
 serán de aquellos nogales
 las columnas retorcidas.

Los haces nos darán leña
 con la que el hogar se anima:
 bien te gustará, en invierno,
 sentir sus tibias caricias.

De un tronco viejo, una imagen
 haremos y una capilla;
 cosa para tí de rezos,
 para mí de poesía.

No sé si acabe la casa,
 que es hora de fantasías;
 no sé si la tengo cerca
 ó si de lejos me atisba;
 pero, mira,
 sin este dolor del bosque
 tal vez nunca existiría.

*

Maravillada y suspendida queda,
 el hombro amigo su cabeza oprime,
 y ve flotar sobre el dolor del bosque
 la vaga creación que lo redime.

EDUARDO MARQUINA.





D. José Manuel Piernas Hurtado

Aunque ha publicado obras muy notables, más se conoce al Sr. Piernas y Hurtado como hombre de ciencia y catedrático ilustre que como escritor. Nació en Madrid en 1843 y fué en la misma capital de España donde estudió con gran lucimiento la carrera de Derecho. Obtuvo por oposición la cátedra de Economía Política y Estadística, y más tarde, por oposición también, la de Hacienda pública que actualmente desempeña en la Universidad Central. Ha desempeñado cargos de importancia y ha dado á luz entre otras obras las siguientes: *Tratado de Hacienda Pública y examen de la española, Principios elementales de la ciencia económica, Ideas y noticias económicas del Quijote.*

Ahora leamos el siguiente artículo debido á su pluma y escrito expresamente para los niños. En él se exponen con mucha claridad ideas que todos debemos conocer sobre un tema importantísimo.

EL TRABAJO

¡Cuántas veces habréis oído decir: qué malo es trabajar! Y en otras ocasiones, cuando se trata de una persona, afligida por desdichas ó enfermedades, sabéis también como se dice de ella, que pasa muchos *trabajos*.

Pudiera esto haceros pensar que el trabajo es un dolor, un sufrimiento, una pena, que debe evitarse á toda costa, y tal creencia viciaría vuestra educación, dañaría á vuestra conducta y tendría consecuencias funestísimas para vuestro porvenir.

Reflexionad un instante ó escuchadme unos momentos, y os convenceréis de que, por fortuna para la humanidad, aquellas locuciones son falsas y esa idea una gravísima preocupación, que debéis arrojar de vuestro espíritu.

Trabajar es emplear nuestras facultades, la inteligencia ó los brazos, en formar cosas útiles ó prestar servicios á nuestros semejantes.

Pues bien: todo cuanto nos rodea, los campos cultivados, los pueblos que habitamos, lo que nos libra del hambre y de la intemperie, lo que nos ilustra ó nos distrae, las enseñanzas del maestro, la asistencia del médico, la protección del juez, los consuelos del sacerdote, todo absolutamente lo debemos al trabajo. Si nuestros antecesores no hubieran hecho grandes esfuerzos, no tendríamos ahora los medios de civilización y las riquezas que disfrutamos, y si nosotros abandonáramos el trabajo se perdería todo lo logrado, los campos volverían

á quedar incultos, se arruinarían las ciudades, y tornaríamos á la miseria y al salvajismo.

Ya veis que no puede ser cosa tan mala, lo que nos ha redimido de grandes infortunios y es el origen de todos nuestros goces y satisfacciones.

Pero además, si suprimiéramos el trabajo, ¿qué haríamos de nuestro tiempo? ¿Cómo pasaríamos la vida? Tal vez os sonreís maliciosamente dispuestos á contestarme: nos dedicaríamos á jugar, á ir de paseo, á leer cuentos y novelas; asistiríamos al teatro, á los circos ú otras diversiones y estaríamos siempre contentos. Muy pronto lo habriais dicho ó pensado; sin embargo, en primer lugar, porque una vez suprimido el trabajo, no habría juguetes, ni paseos, ni libros festivos, ni cómicos, ni titiriteros, ni espectáculos, y por otra parte, el ejercicio es higiénico y el juego ó la distracción, que refrescan nuestro espíritu, son convenientes, cuando sólo se pasea un rato y la diversión alterna con otras ocupaciones; pero el continuo paseo nos rendiría, y los placeres, por agradables que sean, pierden todo su encanto cuando se repiten mucho, y pronto causan hastío.

¿Es que podríamos estarnos sin hacer nada? Tampoco, y esto sería aún peor que disipar el tiempo en bagatelas, porque la pasividad, la inacción, engendran el aburrimiento y el tedio. La vida es movimiento; las facultades de nuestro espíritu, como los órganos y músculos del cuerpo, exigen actividad, reclaman el ejercicio, y vosotros mismos sentís la necesidad de agitaros, de correr, de saltar y de dar voces, hasta el punto de que el castigo, á que más miedo tenéis, es el que os obliga á estar quietos, callados, sin hacer nada.

Hemos, pues, de ocuparnos en algo, y si no obramos el bien, haremos el mal inevitablemente,

porque nuestra actividad no puede tener más que dos aplicaciones: la una creadora, fecunda y provechosa, que desarrolla nuestras aptitudes, el trabajo; y la otra, destructora, nociva y degradante, que fomenta las pasiones, ó sea el vicio. El trabajo entona, alegra, vivifica; el vicio debilita, entristece, acorta la existencia, nos arruina económica y moralmente, y no hay término medio: es indispensable optar entre el trabajo y el vicio, porque la ociosidad, el quietismo, son contrarios á la naturaleza, y la vida puramente vejetativa es embrutecedora y se hace odiosa.

Por otra parte, el esfuerzo no es en sí mismo ni desagradable, ni penoso, y la prueba de lo contrario está en que vosotros, los niños, como todos los demás, buscáis el placer en él; cuando os dedicáis á la gimnástica, jugáis á la pelota ó montáis en bicicleta, hacéis en cualquiera de esas ocupaciones ú otras semejantes, que tanto os agradan, un esfuerzo más intenso que los ordinariamente necesarios en las labores del campo ó en las obras del taller, y al escuchar la narración de un cuento ó al leer una novela, que os interesan, ponéis atención igual á la que se necesita para seguir una lección ó aprender un capítulo de Historia; los esfuerzos son idénticos; la diferencia está en su objeto; y para que os sean del mismo modo gratos, basta con que la reflexión os convenza de que os convienen más que el juego, el estudio y el trabajo.

Muy semejantes son también la fatiga del que trabaja y la de aquel que se divierte; pero bajo este aspecto, atendiendo á los resultados, lleva el trabajo grandísima ventaja, porque el cansancio del juego representa no más que un placer fugaz, que nada deja, mientras que la fatiga del hombre laborioso tiene como compensación el bien logrado,

el goce permanente de la obra realizada. Los que contáis ya algunos años, tendréis experiencia de esto ó podéis adquirirla fácilmente; si vuestros padres son dueños de alguna tierra, si hay en vuestra casa una huerta, un taller ó un escritorio, sembrad en el campo un árbol, plantad un rosal en el jardín, haced en el taller una pequeña herramienta ó un juguete, copiad ó escribid algo en la oficina, y veréis qué satisfacción os produce el contemplar el desarrollo del arbolito puesto por vosotros, cómo os parecen las más bellas las flores de vuestra planta, qué interés y qué cariño os inspiran la chuchería ó el escrito que salieron de vuestras manos.

No, el trabajo no es penoso; al contrario, nos atrae, instintivamente le buscamos y no es ingrato, porque nos da generosa recompensa.

Sólo es desagradable el esfuerzo cuando no está en armonía con nuestras facultades, cuando es tan intenso que nos produce dolor, ó cuando no es obra del convencimiento porque no nos interesa su objeto ó no nos afectan directamente sus resultados. Todo se reduce, pues, á consultar nuestra vocación, á elegir un trabajo que se acomode á nuestras aptitudes, que por su fin nos sea simpático, que sirva para el bien de los demás y á nuestra propia conveniencia, y luego á ordenar los esfuerzos, moderándolos discretamente para que no lleguen al exceso, que agota las energías y produce el sufrimiento.

La razón y el deber nos señalan el trabajo como objeto de la vida, nuestras necesidades y la misma dignidad personal le imponen ó le aconsejan. Si sois pobres y no trabajáis, pararéis á ser miserables; si sois ricos y permanecéis ociosos, veréis deshacerse y acabar vuestra fortuna, y en uno como en otro caso viviréis á expensas de los de-

más, seréis los zánganos de la colmena social y perderéis la consideración ajena y vuestra propia estimación, porque quien es inútil y no hace, ni sirve para nada, se disgusta de sí mismo, se empequeñece y degrada en la comparación con el que es activo y laborioso.

Trabajad, pues, y tendréis sanos el cuerpo y el espíritu; trabajad y prosperaréis; trabajad y seréis útiles á vuestros semejantes, y viviréis satisfechos, porque no hay placer mayor que el que producen la obra concluída y el tiempo bien empleado.

Y no olvidéis sobre todo, amigos míos, lo que os indicaba antes: *es forzoso elegir entre el trabajo y el vicio, so pena de aburrimiento.*

J. PIERNAS HURTADO.





Francisco Villaespesa

Otro poeta joven. Sus versos son delicados y armoniosos, y si cuando describe suaves tristezas y añorantes nostalgias es tierno y vagoroso, cuando os habla de las pasiones y de las inquietudes de su gente andaluza, es un intenso y expresivo colorista, de estilo cálido y brillante. De él ha dicho el poeta americano Rubén Darío: «A ningún otro poeta puedo escucharlo con preferencia, porque todos al lado suyo me parecen fríos y mentirosos.»

Leamos la poesía que sigue, impregnada de dulce melancolía.

LA SOMBRA DE LAS MANOS

¡Oh enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...
¡Qué pena me dá miraros
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar...
¡vuelve á suspirar amores
en las telas olvidadas!...

¡Oh piadosa mano mística!...
 Fuiste bálsamo en la llaga
 de los leprosos; peinaste
 las guedejas desgredadas
 de los pálidos poetas;
 acariciaste la barba
 florida de los apóstoles
 y los viejos patriarcas;
 y en las fiestas de la carne,
 como una azucena pálida,
 quedaste en brazos de un beso
 de placer extenuada...

...
 ¡Oh manos arrepentidas!...
 ¡Oh manos atormentadas!
 En vosotras han ardido
 los carbones de la Gracia...
 En vuestros dedos de nieve
 soñó amores la esmeralda,
 los diamantes sonrieron,
 el topacio vertió lágrimas
 y entreabrieron los rubies
 sus pupilas escarlata.
 Junto al tálamo florido,
 en la noche epitalámica,
 temblorosas desatasteis
 de una virgen las sandalias.

Encendisteis en el templo
 los incensarios de plata,
 y al pie del altar inmóviles
 os elevasteis cruzadas,
 como un manojo de lirios
 que rezase una plegaria.

...
 ¡Oh mano exangüe, dormida
 entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,
 esperando tu llegada,

envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria...

En la argéntea rueca, donde
áureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
su tristeza las arañas.

Te espera, abierta, la clave,
y sus teclas empolvadas
aún de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan...

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas.

Sobre la tumba, el poeta
inclina la frente pálida,
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja
aún abiertas permanecen
esperando tu llegada.

Blancas sombras, blancas sombras
de aquéllas manos tan blancas
que, en las sendas florecidas
de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma...
¿por qué en la noche oprimís
como un dogal mi garganta?

Blancas manos... azucenas
por mis manos deshojadas...
¿por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh enfermas manos ducales,

olorosas manos blancas!...
¡Qué pena me dá miraros
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

FRANCISCO VILLAESPESA.





Doña Emilia Pardo Bazán

No han faltado en España mujeres ilustres que dejaron un nombre glorioso en la república de las letras. Sin salirnos de los tiempos modernos podemos citar á la notable escritora que con el pseudónimo de Fernán Caballero publicó libros excelentes como *La gaviota* y *Deudas pagadas*; la poetisa y autora dramática Gertrudis Gómez de Avellaneda y la excelsa doña Concepción Arenal, dotada de un talento singular y de un corazón noble y generoso, autora de obras como *El visitador del pobre y del preso*, *Estudios penitenciarios* y *El delito co-*

lectivo, en las cuales no se sabe qué admirar más, si su alto instinto jurídico ó su amor á los desgraciados.

A esta jerarquía de mujeres esclarecidas, honra de su sexo y orgullo del país en que nacieron, pertenece doña Emilia Pardo Bazán, la más insigne de las escritoras españolas contemporáneas.

Nacida en la Coruña el 1852, hija única de los condes de Pardo Bazán, su niñez la pasa revolviendo papeles y libros de la biblioteca de su padre, y á la edad en que otras niñas no se dedican más que á lindas frivolidades, ni conocen más libros que los que encierran los rudimentos de la instrucción elemental, ella lee y relea las obras de los grandes escritores.

La poesía fué el primer género literario que cultivó. Pero sus versos fueron como una fugaz eflorescencia de su espíritu, como un tributo á las vagas y sentimentales inquietudes de su juventud.

Nuestra ilustre compatriota los dejó pronto, y su casamiento con D. José Quiroga, caballero muy linajudo, verificado cuando apenas contaba diez y seis años, pareció arrancar bruscamente á la gran escritora de la senda emprendida. Su vida literaria apenas comenzada, se interrumpe. Pero en este tiempo la señora Pardo Bazán emprende largos viajes, visita las capitales europeas más populosas, estudia en museos y bibliotecas y de regreso de estas expediciones se instala en un pueblo de su provincia. En su retiro se aprovecha de la quietud y sosiego de la vida campesina y se consagra con ardor á la obra de completar su cultura. Y estudia con pasión la filosofía, la historia, las lenguas vivas y hasta la medicina; pero, sobre todo, la literatura nacional y extranjera.

La vocación de doña Emilia estaba formada. Sus aptitudes más salientes y sus aficiones más decididas la empujaban por el camino de la narración y la novela y tras de su primera producción de este género, aparecen *La Tribuna* y *Viaje de novios*. Descuellan entre sus obras novelescas aquellas en que describe con mano maestra los espléndidos paisajes de la región gallega, su tierra natal; los tipos y costumbres de aquella co-

marca, que por la belleza de sus valles, sus bosques y sus montañas ha sido comparada con la riente Suiza.

Pertenece á este grupo *Bucólica*, *Los Pazos de Ulloa*, *El cisne de Vilamarta* y *La Madre Naturaleza*.

Los cuentos y novelas cortas y largas que D.^a Emilia ha publicado son innumerables; no caeremos pues en la tentación de citarlos todos; pero no debemos terminar estas incompletas notas biográficas sin citar algunas más de las principales de sus obras. Son éstas *Una cristiana*, *La prueba*, *La piedra angular*, *Insolación*, *Morriña* y *San Francisco de Asís*.

Pero en sus escritos no es doña Emilia mujer, sino hombre y muy hombre; y así su estilo es fuerte y viril, su prosa robusta y variada y sus ideas frecuentemente luminosas y atrevidas.

Su inmensa cultura le ha permitido ser una notable maestra de la juventud, y si notables han sido sus libros, no lo han sido menos sus discursos y conferencias, muchas de éstas dadas en el Ateneo de Madrid ante auditorios tan numerosos como ilustrados.

Aunque críticos envidiosos y atrabiliarios han atacado sin justicia ni piedad á doña Emilia, nuestra escritora ha recibido de sus compatriotas las más señaladas muestras de respeto y admiración. Citemos sólo dos ejemplos. El ilustre novelista D. Juan Valera decía que desde Santa Teresa acá, ninguna escritora española ha igualado á la señora Pardo Bazán ni en saber, ni en discreción, ni en ingenio; y el gran tribuno español D. Emilio Castelar, en el discurso que pronunció en la Sorbona (1), hizo la entusiasta apología de doña Emilia sin citar más que á ella entre los escritores españoles vivos y un día le aconsejó que recogiera y conservara todas las piedras que le arrojasen sus envidiosos detractores, para el pedestal del monumento que ha de erigirle la posteridad. Pasemos ahora nuestra vista por las siguientes páginas tomadas del discurso preliminar de *San Francisco de Asís*, uno de sus libros más notables.

(1) *Sorbona* es el nombre que se da á la Universidad de París.

En él se describe el majestuoso despertar del arte bizantino y se nos ofrece una visión intensa y breve de San Marcos, la famosa iglesia veneciana.

EL ARTE BIZANTINO

(Fragmento)

Bajo las ruinas hacinadas por visigodos, vándalos, godos y lombardos, el arte clásico yacía sepultado, sin que pudiera exhumarlo el Cristianismo, que, por una parte, hallaba en los monumentos paganos memorias amargas de sangrientas persecuciones, y harto hacía en no cooperar á la obra destructora de Astolfo y conservar los tesoros, origen más tarde del Renacimiento; y, por otra, al traer nuevos ideales á la sociedad, aspiraba á innovar también un arte, informado en su criterio estético, nutrido en su seno, que reflejase sus ideas, bien como los lagos de la tierra reflejan los colores del cielo. Constantino, concentrando el movimiento y el poder en Bizancio (1), la gran rival de Roma, estampó el sello del genio oriental en la época primera de las artes cristianas. A la metrópoli ostentosa del Bajo Imperio afluyeron cuantos artistas y artífices hábiles quedaban aún en los países latinos; allí fueron transportados, como cautivos que siguen el carro del vencedor, el famoso «Paladio» y el «Júpiter» de Fidias, la fortuna romana y la belleza griega; mas no rompió ésta sus grillos para alzarse triunfante como un tiempo se alzara

(1) Bizancio fué el nombre que tuvo en la antigüedad Constantinopla.

entre los conquistadores del Lacio: Constantinopla brotaba ya su flor, el estilo bizantino, severo é inmutable en sus hieráticas líneas, como el dogma intenso y espléndido en colores, como el celaje y la luz de las comarcas de Oriente.

Surgían los mosaístas, transformando la tradición pagana, creando un arte nuevo con procedimientos antiguos, y haciendo que el mosaico que antes hablaba el lenguaje correcto y puro del diseño, entonase ahora el himno sonoro y brillante del colorido. Italia hubo de recibir segunda vez de ajenas manos la antorcha del arte para nunca dejarla extinguirse. Una pléyade de artistas amalfitanos se consagra á estudiar con los maestros de Bizancio; cuando se construye la iglesia de Monte Casino, á Bizancio piden los fundidores de bronce, los esmaltadores, los mosaístas, los orífices; y la escuela bizantina, cruzando el Adriático, alza en Venecia un edificio singular, una maravilla, San Marcos, cuyas arcadas se levantan sostenidas por quinientas columnas de mármol blanco, negro, vetado, de alabastro, serpentina y esmeragdina, redondas unas, poligonales otras y cubiertas de inscripciones sirias y armenias, descansando todas en pavimentos de pórfido y jaspe, incrustadas de misteriosas y proféticas figuras; y sobre cuyas bóvedas y murallas, cubiertas con áureo manto, se destaca una legión de apóstoles, profetas, vírgenes y ángeles de mosaico, vestidos de azul, de púrpura, de verde y amaranto, como prodigiosas flores abiertas en el jardín del paraíso. Con sus cinco cúpulas, con su ábside semicircular, parece San Marcos joya peregrina, broche constelado de pedrería refulgente: ilusión no muy distante de la verdad, porque gemas y piedras preciosas son en efecto las glaucas serpentinatas, las rubias ágatas, los negros bruñidos

ónices, el translúcido alabastro, los jaspes rojos como sangre y salpicados de manchas blancas como gotas de leche, que parecen digno engarce del medallón de delicado esmalte que brilla sobre el altar mayor, la *Pala de Oro*.

EMILIA PARDO BAZÁN





Vicente Medina

Cuentan de Mauricio Rollinat, el poeta campesino, que corría por los campos y se detenía á escuchar el zumbido de los insectos, los rumores de las frondas ó el murmullo de las aguas; que se sentaba en la ribera y quedaba embebido contemplando la corriente mansa y trémula del rio ó el revoloteo incesante y ondulado de las libélulas; que interrogaba á las hierbecillas y á las menudas bestezuelas que se agitan y luchan entre las piedras; que se extasiaba ante los mediodías caliginosos y radiantes, ante las neblinas blancas y tenues, ante los crepúsculos largos, soñolientos y tristes... y que luego todo este mundo de seres infimos, incontables; toda esta visión intensa y minuciosa de la Naturaleza era cantada en versos admirables, tan admirables como sencillos.

Pues bien; imaginaos ahora que, al igual que el francés.

Rollinat, un poeta va por la huerta de Murcia. Es un hombre de mediana estatura, moreno, de ojos negros y barba también negra á usanza mora, ensimismado, recogido, de mirar profundo, y que más que en las plantas y en la tierra, más que en los rebaños y en los insectos, se fija en los hombres, en las mujeres, en los niños. Y se fija en ellos no para contaros cosas grandes y aparatosas: ni estallidos de pasión, ni empresas atrevidas, ni combates épicos de esos seres. No, nada de esto, pero sí para hablaros de sus dolores callados, de sus luchas sordas, de sus amores silenciosos, de sus ansias latentes. ¿Es que ya no os habla de estas cosas? Entonces es que observando, observando siempre, acaba de descubrir algo bello con belleza tenue y fugitiva que á los demás mortales permanece oculta y que él nos revela y nos canta con versos tiernos y frágiles, de una simplicidad sugestiva.

Ese poeta es Vicente Medina.

Sí, Medina es, ante todo, un escrutador de las pasiones humildes, de los dramas íntimos, de los contrastes imperceptibles, de los gestos inquietadores, de las voces dolientes. Y hablándonos de estas cosas y tal vez sin pretenderlo, da casi siempre un fondo psicológico á sus poesías y con certero instinto de vidente os va mostrando facetas del alma humana, del alma universal; pero del alma universal vista á través del suelo y del aire de su tierra.

Por eso, aunque ha publicado muchos libros de poesías y en ellos ha tratado una gran variedad de asuntos, Medina será siempre el poeta de los *aires murcianos* y sus versos más tiernos y amables son aquellos en que palpita el espíritu de su gente, el espíritu de los labriegos que tan bien conoce, pues leyendo esos versos sentís que os envuelve el ambiente de la huerta murciana, con sus perfumes, con sus rumores, con sus cantares.

Y aunque para darle á conocer á nuestros lectores hubiéramos podido elegir alguna composición escrita en buen castellano, hemos preferido dos poesías hechas en el incorrecto lenguaje de los huertanos, con sus pintorescos barbarismos y sus dejos regionales, porque ellas son de las que más caracterizan á nuestro poeta.

CANSERA

¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
 arrollás y pegás á la tierra;
 pa ver los sarmientos ruines y mustios
 y esnüas las cepas,
 sin un grano d' uva,
 ni tampoco siquiá sombra d' ella...
 pa ver el barranco,
 pa ver la laëra
 sin una matuja... ¡pa ver que se embisten
 de pelás, las peñas!...
 Anda tú, si quieres,
 que á mí no me quëa
 ni un soplo d' aliento,
 ni una onza de juerza,
 ni ganas de verme,
 ni de que me mienten, siquiá, la cosecha...
 Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
 pise más la senda,
 ni pué que la pase, si no es que entre cuatro
 ya muerto mè llevan...
 Anda tú, si quieres...
 No he d' ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
 por esa sendica por ande se jueron,
 pa no golver nunca, tantas cosas güenas:
 esperanzas, querereres, suöres...
 tó se jué por ella!...
 Por esa sendica se marchó aquel hijo
 que murió en la guerra...
 Por esa sendica se jué la alegría...
 ¡Por esa sendica vinieron las penas!...
 No te canses, que no me remuevo;
 Anda tú, si quieres, y 'éjame que duerma,
 ¡á ver si es pa siempre!... ¡Si no me espartara!...
 ¡Tengo una cansera!...

VICENTE MEDINA

LOS PAJARICOS SUELTOS

A la memoria de mi querido maestro de primeras letras,

D. MIGUEL MEDINA

I

No mandes á los nenes á la escuela
 porque no la han abierto
 y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraica pa tiempo...

Ha caído en la cama,
mu malico el maestro,
 y es cosa de temer, por las señales,
 que ya no se levante el *probe* viejo...

Una jaula vacía
páece la escuela con aquel silencio
 y á sus anchas corriendo los zagales,
 una *bandá* de pajaricos sueltos.

.

II

Ya doblan las campanas...
 ya *arremató* el maestro...
muncha pena me da, porque era un hombre
 de los pocos *c'hay güenos...*
muncha pena me da por los zagales...
 ¡No paro de pensar qué va á ser de ellos!

.

III

¡Traigo en el corazón una tristeza!
D'allá abajico vengo:

la escuela *cerraica* como siempre
y con aquel silencio...
chillando *alreorcico* los zagaes
y á sus anchas corriendo...
¡La jaulica vacía
y la *bandá* de pajaricos sueltos!

.
.

VICENTE MEDINA.





D. Miguel de Unamuno

He aquí un hombre que, como él mismo dice, no tiene biografía externa, y sin embargo ¡cuánto no se podría decir de él! Su historia se puede escribir en poquísimas palabras; pero hablar de su obra, de su enorme y fecunda labor de sabio, de pensador, de literato... ya es otra cosa.

Nació en Bilbao el 29 de Septiembre de 1864; estudió la

carrera de Filosofía y Letras, y después de cinco oposiciones, en 1891, obtuvo la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca.

En 1901 es nombrado rector de la misma Universidad, cargo que sigue desempeñando. Y cuando el autor de estas líneas le pedía hace poco algunos datos más para completar su biografía, él contestó: «Puede usted añadir que ha publicado algunas obras y muchos artículos; que ha dado conferencias... y no ha hecho más. Y cree que no ha hecho sino empezar, y cuando alguien le dice que ha llegado, contesta que no ha partido aún.»

Pero en esos libros y artículos, en esas conferencias de que habla tan modestamente, ha desparramado su mucho saber, ha sido un constante educador de las gentes, un verdadero maestro del público. Piensa mucho y dice lo que piensa, sin preocuparse del efecto que sus afirmaciones pueden causar en sus oyentes ó lectores. Su deseo de ser sincero, esclavo de la verdad, sin disfrazarla con tapujos retóricos ni atenuarla con rodeos y lisonjas, le hace parecer muchas veces extravagante, inoportuno, paradójico ó extraviado. Y no le detiene temor ni miramiento alguno en la exposición de lo que él llama «su verdad», profundamente convencido de que el día que todos amemos de veras la verdad y desterramos de nuestras prácticas sociales los convencionalismos, las mentiras, los engaños mútuos, tendremos muchísimo adelantado para nuestro perfeccionamiento y bienestar.

Y cuando el alma nacional vacila confusa y desorientada ante un hecho ó un problema que apasiona á las gentes hasta ofuscarlas, Unamuno escribe un artículo que suele disgustar á muchos, que de seguro no agrada á todos, y que tiene la virtud de arrojar un torrente de luz sobre aquello que se presentaba obscuro, y que guía y encarrila á la opinión pública independiente.

EL DERECHO DEL PRIMER OCUPANTE

Cuando nacisteis os encontrasteis con padres que os daban todo lo que os hacía falta: comida, vestido, casa y todas las demás cosas necesarias y hasta las no necesarias, como juguetes y diversiones de pago. No habéis tenido que ganáros nada por vosotros mismos y con

vuestro trabajo, y por esto no sabéis lo que es ganáros la vida. Os habéis encontrado con que unas cosas son de unos y otras cosas son de otros, y no sabéis bien por qué son las cosas de uno y no son de otro. Todo lo que tenéis os lo han dado hecho ó vuestros padres ó vuestros amigos, ó se lo habéis trocado á estos amigos por otras cosas, y si algo habéis hecho vosotros con vuestras manos, es con materiales que os dieron. Y lo que compráis es con dinero que os han dado, y no con dinero que hayáis ganado.

Me figuro que al leer esto alguno de vosotros me saltará diciendo: «no, yo tengo una cosa que es mía y no me la ha dado nadie, sino que yo me la encontré en la calle, la cogí y como no era de nadie, ahora es mía». Claro está que lo que uno encuentra y no era de nadie, ó lo tiró su dueño, es del que lo encuentra. De esas cosas se dice que no son de nadie, y del que las encuentra se dice que se hace dueño de ellas por el derecho del primer ocupante.

Cuando yo era niño como vosotros, siempre que encontrábamos algún juguete ú otra cosa que podía habersele perdido á algún chico, la cogíamos y cantábamos esto:

Una cosa me he encontrado;
Cuatro veces lo diré,
Si su dueño no parece
Con ella me quedaré.

Y si no parecía el dueño nos quedábamos con ella. Otros ni siquiera cantaban eso ni hacían nada por que pareciese el dueño, sino que se callaban, algunos sabiendo á quién se le había perdido lo que ellos encontraron. Y esto, claro está, es un robo.

Pero es que hay muchos actos, amiguitos, que no parecen robos y, sin embargo, lo son, así como también hay muchas cosas que nos encontramos y decimos que no son de nadie y son de todos.

Las flores que hay en un jardín público, por ejemplo, son de todos porque el jardín se cuida y cultiva con dinero que sale de los bolsillos de todos los del pueblo y

de todos los que por él pasan, y esas flores están para recreo de todos. Y si va uno y corta una y se la lleva, hace un robo. Y si oís decir que lo que es de todos no es de ninguno, esa es una barbaridad muy grande que han inventado los ladrones para robar más á su gusto.

Os digo, pues, que hay muchas cosas que los que las cojen dicen que no son de nadie y esto no es verdad, sino que son de todos. Y el derecho del primer ocupante suele ser algunas veces una cosa muy fea y que está muy mal hecha.

Figuraros que llega un chico á un paseo y se encuentra con un banco á la sombra de una acacia, y que en el banco caben tres chicos. Pero él va, y como está solo y le gusta la comodidad, en vez de sentarse se re-cuesta á todo lo largo en el banco y se estira bien. Entonces viene otro chico y le dice que le haga sitio y se siente bien, porque también él quiere sentarse. Y entonces va el primero y le contesta: «No me dá la gana; haber llegado antes; yo he venido primero y el banco es mío. Si quieres sentarte, allí tienes aquel otro». Y el otro le dice: «Pero aquel está al sol, y yo quiero sentarme á la sombra». Y el del banco dice: «Entonces, siéntate en el suelo». Y el otro dice: «¡Clarito! ¡habiendo banco voy á sentarme en el suelo!... Anda, siéntate bien y hazme sitio». Y el del banco le contesta: «Ya te he dicho que no me dá la gana; si quieres que te haga sitio dame una de esas dos naranjas que llevas; si no, no me encojo». Esto lo hacía el chico del banco porque creía que le podría al otro si se pusieran á reñir. Y el otro pobre iba á marcharse cuando vió venir al guarda del jardín y le amenazó al del banco con decírselo y entonces el del banco, que no era muy amigo del guarda, se levantó y se fué.

Pues bien: hay muchos así que dicen que es suyo lo que ocupan por la fuerza, porque llegaron antes.

Una cosa es ocupar algo con el trabajo, como cuando uno tiene una tierra y la labra ó un violín y lo toca, y otra cosa es ocupar algo con la fuerza.

Y aquí voy á contaros un sucedido. Y fué que una vez iban navegando diez familias, y naufragaron y fueron á dar á una isla desierta, muy rica y muy hermosa,

Era una isla que producía toda clase de frutos, y que sin mucho trabajo podía alimentar lo menos á mil familias. Cuando vieron esto los náufragos, les pesó menos su desgracia y hasta algunos se alegraron de ella. Con lo que pudieron sacar del barco, que encalló entre las peñas, se establecieron allí, empezaron á hacerse chozas y á cultivar el suelo. Lo cultivaban todos juntos y á ninguno se le ocurrió dividir la isla en diez pedazos, y quedarse cada familia con uno de los pedazos, porque estaban mejor todos juntos y les sobraba tierra. Si váis un día seis amigos á comer melones y os encontráis con cien melones, no os repartiréis éstos sino que comeréis todos de uno ó dos, de los que os parezcan mejores, dejando los demás para otro día, si antes no se pasan. Y así hicieron los náufragos; como no estaban más que ellos, cultivaban todo el suelo que podían entre todos y dejaban lo demás. Pero uno de ellos, que era más listo que los otros, les dijo un día: «Y si naufragan aquí otros, y cojen otra parte y se ponen á cultivarla, ¿qué haremos?» Y le contestaron: «Dejarles porque aquí se pueden mantener lo menos mil familias». Pero él les dijo: «¡No, dejarles no! porque nosotros hemos llegado antes y la isla es nuestra, por el derecho del primer ocupante. Lo mejor es que haciendo en ella diez porciones nos las repartamos entre las diez familias aunque luego cultivemos todos juntos una parte de una sola porción, pues cada una de éstas basta para mantener á cien familias». Así hicieron y siguieron trabajando todos juntos un cachito de la isla, pero después de haberla dividido en diez partes que se repartieron. Y ya veréis como el que les aconsejó esto era el más listo de todos ellos, ó sea el más malo, porque muchas veces la listura no sirve sino para mal.

Pasado algún tiempo, una vez vino á naufragar en otra parte de la isla, otro barco que traía cuatro familias y éstas se pusieron á vivir en aquella parte de la isla, donde habían ido á dar. Y en cuanto lo supieron los otros, los que estaban de antes, fueron allá y les dijeron: «Esta isla es nuestra y no vuestra porque hemos llegado á ella antes que vosotros, y nos la hemos repartido, y

ese suelo que trabajáis no es vuestro, sino de una de nuestras familias». Y los otros pobres, al ver que eran más que ellos, les contestaron con buenos modos: «Pero si aquí hay sitio para todos y podemos vivir muy bien las catorce familias, las diez vuestras y las cuatro nuestras, y hasta mil si hubiera; iremos con vosotros y trabajaremos todos juntos». Y aquel que era más listo que los demás, el que les había aconsejado lo del reparto, les dijo: «No puede ser, nosotros hemos llegado antes y por eso esta isla es nuestra y nos la hemos repartido; si queréis vivir aquí trabajaréis para nosotros y os daremos casa, vestido y comida, y si no queréis esto, ahí está el mar de donde habéis venido, podéis volver á él. ¡Haber llegado antes!» Y como eran menos y los otros les podían, no tuvieron más remedio que aguantarse y ponerse las cuatro familias á trabajar para las otras diez. Y como en aquella isla con muy poco trabajo se sacaba mucho, esas cuatro familias de los que naufragaron más tarde trabajaban para las catorce, y después de vestirse y comer con lo que sacaban vestían y daban de comer á los otros. Y éstos, los que habían llegado primero, no hacían nada más que obligar á los otros á que trabajasen y cuidarles para que no se les escaparan y tuvieran que andarles buscando por unos montes que había en la isla. Ya habréis comprendido que estas cuatro familias que llegaron después eran esclavas de las que habían llegado primero.

Y ahora, ¿qué os parece de lo que hicieron los que habían llegado antes á la isla con los que llegaron después? Y la isla, ¿qué os parece? antes que llegara ningún hombre á ella ¿no era de nadie ó era de todos los que llegaran, mientras pudiese mantenerlos?

Pero todo esto no es ni tan fácil de responder ni tan claro como puede pareceros, y es mejor que lo dejemos ahora para otro día. Ahora hablad de esto con vuestros padres y preguntadles qué piensan de ello, porque es muy fácil que á vuestros padres se les ocurran otras cosas que á vosotros. Yo también tengo hijos como los tienen vuestros padres, y á mí hasta me gusta que piensen mis hijos de diferente manera que yo y que les parezcan

mal muchas cosas que á mí me parecen bien, porque si pensarán siempre los hijos lo mismo que sus padres, estaríamos hoy como en tiempo de Adán y Eva.

Vosotros debéis pensar de dónde os vienen las cosas que vuestros padres os dan y de dónde las sacan ellos y cómo gana su dinero vuestro padre, pues por no acostumbrarnos á pensar en eso desde muy jóvenes, nos vienen luego muchos males. Y sobre todo debéis tener en cuenta que acaso algún día, por ricos que vuestros padres sean, tendréis que ganaros la vida trabajando, y ahora os voy á decir, para acabar, una cosa que otro día os explicaré más despacio, y lo que voy á deciros es que es mejor que os vivan vuestros padres hasta que hayáis acabado de aprender vuestro oficio ó carrera y os dejen en el mundo sin un cuarto, pero sabiendo trabajar y con conocimientos y carrera, á no que se os mueran ahora, cuando sois pequeños, y os dejen mucho dinero.

MIGUEL DE UNAMUNO.





Manuel Machado

Inspirado poeta que ocupa un lugar distinguido en nuestra juventud literaria. Ha escrito composiciones poéticas muy hermosas. La siguiente es, más que poesía, una brillante nota de color, en la que el poeta nos da la visión de la llanura castellana y nos ofrece un rasgo generoso del valiente, noble y altivo Cid Campeador.

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas;
llena de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón á piedra y lodo.
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va á ceder... Quema el sol... El aire abrasa...

Á los terribles golpes
de eco ronco, una voz pura de plata
y de cristal responde. Hay una niña

muy débil y muy blanca
 en el umbral. Es toda
 ojos azules, y en los ojos lágrimas.
 Oro pálido nimba
 su carita curiosa y asustada.

—Buen Cid, pasad. El rey nos dará muerte,
 arruinará la casa,
 y sembrarán de sal el pobre campo
 que mi padre trabaja.
 Idos. El cielo os colme de ventura:
con nuestro mal, ¡Oh Cid! no gaudis nada.

Calla la niña y llora sin gemido;
 un sollozo infantil cruza la escuadra
 de feroces guerreros,
 y una voz inflexible grita—¡En marcha!—

El ciego sol, la sed y la fatiga...
 Por la terrible estepa castellana
 al destierro, con doce de los suyos,
 —polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga

MANUEL MACHADO.





D. Armando Palacio Valdés

Uno de los más notables novelistas españoles de nuestros días es el Sr. Palacio Valdés. Sus obras, traducidas á muchas lenguas extranjeras, le han dado fama de gran escritor y colocan su nombre junto al de Pérez Galdós y al de los insignes novelistas ya muertos, Valera y Pereda.

En sus novelas se manifiesta como un fiel observador de la realidad y como escritor correcto y fácil, dotado de un humorismo sano y gracioso que le convierte en amenísimo narrador.

Como muestra de su literatura leamos la siguiente biografía suya escrita por él mismo y que es modelo de sobriedad, concisión y sencillez. Además de las obras que en ella cita, ha escrito *Maximina*, *El cuarto poder*, *La hermana San Sulpicio* y otras varias.

AUTOBIOGRAFÍA

Nací el 4 de Octubre de 1853, en una aldea de las montañas de Asturias llamada Entralgo, donde mis padres eran propietarios. Esta comarca ha servido de marco á algunas de mis novelas, particularmente á *La Aldea perdida*, donde la describo con su propio nombre. Pasé la infancia entre la aldea y la villa marítima de Avilés (*Nieva en Marta y María*). Estudié la segunda enseñanza en Oviedo (*Lancia en El Maestrante*). Vine á Madrid en 1870 á estudiar la carrera de Derecho. La estudié con alguna afición y me proponía ser catedrático de esta Facultad. Mis inclinaciones entonces no eran literarias. Al terminar la carrera entré en el Ateneo y escribí algunos artículos de filosofía religiosa y ciencias sociales en *La Revista Europea*. Pocos meses después los editores Sres. Medina y Navarro me hicieron jefe de la redacción, puesto que ocupé tres años. Como todo hombre es pedante una vez en su vida (algunos lo son varias veces), yo también fuí atacado de esa enfermedad. Desde lo alto de mis veintidós años y de mi revista me puse con severa inflexibilidad á corregir y doctrinar á oradores, poetas y novelistas, lanzando terribles decretos de proscripción unas veces, otras de pena capital, y sonriendo ferozmente ante los clamores de mis víctimas. Felizmente duró poco el sarampión. Cuando menos podía pensarse, colgué los hábitos de sacerdote de la crítica y me hice acólito de la novela, y sigo siendo esto mismo y no estoy arrepentido. A lo menos, no llevo el luto y la desesperación al seno de las familias.»

ARMANDO PALACIO VALDÉS.





Alejandro Sawa

Este distinguido escritor pertenece á una generaci3n de intelectuales que han disfrutado de una reputaci3n precaria, menor desde luego de la que merecen, por no haber dedicado su talento y actividad mas que al periodismo. Han publicado tambi3n algunos vol3menes; pero á ellos se les conoce m3s que por sus libros, por sus cuentos, cr3nicas y art3culos en los peri3dicos, que por mucho que se lean, no proporcionan en general mas que el 3xito de un d3a.

Pero no hay necesidad de que hablemos de Alejandro Sawa. Mejor que todos los elogios que le podamos tributar, es leer el siguiente art3culo, escrito expresamente para los ni3os.

EL ALMA DE LAS COSAS

Yo tengo un amiguito, no de m3s edad que los lectores á quienes pretendo dirigirme, que era «muy malo». Muy malo no quiere decir precisamente que fuera perverso, porque Juanito, que tal era el nombre del protagonista de mi historia, queria á sus padres y á sus hermanos, no se le ocurr3a jams, ni por pienso, mal decir de sus amigos, y hasta

más de una vez le oí hablar con cariño de sus profesores. Pero era un destrozón de primera fuerza. Nada hallaba, juguetes ni libros, derecho de inmunidad, derecho de vida entre sus manos. Si le hubieran dado para su recreo los restos augustos del Parthenón de Atenas, que como sabéis es uno de los más hermosos monumentos del mundo, es seguro que ni rastro hubiera dejado de esa maravilla, que será mientras perdure ó de ella se guarde memoria, legítimo orgullo de los hombres. Romper un juguete por ver lo que tiene dentro, por saber de qué intríngulis está compuesto, es sólo un pecado venial, que en muchas ocasiones merece disculpa; pero romper por romper, ser un destrozón porque sí, ser malo y hasta sentirse rencoroso con cuantos chismes bellos ó útiles nos rodean, he ahí una cosa que ni los hombres de bien ni los niños bien criados podrán, por grande que sea su tolerancia, aplaudir nunca.

Pero lo que se me ha olvidado decir y quiero que lo sepáis, es que mi amigo Juanito se ha corregido hasta el extremo de guardar entre sus juguetes, perfectamente conservada, una bonita esfera armilar, que le regalaron en el colegio, por su aplicación, hace tres años. Y que como el santo obispo Bienvenido, el otro día se torció un pie por no posar su planta sobre un hormiguero.

Yo creo haber tenido alguna influencia en ese hermoso cambio de frente, hacia la luz, de mi amigo. Y váis á saber por qué.

Una mañana de primavera, que paseábamos juntos por las alamedas de un jardín, en que como puestos de acuerdo árboles y fuentes, simulaban con la gracil combinación de sus rumores, el vago preludiar de una invisible orquesta, Juanito—¡oh, y qué feo es el gesto que mata!—descargó un bastonazo sobre el tronco de un árbol, desgarrando

los brotes que lo adornaban y que eran promesa feliz de sombra y de verdores para el verano próximo. Yo me incomodé fuertemente de aquella hazaña, y no pudiéndome contener, le dije:

—¿Pero sabes lo que has hecho? Acabas de comer una muerte.

Juanito, que como ya os lo he dicho, no era en el fondo malo, murmuró con algo de trémolo en la voz:

—¡Una muerte!

—Sí—le repliqué,—y una muerte imbécil, porque de ella no te has de beneficiar para nada. Ese árbol tan bello, con todas sus ramas desplegadas al viento, como brazos que se abrieron en signo de fraternidad, es un amigo del hombre, del pájaro y del insecto, de todo cuanto existe. Si me apuraras mucho, yo te diría que es un sér de amor. En verano nos ofrece la dulce hospitalidad de su sombra, y no contento con eso, nos regala con sus frutos, que son también un halago de la Naturaleza al hombre: en invierno es una esperanza y un consuelo porque nos dice la promesa de días mejores. Ese árbol es un sér vivo, totalmente vivo, tal como tú y como yo. Nace, vive, se reproduce y muere. Tiene sus órganos digestivos; tiene un corazón; tiene un aparato respiratorio; tiene sangre que es la savia, y su correspondiente aparato vascular, no menos interesante que el de nosotros. Los viejos árboles, como tu abuelito, tienen sus achaques, que de no corregirlos con cuidados y medicamentos, pueden llevarlos á la muerte, y los que son mozos como tú, tienen la flexibilidad en el talle, en el tronco, que es una de sus más amables petulancias. A más de eso, el árbol es un intercesor poderoso entre el hombre y la nube, quiero decir, que atrae humedad, y ya sabes tú que el agua es un elemento

tan esencial de la Agricultura, como la tierra misma en que se deposita el grano.

Juanito me miraba con tamaños ojos reveladores de su asombro; porque él no sabía, porque no se lo habían enseñado, que los árboles fueran seres vivos, verdaderos organismos animados.

—Y voy á decirte más todavía, para que comprendas toda la enorme importancia que el árbol tiene en la vida de la Creación: el árbol es un amigo y un protector del pájaro y el pájaro es el enemigo declarado de cuantos insectos son nocivos á la Agricultura; de modo que podría decirse, sin temor á engaño, que sin árboles no habría pájaros, y sin pájaros, la oruga, la limanda y cuantos bichos feos crió Dios para desesperación de los campesinos, abundarían hasta el extremo de que la vida agrícola se haría punto menos que imposible... ¿Comprendes ahora por qué es tan reprehensible que los niños arranquen las ramas de los árboles sólo por divertirse?

Juanito no me respondió, y parecía meditar; es sabido que quien calla, otorga. Yo quise prevalecerme de aquel estado de ánimo suyo, para ampliar mi consejo, para ensancharlo, para metérselo piel adentro, como una transfusión regeneradora.

—Y no son sólo los árboles—añadi—los que merecen amor y cuidado, sino también cuantas cosas bellas ó útiles existen alrededor nuestro y son como colaboradoras de nuestra vida. Arrancar una flor y ajarla voluntariamente, es hecho no menos criminal que coger un pajarillo y «darle gañote». La flor tiene su alma, que es el aroma, su buena alma fraternal al hombre, y romperla, matarla, expresa por nuestra parte, cuando menos, una ingratitud muy negra. Y así, de todo cuanto existe en el mundo y no nos hace daño. ¿Ves este libro?—

añadí mostrándole uno que por mi vieja costumbre de leer siempre que puedo, llevaba en uno de mis bolsillos.—Pues este libro también tiene su alma que no nos debe ser indiferente. Este libro ha sido escrito por un hombre en largas horas de cavilación y de brujuleo: sus silabas forman, como sabes, palabras, y sus palabras pensamientos, y esos pensamientos, que impresos, parecen ahí inertes, gritan, sin embargo, y acarician y consuelan y lloran y rugen, y están llenos, como tu alma y como la mía, de una cantidad de interés inmensa. Antes de ser un libro, fué una porción de voluntad, la voluntad del hombre que lo escribió, y luego un gran puñado de cuartillas escritas, y después y ya en la imprenta, reproducido por miles y miles de ejemplares, se convirtió en ese organismo que ahí tienes, un organismo ¡quién sabe! capaz de transformar las leyes más añejas de nuestra vida. Si como tiene sangre espiritual, que son las ideas, ese libro tuviera músculos motores, ya verías tú cuán poco tiempo tardaba en correr tras todos los desgraciados que no saben, para insuflarles la palabra divina y preparar de ese modo el advenimiento de nuestra fiesta pascual sobre la tierra...

Callé yo, callamos ambos. Aquella mañana de Primavera nos había vaciado sus divinos efluvios en el corazón y en la cabeza. Y ante aquella gala de vivir, dije, seguramente con el acento de un inspirado, mostrándole todo cuanto nuestra vista podía abarcar del horizonte sensible: ¡mira, mira por doquier: todo eso ama, goza, sufre y espera. ¿Consentirías tú en ser inferior á todo cuanto nos rodea? —¡Ama también, le dije.—¡Ama y espera!

ALEJANDRO SAWA.



Antonio Fernández Grilo

Este inspirado vate cordobés, que falleció hace poco—Julio de 1906—ha sido juzgado de muy diversa manera. Los literatos jóvenes le trataron con injusto desdén, no reconociéndole grandes condiciones de poeta; en cambio la generación ya vieja, contemporánea de Grilo, tuvo de él un altísimo concepto.

No se puede negar que tenía inspiración y facilidad para versificar con gusto y que hizo muchas composiciones hermosas, que es un encanto leerlas.

Grilo fué el poeta de los salones. Protegido por personas de la familia real y mimado por la aristocracia, el poeta cordobés frecuentaba el trato de la nobleza, y en los bailes, en las recepciones, en los banquetes de las familias más linajudas, Grilo recitaba sus poesías con arte inimitable.

Como muestra de sus versos, ahí vá un fragmento de uno de sus poemas más renombrados.

EN LAS ERMITAS

de la sierra de Córdoba

Hay de la alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.

Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.

Allí junto á las nubes
La alondra trina,
Allí tiende sus brazos
La cruz divina.

La vista arrebatada
Vuela en su anhelo,
Del llano á las ermitas,
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan
Los ermitaños.

El agua que allí oculta
Se precipita,
Dicen los cordobeses
Que está bendita.

Prestan á aquellos nidos
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes...

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!

Para llegar al cielo

¡Cuán poco falta!

Puso Dios en los mares

Flores de perlas,

En las conchas, jardines

Donde esconderlas.

En el agua del bosque

Frescos murmullos;

De Abril en las auroras

Tiernos capullos.

Arpas del paraíso

Puso en las aves;

En las húmedas auras

Himnos suaves.

Y para dirigirle

Preces benditas,

Puso altares y flores

En las ermitas.

Las cuestas por el mundo

Dan pesadumbre,

A los que desde el llano

Van á la cumbre...

Subid á donde el monje

Reza y trabaja:

¡Más larga es la vereda

Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,

Ya el sol la alumbre,

Buscad á los que rezan

Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares

Van tras el puerto;

¡Caravana bendita

De aquel desierto!

Forman música blanda

De un campanario,

De semillas campestres

Santo *rosario*;

De una gruta en el monte

Plácido asilo;

De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.

Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡Allí pasan la vida
Junto á la muerte!

Por los ojos que finge
La calavera
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.

Calavera sombría,
Que en bucles bellos
Adornaron un día
Ricos cabellos;

Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.

Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías.

¡¡Qué resta ya del libre
Mágico anhelo,
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo!!

¡La huella polvorosa
De un sér extraño,
Adornando la mesa
De un ermitaño!

Aquí en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!!
Y una cruz: ¡¡Vida!!

.
.

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!

ANTONIO F. GRILO.





Pío Baroja

Como hemos hablado de una nueva generación de poetas españoles, podemos hablar ahora de nuevos novelistas, y á los nombres esclarecidos de los grandes maestros de la novela, como Galdós, Pereda, Valera, Palacio Valdés y Octavio Picón, podemos añadir los de Martínez Ruíz (*Azorín*), autor de *Voluntad*; Blasco Ibáñez, de cuyas numerosas obras sólo citaremos *La barraca* y *Cañas y barro*; Valle Inclán, el castizo escritor de *La sonata de primavera*, y algunos más que van alcanzando creciente y merecida celebridad.

A este grupo de nuevos novelistas, y siendo por su mérito uno de los primeros, pertenece Pío Baroja.

No es tarea fácil hacer en pocas líneas un estudio de

este novelista. Sus obras son muchas y ofrecen los más varios aspectos de la vida humana. Es, por otra parte, el más original y complejo de nuestros novelistas. Ni se parece á escritor alguno, ni sus mismas obras se parecen unas á otras. Así, en *Camino de perfección*, una de sus novelas más sugestivas, aparece profundamente místico, atraído por un ideal altísimo de perfeccionamiento y de bondad, y en *Mala hierba* y en *La busca*, parece que se complace en presentarnos los lugares más sucios y hediondos y las gentes más degradadas y miserables del hampa madrileña.

Y he aquí otra aparente contradicción de Pío Baroja. Este escritor, que ha menospreciado siempre la forma para atender al fondo, en sus últimas obras se nos ofrece ya con un estilo tan terso, tan brillante; con un lenguaje tan elegante y preciso, que le convierten en uno de nuestros mejores literatos contemporáneos.

Sirva para confirmar esto último la lectura del siguiente fragmento tomado de *Paradox, rey*, reciente novela de Pío Baroja.

ELOGIO DE LOS VIEJOS CABALLOS DEL TÍO VIVO

EL AUTOR

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

No, no me entusiasman esas ferias elegantes con sus cinematógrafos y sus barracas espléndidas y lujosas. No me encantan esos orquestones grandes como retablos de iglesia, pintados, dorados, charolados. Son exageradamente científicos. Mirad esas columnas salomónicas que se retuercen como lombrices; mirad esas figuras de señoritas de casaca y calzón corto que llevan el compás dando con un martillito en una campana, mientras mueven la

cabeza con coquetería; mirad esas bailarinas que dan vueltas graciosas sobre un pie con una guirnalda entre las manos. Oid la música, chillona, estrepitosa, complicada de platillos, flautas, bombos, que sale del interior del aparato. Yo no quiero quitarles su mérito, pero...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

No son mis predilectos esos Tíos Vivos modernistas, movidos á vapor, atestados de espejos, de luces, de arcos voltaicos, que giran arrastrando coches llenos de adornos, elefantes con la trompa erguida, y cerdos blancos y desvergonzados que suben y que bajan con un movimiento cínico y burlesco. No les niego el mérito á esas montañas rusas cuyo vagón pasa vertiginosamente, con un estrépito de hierro y una algarabía de chillidos de mujer, pero...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

Dadme el Tío Vivo clásico, el Tío Vivo con que se sueña en la infancia; aquel que veíamos entre la barraca de la Mujer-Cañón y la de las figuras de cera. Diréis que es feo, que sus caballos azules, encarnados, amarillos, no tienen color de caballo; ¿pero eso qué importa si la imaginación infantil lo suple todo? Contemplad la actitud de estos buenos, de estos nobles caballos de cartón. Son tripudos, es verdad, pero fieros y gallardos como pocos. Llevan la cabeza levantada, sin falso orgullo; miran con sus ojos vivos y permanecen aguardando á que se les monte en una postura elegantemente incómoda. Diréis que no suben y bajan, que no tienen grandes habilidades, pero...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

¡Oh nobles caballos! ¡amables y honrados caballos! Os quieren los chicos, las niñas, los soldados. ¿Quién puede aborreceros si bajo el manto de vuestra fiereza se esconde vuestro buen corazón? Allí donde vais reina la alegría. Cuando aparecéis por los pueblos, formados en círculo, colgando por una barra del chirriante aparato, todo el mundo sonríe, todo el mundo se regocija. Y, sin embargo, vuestro sino es cruel, cruel, porque lo mismo que los hombres corréis, corréis desesperadamente y sin descanso, y lo mismo que los hombres corréis sin objeto y sin fin...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

PÍO BAROJA.





Sinesio Delgado

Siendo ministro de la Guerra el general Luque (1906) y por iniciativa suya, se celebró un concurso para premiar el mejor *canto á la bandera*, es decir, la composición poética que con mayor mérito y en muy pocos versos expresara toda la significación que tiene y todo el amor, toda la veneración que merece el emblema de nuestra nacionalidad.

De las innumerables composiciones presentadas obtuvo el premio la que sigue á continuación, debida á D. Sinesio Delgado, periodista, poeta y autor dramático que ha dado obras al teatro con suerte varia; pero á quien todos reconocen grandes condiciones de talento y de cultura.

CANTO Á LA BANDERA

¡Salve, bandera de mi Patria, salve!
y en alto siempre desafía al viento
tal como en triunfo por la tierra toda
te llevaron indómitos guerreros.

Tú eres España, en las desdichas grande,
y en tí palpita con latido eterno
el aliento inmortal de los soldados
que á tu sombra, adorándote, murieron.

Cubres el templo en que mi madre reza,
las chozas de los míseros labriegos,
las cunas donde duermen mis hermanos,
la tierra en que descansan mis abuelos.

Por eso eres sagrada. En torno tuyo,
á través del espacio y de los tiempos,
el eco de las glorias españolas
vibra y retumba con marcial estruendo.

¡Salve, bandera de mi patria, salve!
y en alto siempre desafía al viento,
manchada con el polvo de las tumbas,
teñida con la sangre de los muertos...

SINESIO DELGADO.





D. Eduardo Benot

Este ilustre anciano, que en el momento de la aparición de este libro (1906) vive aún para gloria de España, nació en Cádiz el 26 de Noviembre de 1822. Desde muy joven manifestó una afición ardiente al estudio, consagrándose con igual entusiasmo y fortuna á los trabajos científicos que á los literarios, á las tareas de la enseñanza que á las luchas apasionadas de la política. Sin seguir oficialmente carrera alguna, D. Eduardo Benot ha cultivado los más variados y aun opuestos ramos del saber, ha conquistado sólida reputación de sabio, y si como hombre de ciencia ha publicado libros admirables, como escritor literario ha producido páginas hermosas de un castellano elegante, castizo y sobrio y poesías delicadísimas. Fué director primero, desde 1852 á 1868, del famoso Colegio de San Felipe, fundado en Cádiz por D. Alberto Lista, y más tarde profesor del curso de Estudios Superiores de Marina establecido en

el Observatorio de San Fernando. Ha desempeñado cargos tan importantes como el de Secretario del Senado, de la Asamblea Nacional y del Congreso, ministro de Fomento durante la República, y ha sido miembro de importantes corporaciones científicas y literarias, entre ellas de la Real Academia de la Lengua. Sus obras didácticas y científicas más conocidas son: *Arquitectura de las lenguas*, *Errores en materia de educación*, *En el umbral de la ciencia*.

LOS AEROLITOS

I

La historia antigua hace mención de muchas piedras *caídas del cielo*. En tiempo de Anaxágoras cayó una *tan grande como un carro*, junto al río Ægos, en Francia. Plinio cuenta haber visto caer otra en la Galia Narbonense. En Galicia se adoraba Cibeles, que había *caído del cielo* en forma de piedra. En Emesa de Siria era el Sol la divinidad adorada en otra piedra de la misma procedencia.

Ahora, con inmensas dificultades, á través de 115 kilómetros de montañas y con un coste de 10.000 duros acaba de ser transportado al Museo nacional de Río Janeiro (15 Junio 1888) el famoso meteorito de Benolego, cuyo peso asciende á 5.361 kilogramos, y que, por el examen de su costra, se cree que cayera en nuestro planeta hará cosa de seiscientos años, cuando menos.

Los sabios se resisten á admitir la realidad, cuando con ella se entrelaza algo de maravilloso en las referencias populares; y, así, á pesar de estar plenamente testificada la caída en la tierra de piedras venidas desde las altas regiones de la

atmósfera, los hombres de los libros juzgaban patrañas las descripciones relativas al particular, aun tratándose de testigos irrecusables. Para creer, aguardaban seguramente á recibir en las narices una pedrada celestial.

Por fin la ciencia de los *aerolitos* empezó, como todos los sistemas, por la más insignificante de las minorías. El célebre físico Chladni reunió cuantos testimonios pudo encontrar en los autores antiguos y cuantas referencias logró allegar contemporáneas; y, con el gran prestigio y la merecida autoridad de su nombre, tuvo poder para llamar la atención de meteorólogos y astrónomos; quienes muy pronto certificaron la realidad de las caídas de esas piedras enigmáticas, antes tenidas por aborto de las consejas y supersticiones del vulgo.

II

Pocas personas habrán dejado de presenciar, según la expresión de la gente del campo, *la caída de una estrella*, especialmente en las despejadas noches de Agosto. Y es que á la caída de los aerolitos acompañan regularmente fenómenos luminosos. Detonaciones formidables suelen también oírse algún tiempo después de vista la brillante estela que en la atmósfera dejan estos meteoros; pero, para percibirlos, es necesario no encontrarse á muy grandes distancias del lugar de la caída.

Hay aerolitos del peso de gramos (y menos) y otros del de toneladas. Y siempre la química encuentra en ellos hierro, níquel, azufre, magnesia, sílice..... Todos, pues, son de la misma familia de cuerpos; sin que obste el que en unos predomine el hierro puro, asociado el níquel hasta un seis por ciento, mientras que en otros análisis no descubre

sino partículas de hierro, empastadas en una masa de azufre, cal, sílice, magnesia, alúmina, níquel, manganeso, cobalto, etc.

*
* *

La palabra *aerolito* podría inducir á error, si alguien creyese que esos cuerpos eran *pedras* formadas del *aire* ó procedentes del *aire*. Por dejar una estela de luz en las altas regiones de nuestra atmósfera, reciben el nombre de *estrellas fugaces*; y, por brillar en los aires tal vez como una bola de fuego, son denominados *bólid*os. De cualquier manera, una vez caídos, reciben el nombre de aerolitos; y más cuando se estima que estos cuerpos proceden de los dominios de nuestro sistema solar. Cuando se los cree venidos de las regiones del espacio ultra-solares se les dá el nombre de *uranolitos*.

Pero, ¿sabe la astronomía el origen de esos cuerpos?

La hipótesis más admitida es la de que alrededor del Sol circulan por entre las órbitas de los planetas enjambres de corpúsculos, tan pequeños á veces como los guijarros de nuestras playas, y que los planos en que se mueven están diversamente inclinados con respecto al plano de la elíptica, en que nuestra Tierra circula alrededor del Sol;—manera plausible de explicar el que nuestro globo no encuentre los grandes enjambres sino en determinadas épocas.

Pero más delicadas observaciones han hecho ver que la marcha del gran enjambre de Agosto es retrógrada; esto es, contraria á la de los planetas alrededor del Sol; de donde parece necesario inferir que esos cuerpos celestes no pertenecieron en un principio á nuestro sistema solar, sino que por

causas desconocidas entraron en él procedentes de los abismos del espacio, situados muy allá en las regiones ultra-solares.

EDUARDO BENOT.

LOS ÁRABES

Peregrinos á la Meca
A la par iban dos árabes
Y los perros al camino
Les salían á ladrarles.

—
Sin hacer caso, el uno
Prosiguió siempre adelante;
Pero airado el otro, piedras
No cesaba de tirarles.

—
De la Meca al año justo
Regresaba el caminante
Y halló al otro todavía
Enredado con los canes.

—
Pero imbécil, ¿no conoces
Que hasta el final de su viaje
Nunca llega el que hace caso
De los perros que le ladren?

EDUARDO BENOT.





Jacinto Benavente

He aquí un nombre glorioso de la España contemporánea. Joven aún, sus obras le dan derecho á figurar á la cabeza de nuestros dramaturgos. Además, Benavente ha sido un reformador del teatro español. A las obras aparatosas y efectistas, llenas de violencias, gritos y catástrofes, ha opuesto situaciones de mucha naturalidad y desenfado y un arte exquisito y delicado en el que el ingenio, la gracia y la ironía despiertan continuamente puras y durables emociones estéticas.

La variedad de su labor escénica es asombrosa. El sainete, la comedia, el drama, todas las formas de la producción teatral han sido acometidas por Benavente con éxito insuperable. Sainetes los escribió tan ligeros, graciosos y regocijados como *La sobresaliente*, *Modas*, *El automóvil*; comedias de sanas tendencias y acción moralizadora como *Al natural*, *Rosas de otoño*, *Lo cursi*; obras de crítica severa en las que

entre chistes de sus personajes y carcajadas de los espectadores presenta al público los vicios y flaquezas sociales más abominables, como *Gente conocida*, *La comida de las fieras*, *Los malhechores del bien*; creaciones de ensueño impregnadas de indecisa y vaporosa poesía como *Teatro fantástico*, *El dragón de fuego*, *La noche del sábado*; y á veces, finalmente, el insigne dramaturgo nos ofrece su alma delicada de poeta, lo más recóndito y sutil de su ser en obras como *La gata de Angola*, *Sacrificio*, *Alma triunfante*, que son comedias tan exquisitas, tan ingenuas, tan delicadas que se necesita un público escogido y preparado para comprenderlas y gozarlas.

El fragmento que sigue es una escena de la hermosa comedia *Lo cursi*.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS. FÉLIX con un libro en la mano.

MARQUÉS

Agustín no debe tardar; me ha citado aquí; de Rosario no sé...

FÉLIX

Ahora vengo de casa de sus primas, de ofrecerlas también un ejemplar.

MARQUÉS

De modo que esta es su última producción. Una novelita, ¿verdad?

FÉLIX

Poema historial; es un género nuevo: ni poema, ni novela, ni historia. Lo explico en el peristilo.

MARQUÉS

Todo modernismo, ¿eh?

FÉLIX

¡Oh! Algo más; actualismo. Despreciar todo lo que no existe en el momento actual. Eternizar lo efímero, fijar lo fugitivo, engrandecer lo diminuto. Eso debe ser el arte, el arte nuestro: el actualismo; no hay otro arte posible.

MARQUÉS

Inventan ustedes con el demonio.

FÉLIX

Usted se reirá...

MARQUÉS

Todo lo que pueda.

FÉLIX

Son muchos los que se ríen.

MARQUÉS

Y usted el primero.

FÉLIX

¿Yo?

MARQUÉS

¡Bah! Usted tiene bastante sentido común para estar en el secreto; pero, claro, es tan difícil llamar la atención escribiendo como todo el mundo... No pueden ustedes ser originales y son ustedes extravagantes. Pero es peligroso jugar con esas cosas, sobre todo aquí, donde se piensa poco y se medita menos; el arte no debe malgastar sus fuerzas en juegos malabares y en piruetas; tiene algo más serio que hacer. Esto que usted escribe, créame usted, es música *di camera*, y ahora necesitamos buenos trompetazos; los de Jericó todavía es poco: los del juicio final.

FÉLIX

Insigne Marqués: mi deseo mayor es cantar hazañas. Siéntase usted Aquiles y yo me sentiré Homero.

MARQUÉS

¿Y está usted seguro de que Aquiles no fué invención de Homero? Invénteme usted; alguna hazaña mía pudiera contarle. Todavía cuando cambia el tiempo, me duele un balazo, recibido allá en mis mocedades, por defender, no quiero acordarme, si la libertad ó la monarquía.

FÉLIX

Lo mismo dá para el resultado.

MARQUÉS

Tiene usted razón. Entonces los nobles, los verdaderos nobles, éramos liberales; hoy, los improvisados, los que todo se lo deben á la libertad, reniegan de ella.

FÉLIX

La pusieron ustedes tan cursi...

MARQUÉS

No; caímos en el lazo que nos tendieron los reaccionarios, diciendo que era cursi. ¿Por qué? Porque la llevaba mucha gente. Lo que yo digo: El miedo á lo cursi. La aristocracia francesa, por oposición á la República democrática, exageró la nota reaccionaria; nuestras clases directoras copiaron el figurín porque venía de París, y nos dimos á la devoción, *sacré-cœur*. Una reacción sin grandeza, que ni siquiera recoge la tradición española. ¿No ha observado usted en muchas capitales de provincias, donde existe una magnífica catedral, que casi siempre está desierta, mientras lo más distinguido de la población acude á una de esas capillitas á la moderna de almidón y purpurina? Pues así hemos hecho nosotros. Hemos abandonado el templo grandioso donde se concibe á un Dios infinito, á un Dios de todos, por la capillita de la imagen de moda, de congregación, de partido, donde se entra con papeleta.

FÉLIX

Los espíritus escogidos siempre buscamos un refugio: la torre de marfil que nos aisle de la multitud.

MARQUÉS

¡Bah! Ya son ustedes muchos los del otro lado; ya empieza á ponerse cursi también. Pronto empezará el desfile de los distinguidos á la otra acera, como en los paseos de moda. Y la humanidad se pasará así la vida. Los espíritus escogidos, como usted dice, huyendo de la multitud; la multitud siguiéndoles por donde vayan. Unos, cursis por el afán de imitar á otros; otros, más cursis por el afán de distinguirse de todos.

FÉLIX

Todos cursis entonces... y yo y mi libro...

MARQUÉS

Cursi, si ha querido usted imitar á algún escritor de moda; más cursi si ha querido usted no parecerse á ninguno.

JACINTO BENAVENTE.





D. Marcelino Menéndez y Pelayo

Es Menéndez y Pelayo uno de los hombres de quienes más se puede envanecer España. Su vida es una vida de trabajo, pero de trabajo fecundo, esplendoroso, triunfante.

Nació en Santander en 1856 y fué en su ciudad natal donde cursó la segunda enseñanza. En Barcelona siguió la carrera de Filosofía y Letras hasta licenciarse, siendo discípulo de aquel gran escritor que se llamó Milá y Fontanals, y en Madrid hizo los estudios del doctorado. Aprendió á la perfección lenguas muertas como el latín y el griego y lenguas vivas como el francés, inglés y alemán.

Preparado de esta manera se dedicó con pasión á los estudios de literatura antigua y moderna, y, durante mucho tiempo, cuando era aún casi un niño, se le vió frecuentar los archivos y bibliotecas, haciendo toda clase de investigaciones histórico-literarias, y siendo por su sa-

ber y su prodigiosa memoria el asombro de las gentes. El Ayuntamiento y la Diputación de Santander primero, y el Ministerio de Fomento más tarde, le subvencionaron para que se dedicase de lleno á las indagaciones bibliográficas. Con este motivo viajó por España, Francia, Bélgica, Italia y otros países, haciendo en archivos y bibliotecas verdaderos descubrimientos, pues encontró obras que se consideraban perdidas y sacó de las sombras del olvido nombres de autores de que no se conservaba memoria.

Menéndez Pelayo tenía ya una reputación nacional por su vasta erudición, por su buen gusto literario, por su certero juicio crítico. Un nuevo y sonado triunfo vino á consolidar su fama.

Vacante en la Universidad central, por fallecimiento de D. Amador de los Ríos, la cátedra de Historia Crítica de la Literatura española, nuestro sabio compatriota quiso aspirar á ella. Pero no había cumplido aún la edad reglamentaria, y hubo necesidad de votar una ley especial, rebajando de veintitrés á veintiuno, los años que se exigían para tomar parte en aquellas oposiciones. Fueron éstas reñidísimas y á ellas concurrieron también hombres de tanto mérito como D. José Canalejas y don Antonio Sánchez Moguel; pero la cátedra fué para el señor Menéndez Pelayo.

En la actualidad ya no es catedrático, sino director de la Biblioteca Nacional. Pertenece á las Academias de la Lengua y de la Historia y ha sido en diferentes legislaturas Senador del Reino.

Los artículos, trabajos sueltos y libros del Sr. Menéndez Pelayo son muchísimos y no podemos reseñarlos. Citaremos únicamente dos de sus obras más notables: la *Historia de los heterodoxos españoles* y la *Historia de las ideas estéticas en España*. ¿Y qué diremos de su estilo, elegante y noble? Es Menéndez Pelayo uno de los escritores contemporáneos que mejor conocen y manejan el habla castellana, y su prosa tiene la castiza y soberana belleza de nuestros grandes clásicos.

De todo esto os será fácil convenceros leyendo con fijeza y amor las siguientes páginas tomadas de un ma-

gistral estudio, hecho por el sabio español, de la famosa obra de Cervantes.

EL «QUIJOTE»

Contra este género de caballería amanerada y frívola, sin jugo moral ni sensatez, lidió Cervantes con todas las armas de su piadosa ironía, mezclada de indulgencia y amor, y por lo mismo irresistible. Ese falso y liviano concepto de la mujer erigida en idolo deleznable de un culto sacrílego é imposible, es el que inmoló para siempre, ya con blando idealismo en Dulcinea, ya con grotesco realismo en Maritornes; al paso que en su rica galería de figuras femeninas, en Dorotea, en Zoraida, en D.^a Clara la hija del Oidor, mostró cuánto de gracia, de pasión y de ternura cabe en el alma de la mujer dentro de las condiciones racionales de la existencia. Esa actividad desenfrenada, sin límite y sin objeto, divorciada de toda disciplina social y de todo fin grave, es la que encarnó en la figura de un sublime loco, que lo es solamente por contagio de la locura de sus libros y por el perpetuo sofisma que lleva á los espíritus imaginativos á confundir el sueño del arte con el de la vida. En todo lo demás, Don Quijote no causa lástima, sino veneración; la sabiduría fluye en sus palabras de oro: se le contempla á un tiempo con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parodia del heroísmo; y según la feliz expresión del poeta inglés Wodsworth, la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura. Su mente es un mundo ideal donde se reflejan, engrandecidas, las luminosas quimeras del ciclo poético, que al ponerse en violento contacto

con el mundo histórico, pierden lo que tenían de falso y peligroso, y se resuelven en la superior categoría del humorismo sin hiel, merced á la influencia benéfica y purificadora de la risa. Así como la crítica de los libros de caballerías fué ocasión ó motivo, de ningún modo causa formal ni eficiente para la creación de la fábula del *Quijote*, así el protagonista mismo comenzó por ser una parodia benévola de Amadís de Gaula, pero muy pronto se alzó sobre tal representación. El autor del *Amadís*, digno de ser cuidadosamente separado de la turba de sus satélites, hizo algo más que un libro de caballerías á imitación de los del ciclo bretón: escribió la primera novela idealista moderna, el doctrinal del perfecto caballero, la epopeya de la fidelidad amorosa, el código del honor y de la cortesía, que disciplinó á muchas generaciones. Ningún héroe novelesco se había impuesto á la admiración de las gentes con tanta brillantez y pujanza como el suyo, antes de la aparición de Don Quijote.

En Don Quijote revive Amadís, pero destruyéndose á sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia, pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por el áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre; pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media. Nacido en una época crítica, entre un mundo que se derrumba y otro que con desordenados movimientos comienza á dar señales de vida, Don Quijote oscila entre la razón y la locura, por un perpetuo tránsito de lo ideal á lo real, pero si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior,

una falsa combinación é interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor, las *puras, inmóviles y bienaventuradas ideas* de que hablaba Platón.

No fué de los menores aciertos de Cervantes haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura, y dar las mayores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado. No entendía con esto burlarse de la inteligencia humana, ni menos escarnecer el heroísmo, que en el *Quijote* nunca resulta ridículo sino por la manera inadecuada y anacrónica con que el protagonista quiere realizar su ideal, bueno en sí, óptimo y saludable. Lo que desquicia á Don Quijote no es el idealismo, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le perturba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo y hace estéril toda su virtud y esfuerzo. En el conflicto de la libertad con la necesidad, Don Quijote sucumbe por falta de adaptación al medio, pero su derrota no es más que aparente, porque su aspiración generosa permanece íntegra y se verá cumplida en un mundo mejor, como lo anuncia su muerte tan cuerda y tan cristiana.

Si este es un símbolo, y en cierto modo no puede negarse que para nosotros lo sea y que en él estribe una gran parte del interés humano y profundo del *Quijote*, para su autor no fué tal símbolo, sino criatura viva, llena de belleza espiritual, hijo predilecto de su fantasía romántica y poética, que se complace en él y le adorna con las más excelsas cualidades del sér humano. Cervantes no compuso ó elaboró á Don Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino que le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído

y hechizado por él, y llegó al símbolo sin buscarle, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura. De este modo una risueña y amena fábula que había comenzado por ser parodia literaria, y no de todo el género caballeresco sino de una particular forma de él, y que luego por necesidad lógica fué sátira del ideal histórico que en esos libros se manifestaba, prosiguió desarrollándose en una serie de antítesis, tan bellas como inesperadas, y no sólo llegó á ser la representación total y armónica de la vida nacional en su momento de mayor apogeo é inminente decadencia, sino la epopeya cómica del género humano, el breviario eterno de la risa y de la sensatez.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.





D. Teodoro Llorente

Es D. Teodoro Llorente una de las figuras más distinguidas, respetables y simpáticas de las letras valencianas. La primera manifestación de sus aficiones literarias fué un drama que D. Teodoro escribió á los diecisiete años, titulado *Delirios de amor*. Pero ya no produjo más obras para el teatro y desde entonces ha sido un constante y afortunado cultivador del género lírico.

Sus versos tienen siempre una encantadora ternura, una amable delicadeza y, á veces, una tristeza dulce y resignada.

Ha escrito muchas poesías en lengua castellana; pero ha escrito más y, acaso las mejores, en el dialecto valenciano, y de éstas, *La barraca*, *Cartes de un soldat* y muchas otras contenidas en su libro *Llivret de versos* pueden presentarse como modelos en su género.

Además de sus muchas composiciones originales, D. Teodoro ha publicado inspiradas y fieles traducciones al castellano de poemas de los grandes poetas franceses Victor Hugo, Lamartine; de los alemanes Schiller y Gœthe y del inglés Byron.

D. Teodoro ha sido además periodista militante, director

y propietario del diario *Las Provincias*, presidente del Ateneo Valenciano y de *Lo Rat Penat*, historiador y cronista de la ciudad de Valencia, diputado á Cortes en varias legislaturas y poeta premiado muchas veces en los Juegos Florales de Valencia. Y en uno de estos brillantes certámenes, un público numeroso pudo contemplar con emoción intensa al anciano y venerable poeta que se inclinaba para recibir de manos de su hija, que era reina de la fiesta, el premio concedido á sus versos inspiradísimos.

UN RAMO DE CLAVELES Y AZUCENAS

Un ramo de claveles y azucenas
 Me pusiste en la mesa en que escribía;
 Dios, remunerador de acciones buenas,
 Te pague la merced, dulce hija mía.
 Como al enfermo, á quien la fiebre mata,
 El fresco manantial; cual los fulgores
 Del sol al ciego, para mí fué grata
 La bendita limosna de esas flores.
 Miro sobre mi mesa amontonados
 El viejo infolio, de pesada glosa,
 Los librijos del día aún no cortados,
 El vulgar expediente, ¡horrenda prosa!
 La carta insulsa, el memorial prolijo,
 El libelo procaz, de amargas hieles,
 Y entre el fárrago aquél, ¡oh regocijo!
 Tu ramo de azucenas y claveles.
 El me dice: ¡Alegría! ¡Primavera!
 ¡Efluvios del jardín! ¡Luz de la aurora!
 ¡Soplo vital que al mundo regenera!
 ¡Naturaleza, siempre creadora!
 Mi espíritu, rendido bajo el peso
 De insoluble cuestión, de acerba duda;
 Mi desmayado corazón, opreso
 Por la contienda de la vida ruda;
 Mi orgullosa conciencia, á la que llamo,
 Y en el trance fatal hallo indecisa,

Cálmanse todos al mirar el ramo
Do pusiste tu amor y tu sonrisa.

Mi sér inunda el bienhechor aroma
Purificando el alma; y al instante,
Como sol puesto, que de nuevo asoma,
La perdida ilusión surge triunfante.

Brilla á mis ojos plácida alborada,
Y llena, con sus trinos hechiceros,
Mi fantasía, selva enmarañada,
Un tropel de calandrias y jilgueros.

TEODORO LLORENTE.





D. Juan Valera

Ha sido el Sr. Valera uno de los españoles más ilustres de estos últimos tiempos. Fué pensador, novelista y crítico literario, y todo en grado sobresaliente. Sus novelas son un primor de estilo, de gracia y amenidad. De él puede decirse lo que del rey Midas de la Mitología, que convertía en oro cuanto tocaba. ¿Qué español medianamente ilustrado no ha leído su *Pepita Jiménez*, la más exquisita y linda de sus novelas?

La biografía de D. Juan Valera está hecha en pocas líneas. Nació en Cabra (Córdoba), de ilustre familia, el 18 de Octubre de 1824 y murió en Madrid en Abril de 1905. Estudió la carrera de abogado en el Sacro Monte de Granada, y en 1847 acompañó á Nápoles á su ilustre tío el gran Duque de Rivas. Ingresó en la carrera diplomática representando á España en varios países extranjeros y prestando siempre muy buenos servicios. Fué diputado á Cortes muchas veces y académico de la Lengua.

Entre sus novelas, además de la ya dicha, citaremos *Las ilusiones del Doctor Faustino*, *Doña Luz*, *Juanita la larga*, *Morsamor*; entre los cuentos *Asclepigenia*, *El bermejino prehistórico*, *Garuda*, *La buena fama*. Entre las obras críticas *Disertaciones y juicios literarios* y *Estudios críticos*, á la cual pertenecen las páginas que vamos á leer.

ESPAÑA Y PORTUGAL

Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto, antes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable á la idea de la unión ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiración sublime, casi irrealizable ó realizable sólo en un remoto porvenir, que un plan político, para cuya realización y cumplimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que á poca costa puede llevarse á cabo, con buena voluntad, audacia y fortuna.

El ejemplo de Italia no debe en manera alguna alucinarnos ni movernos á la imitación. Las circunstancias son muy otras en aquélla que en esta Península. Allí ó no hay nación, ó tiene que haber una Italia: aquí hay dos naciones, y aún seguiría, acaso durante siglos, habiendo dos naciones, aunque ambas, ó por una revolución, ó por una conquista, ó por un enlace regio, vinieran á formar un Estado solo.

Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Amalfi, han sido poderosas y gloriosas repúblicas; pero como

naciones no han existido. No es menester buscar razones, basta el sentido común, basta el oído para percibir que suenan disparatadamente estas frases: *la nación pisana, la nación genovesa*, y hasta la misma *nación milanesa ó napolitana*. En Italia, porque la historia ó el destino, porque Dios, en suma, lo ha querido así, no hay más que una nación, aunque haya habido numerosos é independientes Estados; señoría en Venecia, ducado en Milán y reino en Nápoles.

En nuestra Península sucede lo contrario. Portugal, aunque es una nación hermana, no forma parte, no es la misma nación española. La historia de Portugal es tan grande que no puede perderse ni confundirse en la historia de otro pueblo; pero no es esta la mayor dificultad. Grande, heróica, admirable es también la historia de Aragón, que tampoco puede perderse ni confundirse, y sin embargo, la nacionalidad, la autonomía aragonesa vino en sazón oportuna á amalgamarse con la de Castilla, formando ambas la nacionalidad española. La mayor dificultad es que la sazón oportuna, el momento propicio en que la fusión hubiera sido fácil, pasó, mucho tiempo há. Las diferencias se han hecho cada vez mayores desde entonces, y nos han ido separando, en lugar de irnos uniendo.

En aquellos buenos tiempos de mútua prosperidad, cuando portugueses y castellanos nos dividíamos el imperio de los *mares nunca de ántes navegados*; en aquellos buenos tiempos en que podía decir el poeta, en elogio de la *noble España*, que era la cabeza de Europa toda, y de Portugal, que era la cima de la cabeza, y en que sin pecar de hinchados ni de fanfarrones, podíamos hacer decir á nuestros héroes:

Do Tejo ao China o portuguez impera,
 De un polo a outro o castelhano voa,
 E os dois extremos da redonda esfera
 Dependem de Sevilha e de Lisboa;

en aquellos buenos tiempos, repetimos, sin estar llenos de recelos y agriadas por el infortunio, hubieran podido estrecharse y confundirse ambas naciones en la cumbre de la grandeza y de la gloria, como Aragón y Castilla se confundieron. Pero después de la rota de Alcazarquivir, humillada y moribunda la nación portuguesa, y sujeta y postrada bajo el cetro de hierro de Felipe II, no pudo unirse, aunque tuvo que someterse á Castilla. Así es que la revolución de 1640 fué indispensable; fué el renacimiento de un pueblo que había muerto ó que gemía esclavo; cuya gloria eclipsada era preciso que volviese á brillar. La dominación de los Felipes en Portugal quitó á aquel pueblo libertad, y no le dió fuerza ni amparo. Las ricas colonias, el hoy tan próspero imperio del Brasil, tal vez hubieran sido mejor defendidos por los portugueses solos, aun en medio de su postración, que por el pujante, pero mal gobernado poder de España.

No se ha de extrañar, por lo tanto, que los portugueses suspirasen por la perdida independencia, y que la recobraran. Con ella parecía renacer la pasada gloria y algo del poder pasado. El advenimiento al trono de la casa de Braganza fué más popular que el de la nobilísima y heroica dinastía de Avis. Desde entonces la división entre España y Portugal se ha hecho cien veces más honda, la rotura más difícil de soldar, los signos característicos de ambas nacionalidades más prominentes y diversos.

En Italia la literatura es la misma y la lengua

literaria la misma en todas las provincias: Tasso no es una gloria del reino de Nápoles, sino de toda Italia: Dante y Machiavelli son italianos antes de ser florentinos. En Portugal, por el contrario, se levanta, y crece y se desarrolla, y se aparta cada vez más de la nuestra, una literatura nacional, propia y exclusiva de aquel pueblo. En un principio nuestros trovadores, nuestros príncipes poetas escribieron en portugués como Macías y el Rey Sabio. Los trovadores portugueses se complacían en escribir en castellano. El castellano y el portugués no parecían dos idiomas diversos, sino dos formas, dos modos del mismo idioma. En la magnífica corte del rey D. Manuel, suena en prosa y en verso el habla de Castilla. *El Cancionero de Resende* está lleno de versos castellanos. La musa dramática portuguesa hace sus primeros felices ensayos en los *Autos* de Gil Vicente, muchos de ellos en castellano, y otros en castellano y en portugués mezclados y confundidos. El primer poeta lírico portugués, el justamente celebrado Sá de Miranda, escribe gran parte de sus obras en nuestra lengua; el mismo Camoens le imita y le sigue en esto. Todavía, á pesar de Aljubarrota, y lo que es más, á pesar de Vasco de Gama, del infante D. Enrique, y del grande Alburquerque, esto es, á pesar de la magnífica epopeya de la historia de Portugal en el siglo XV, epopeya que no sólo hace de Portugal una nación, sino una nación gloriosísima, importantísima y con una gran misión providencial en el mundo, Portugal se creía parte de España.

España era la cabeza de Europa toda; pero Portugal era la cima de la cabeza, esto es, parte de ella, como dice el llamado por los portugueses mismos *príncipe de los poetas españoles*. La conquista hecha por corrupción y violencia sobre un enemigo

postrado, y la perversa dominación y peor administración de los Felipes, vinieron á destruir ó á retardar la verdadera unión de ambos pueblos, que ya se iba formando. La revolución de 1640 acabó de romper los lazos amistosos que nos unían. ¿Qué portugués, sin pasar por mal portugués, hubiera osado, desde entonces hasta hace pocos años, hablar de la unidad ibérica? En Italia, al contrario, en todas las edades, en todas las provincias y Estados, han suspirado y defendido y aconsejado la unidad los más amantes de la patria y los que han alcanzado más fama por haberla amado é ilustrado. Dante, Petrarca, Machiavelli, Manzoni, Leopardi, Tosti, Botta, todos los hombres eminentes de aquella Península, se mostraron partidarios de su unidad, y no reconocen sino una sola nacionalidad en ella. Allí se han ido cada día estrechando más; aquí nos hemos ido separando. Allí una misma literatura, allí un mismo idioma: las glorias alcanzadas y las afrentas recibidas son allí comunes. Los que encomian á Italia la llaman á toda ella cuna de las artes, maestra de las gentes, patria de los grandes poetas y de los eminentes capitanes, y los que la denigraban, cuando vivía esclava y abatida, lanzaban también la injuria y el vilipendio sobre toda ella, sin esceptuar una sola provincia, ó diciendo, si la esceptuaban, que aquella provincia no era Italia. Pero entre España y Portugal no ha habido nunca solidaridad semejante, sobre todo, en la desgracia. Acaso seamos harto orgullosos para aceptar como nuestras las faltas de nuestros hermanos. Acaso lo seamos también, aunque no tanto, para tener sus glorias por nuestras.

De todos modos, la unidad ibérica, aunque difícilísima, aunque sólo sea un hermoso ensueño en el día, no se puede afirmar que sea completamente



imposible, ni menos que pudiera redundar en desdoro de una de las dos naciones, si éstas acertaran á unirse como Inglaterra y Escocia, y no como Inglaterra é Irlanda, Austria y Hungría, Polonia y Rusia.

JUAN VALERA.





D. Ramón de Campoamor

He aquí uno de los más grandes poetas que tuvo España en el siglo XIX. Nació en Navia (Asturias) en Septiembre de 1817 y murió en Madrid en Febrero de 1901. Pero no vamos á hacer su biografía. Aunque en la política desempeñó cargos como el de diputado y gobernador y en sus actos fué siempre un cumplido caballero, á Campoamor sólo se le estudia como poeta.

De él ha dicho el Sr. Octavio Picón: «Su pensamiento vigoroso á todo se atrevía; para su peregrino ingenio nada era imposible de expresar; fundiéndose luego esta habilidad y aquella audacia en una ironía al parecer mansa, en realidad terrible, porque gracias á ella lo más osado tomaba aspecto inocente y con lo más trivial turbaba la conciencia. El amor, la duda y la esperanza forman la trinidad que inspiró sus versos empapados en llanto y burla: nunca está en ellos la risa exenta de amargura, ni falta encanto á la melancolía. Poseyó el arte exquisito de decir lo que asusta haciendo sonreír: y son sus cantos reflejo de la constante turbación del alma humana sedienta de goces, ceñida de miedos, conde-

nada á fluctuar entre lo que ama y lo que teme, sin saber lo que desea, y menos lo que le conviene. Fué lo bastante filósofo para que su poesía hiciera pensar, y tan gran poeta que empleó la filosofía para hacernos sentir.»

EL GAITERO DE GIJÓN

I

Ya se está el baile arreglando.
 Y el gaitero ¿dónde está?
 —Está á su madre enterrando,
 pero en seguida vendrá.
 —Y ¿vendrá?—Pues ¿qué ha de hacer?
 Cumpliendo con su deber
 vedle con la gaita... pero
 ¡cómo traerá el corazón
 el gaitero,
 el gaitero de Gijón!

II

¡Pobre! Al pensar que en su casa
 toda dicha se ha perdido,
 un llanto oculto le abrasa,
 que es cual plomo derretido.
 Mas, como ganan sus manos
 el pan para sus hermanos,
 en gracia del panadero
 toca con resignación
 el gaitero,
 el gaitero de Gijón.

III

No vió una madre más bella
 la nación del sol poniente...
 pero ya una losa, de ella

VI

Teme más, el que es bueno,
á su propio desprecio, que al ajeno.

VII

Cuando ames, Esperanza, ten presente
que lo hermoso del hombre está en la frente.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





D. Santiago Ramón y Cajal

¿Quién de vosotros no ha oído citar una vez siquiera el nombre de este insigne español? Si os preguntaran quién es este señor, probablemente contestaríais todos: ¡un sabio! Y es verdad, pues eso es Ramón y Cajal, un sabio, un verdadero sabio. Generalmente esos respetables señores á quienes llamamos sabios se concretan á estudiar mucho en los libros y después lo enseñan á los demás con iguales ó diferentes palabras á como lo aprendieron. Pero los verdaderos sabios como Ramón y Cajal, no se conforman con esto. Después de aprender lo que ya se sabe, cuanto se ha dicho ó escrito sobre un asunto cualquiera, estudian, trabajan un día y otro día, un año y otro año para investigar verdades nuevas, para hacer verdaderos descubrimientos de cosas desconocidas. Y estos son los sabios que la humanidad aclama con entusiasmo.

Pero digamos algunos datos biográficos de D. Santiago Ramón y Cajal. Aunque se le considera aragonés, no nació en la provincia de Zaragoza, como algunos creen, sino en Petilla (Navarra), en 1850. Estudió en Zaragoza, y á los diecinueve años, es decir, en 1869, se licenció en

Medicina y Cirugía. Fué luego varios años Director del Museo Anatómico de Zaragoza y en 1884 obtuvo por oposición la cátedra de Anatomía general de Valencia. De ésta pasó en 1887 á la cátedra de Histología de la Universidad de Barcelona, y en 1892 á la Facultad de Medicina de Madrid.

Y hubo necesidad de que nos lo dijeran los extranjeros para que supiéramos los españoles que teníamos un verdadero sabio, uno de los que inventan ó descubren y que lo son en todas partes. En 1889 fué á Berlín Ramón y Cajal y en el Congreso de anatómicos expuso sus descubrimientos de Histología (1) nerviosa que causaron gran sensación en el mundo científico. En 1894, por invitación de la misma, inauguró los cursos de la Real Sociedad Británica de Ciencias, y el 9 de Marzo de ese año recibió con gran solemnidad la investidura de Doctor honorario en la Universidad de Cambridge, honor que poco después le concedían varias Universidades europeas y algunas de los Estados Unidos. En 1898, poco después de la guerra hispano-americana, fué á América, invitado á dar una conferencia por la Universidad de Clark, y allí obtuvo grandes triunfos científicos y su corazón de patriota gozó intensas alegrías al ver aclamado el nombre de España por aquellos mismos que acababan de vencerla. El Congreso de Medicina celebrado en París el 1900 le concedió el gran premio de la Universidad de Moscou, en competencia con el sabio Metchnikoff. Recientemente el jefe de un Gobierno liberal le ofreció la cartera de Instrucción pública. Pero Cajal no quiso ser ministro y prefirió seguir encerrado en su laboratorio, consagrado por completo á su trabajo, por el que ha llegado á ser la gloria más pura de España.

(1) Histología es la parte de la Anatomía que trata del estudio de los tejidos orgánicos.

LA INDAGACIÓN CIENTÍFICA

Para llevar á feliz término una indagación científica, no basta la atención espectante, ahincada; es preciso llegar á la preocupación. Importa aprovechar para la obra todos los momentos lúcidos de nuestro cerebro... Esta polarización cerebral, sostenida durante meses en un cierto orden de percepciones, afina el entendimiento y condensando, como en un foco, *toda la luz del pensamiento* sobre el nudo del problema, permite descubrir en éste relaciones inesperadas... Esta superior organización adquirida por las células nerviosas, determina lo que yo llamaría *talento especial ó de adaptación*, y tiene por resorte la propia voluntad, es decir, la resolución enérgica de conformar nuestro entendimiento á la magnitud del asunto... Todo el secreto está en el método de estudio; en aprovechar para la labor todo el tiempo hábil; en no entregarse al diario descanso sin haber consagrado dos ó tres horas por lo menos á la tarea; en poner un prudente límite á esa *dispersión de la atención* y á ese derroche de tiempo que nos cuesta el trato social... Lo malo de ciertas distracciones demasiado dominantes no consiste tanto en el tiempo que nos roban, cuanto en la pérdida de esa polarización cerebral, de esa especie de tonalidad que nuestras células nerviosas adquieren cuando las hemos adaptado á un asunto dado.

Toda obra grande es el fruto de la paciencia y la perseverancia, combinadas con una atención orientada durante meses y aun años hacia un objeto particular. Así lo han confesado sabios ilustres

al ser interrogados tocante al secreto de sus métodos. Newton declaraba que sólo pensando siempre en la misma cosa, había llegado á la maravillosa ley de la atracción universal: de Darwin refiere uno de sus hijos que llegó á tal concentración en el estudio de los hechos biólogos, relacionados con el gran principio de la evolución, que se privó durante muchos años, y de modo sistemático, de toda lectura y meditación extraña al blanco de sus pensamientos.

Tan exacto es que para el sabio no hay nada comparable á la verdad descubierta por él, que no se encontrará acaso un investigador capaz de cambiar la paternidad de una conquista científica por todo el oro de la tierra. Y si existe alguno que busca en la Ciencia, en vez del aplauso de los doctos y de la íntima satisfacción asociada á la función misma del descubrir, un medio de granjear oro, ese tal ha errado la vocación: al ejercicio de la industria ó del comercio debió por junto dedicarse.

S. RAMÓN Y CAJAL.





D. José Zorrilla

Era la tarde del 15 de Febrero de 1837. En el antiguo cementerio de la Puerta de Fuencarral de Madrid, un numeroso cortejo de personas graves y silenciosas rodeaba el féretro que contenía el cadáver de aquel insigne y malogrado escritor que se llamó D. Mariano José de Larra, más conocido por el pseudónimo de *Figaro*. A punto ya de introducir el ataúd en un modesto nicho, el marqués de Molins usó de la palabra y con acento emocionado hizo una sentida alabanza del desgraciado *Figaro*. Y luego, cuando ya iba á retirarse

el cortejo, un joven de tímido continente, cara pálida, ojos soñadores y largos cabellos, se adelantó, y sacando unos papeles, leyó de un modo conmovedor y patético una poesía que empezaba así:

«Ese vago clamor que rasga el viento
Es el són funeral de una campana!!...
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento,
Que en sucio polvo dormiré mañana.»

Aquel joven, un niño aún, era D. José Zorrilla, y pocas horas después su nombre corría de boca en boca en alas de una naciente y rápida celebridad.

Digamos algo de su biografía. Nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817 y murió en Madrid el 23 de Enero de 1893.

Quiso su padre que siguiera la carrera de abogado, pero él no sentía vocación para estos estudios y los abandonó pronto por sus ensueños de poeta. Fué romántico de corazón y siempre llevó una desordenada vida de bohemio. De haber nacido en la Edad Media hubiera sido uno de aquellos trovadores que con la bandurria, la lira ó el arpa de la cigarra de oro, recorrían los castillos feudales para cantar á la luz de la luna amores y querellas.

Zorrilla fué un poeta de altos vuelos, de inspiración robusta y estro sonoro. Gustaba de contemplar ruinas y evocar pasadas grandezas. Recogía las leyendas populares y les vestía el ropaje espléndido de sus versos opulentos. Su imaginación hacia resurgir de las tumbas de la historia á los mártires y los héroes, y los campos castellanos, los pensiles floridos, los cármenes granadinos, fueron el escenario de sus narraciones.

De sus composiciones citaríamos *A Granada*, *Recuerdos de Toledo*, *El reloj*, *Margarita la Tornera*, *Cantos del Trovador* y otras muchísimas. D. José Zorrilla fué también autor dramático. ¿Quién de vosotros no ha visto representar su *Don Juan Tenorio*? Además de este popularísimo drama escribió *El puñal del Godo*, *El Zapatero y el Rey*, *Traidor, inconfeso y mártir* y algunos más.

Zorrilla estuvo en América, fué lector del desgraciado Maximiliano I, emperador de Méjico, ganó mucho dinero y murió pobre.

A GALIANA

Canción

Limpia es la noche y callada,
 La luna en el cenit brilla
 Como lámpara colgada
 En recóndita capilla.
 La brisa errante y serena
 Mansa suena
 Meciendo árbol, yerba y flor
 Y el mundo en descuido inerme
 Goza ó duerme
 Sus pesares ó su amor.
 Yo constante en mi porfía,
 Paso la noche sombría
 Suspirando á tu ventana,
 ¡Galiana mía!
 Mas si han de espirar mis quejas
 En tus rejas,
 No me las abras, Galiana,
 Noche ni día.

Porque me es tan delicioso
 Saber cuando al fin te roba
 Al necio mundo curioso
 La oscuridad de tu alcoba!...
 Tan grato espiar atento
 El momento
 En que tu luz espiró,
 Por poder decir ufano:
 ¡Hora qué vano
 Favorito es como yo!
 Me es tan dulce en mi agonía
 Saber que en la noche umbría
 Suspiro yo á tu ventana
 ¡Galiana mía!

Mas si han de espirar mis quejas
 En tus rejas,
 ¡Oh! no las abras, Galiana,
 Noche ni día.

Yo bien pudiera mentirte
 Palacios, buques, caballos,
 En luengas tierras decirte
 Que me respetan vasallos;
 Porque de tierras ignotas
 Y remotas
 Fuérame fácil mentir;
 Mas decirte no quisiera
 Ni supiera,
 Si me lo hubieras de oír,
 Sino que en tenaz porfía
 Paso la noche sombría
 Suspirando á tu ventana,
 ¡Galiana mía!
 Mas si han de espirar mis quejas
 En tus rejas,
 No me las abras, Galiana,
 Noche ni día.

Yo no soy más que un poeta
 Sin otro bien que mi lira,
 Un alma al amor sujeta,
 Y un corazón que suspira;
 Y aunque es verdad que hay algunos
 Importunos
 Que me aplauden mi canción,
 Yo nunca he de hacerles caso,
 Porque acaso
 Hablillas del vulgo son.
 Yo paso cantando el día,
 Pero la noche sombría
 Paso al pie de tu ventana,
 ¡Galiana mía!
 Mas si han de espirar mis quejas
 En tus rejas,

No me las abras, Galiana,
Noche ni día.

Cuando en tus cándidos sueños
Oír tal vez te parece
De compases halagüeños
El són que se desvanece,
No son los ténues lamentos
De los vientos
Que murmuran al pasar:
No es el ruido de la fuente
Transparente,
Sino el són de mi cantar.
Porque siempre en mi porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Galiana mía!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Galiana,
Noche ni día.

¿Oyes la lluvia que cae,
Y el aura en sus hilos rota
Que una voz triste la trae
Mientras tus vidrios azota?
No es la voz de la tormenta
Turbulenta
Que muge con el turbión:
Es el arpa que yo toco
Cuando evoco
Tu sueño con mi canción.
Porque siempre en mi porfía,
Yo velo en la noche umbría
Suspirando á tu ventana,
¡Galiana mía!...
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Galiana,
Noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,
De tan amorosas cuitas,
Te cansa el són de mi canto
Y te cansan mis visitas:
Si tu sueño ó tus placeres
Ya no quieres
Que turbe importuno más,
Manda que rompa la lira
Que suspira
Tan amoroso compás;
Mas si has de salir impía,
A maldecir mi porfía
Cuando lloro á tu ventana,
¡Galiana mía!...
Deja que estrelle mis quejas
En tus rejas,
Y no las abras, Galiana,
Noche ni día.

JOSÉ ZORRILLA.





D. José María de Pereda

Ha sido el Sr. Pereda uno de nuestros mejores novelistas contemporáneos. Nació en Polanco (Santander) y murió recientemente en la capital de la misma provincia. Si su figura le daba todo el aspecto de un hidalgo castellano como los que vemos en los cuadros del Greco y de Velázquez, por sus gustos, ideas y aficiones era aún más netamente español que por su figura.

No se distinguen sus obras precisamente por el interés y la originalidad de los argumentos, sí por su lenguaje correcto y castizo, por la acabada pintura de los tipos, por el vigor y magnificencia de las descripciones. Era D. José María de Pereda un adorador de la montaña, un enamorado de su tierra y de ella no quiso separarse y en ella buscó y encontró personajes, escenas y lugares para sus creaciones literarias. Así sus novelas tienen el sabor campestre de una poesía bucólica, la fresca y

lozanía de los prados y los bosques de aquella pintoresca y quebrada comarca santanderina.

*La puchera, El sabor de la tierra, Escenas monta-
ñas, Peñas arriba* y otras obras suyas son una prueba de ello.

PEÑAS ARRIBA

.... Al fin llegamos arriba, yo por milagro de Dios, siguiendo gateo á gateo los de don Sabas; pero muerto de cansancio y empapado en sudor.

—Reposar unos momentos—me dijo el Cura allí; —pero con los ojos cerrados, ¡y cuidado con abrirlos hasta que yo lo mande!

Más por necesidad que por obediencia, cumplí al pie de la letra el mandato de don Sabas. Estuve un largo rato tumbado en el suelo, boca arriba y con ambas manos sobre los ojos, porque sólo así encontraba el absoluto descanso que me era indispensable entonces. Sentía fuertes latidos en el corazón que repercutían en las sienas, y al vivo compás de este golpeteo funcionaban mis pulmones.

Cuando el uno y los otros volvieron á su ritmo sosegado y normal, llamé á don Sabas y me puse á sus órdenes. Estaba muy cerca de mí, encaramado en una peña en la actitud de costumbre y empezando á embriagarse por los ojos, y no sin motivo ciertamente.

—Arrímate un poco acá—me dijo desde su pedestal calizo con manchones de musgo y poco más alto que yo.—Arrímate, contempla... ¡y pásmate, Marcelo!

Habíamos subido por el Oeste de la montaña, que es el lado por donde las hay mayores que ella, y el panorama con que me brindaba el Cura se veía

por las otras vertientes; es decir, que era cosa nueva para mí y recién aparecida ante mis ojos. Particularmente hacia el Este y hacia el Norte, parecía no tener límites á mi vista, poco avezada á estimar espectáculos de la magnitud de aquél; y era de una originalidad tan sorprendente y extraña que no acertaba á darme cuenta cabal ni de su naturaleza ni de su *argumento*. Por el Sur se dominaba el hermoso valle de Campóo, ya en otra ocasión visto y admirado por mí; en la misma dirección y más lejos, los tonos pardos de la tierra castellana; más cerca, el Puerto de marras con sus monolitos descarnados y su soledad desconsoladora. Al Oeste y asombrándolo todo con sus moles, Peña Sagra y los Picos de Europa separados por el Deva, cuya profunda y maravillosa garganta se distinguía fácilmente en muchos de sus caprichosos escarceos entre los peñascos inaccesibles y fantásticos de una y otra ribera; y más allá del Deva, en sus valles bajos, según iba informándome don Sabas, con el laconismo y el modo con que señala el maestro de escuela con una caña en un cartel las sílabas á sus educandos, una buena parte de la provincia de Asturias.

Pero lo verdaderamente admirable y maravilloso de aquel inmenso panorama era cuanto abarcaban los ojos por el Norte y por el Este. En lo más lejano de él, pero muy lejano, y como si fuera el comienzo de lo infinito, una faja azul recortando el horizonte: aquella faja era el mar, el mar Cantábrico: hacia su último tercio, por la derecha, y unida á él como una rama al tronco de que se nutre, otra mancha menos azul, algo blanquecina, que se internaba en la tierra y formaba en ella como un lago: la bahía de Santander. Pero es el caso (y aquí estaba la verdadera originalidad del cuadro,

lo que más me desorientaba en él y me sorprendía) que la faja azul se presentaba á mis ojos mucho más elevada que el perfil de la costa, y que con ella se fundían otras mucho más blancas que iban extendiéndose y prolongándose hacia nosotros, quedando entre la mayor parte de ellas islotes de las más extrañas formas; picos y hasta cordilleras que parecían surgir de una repentina inundación.

A todo esto, el sol, hiriéndolo con sus rayos, sacaba de las superficies de aquellos golfos, rías y ensenadas, haces de chispas, como si vertiera su luz sobre llanuras empedradas de diamantes.

—Es la niebla baja de los valles,—me advirtió el Cura; y fué señalándolos y nombrándomelos todos uno á uno.

Ya me lo había imaginado yo; pero aun así, no podía ni deseaba deshacer aquella ilusión de óptica que me presentaba el panorama como un fantástico archipiélago cuyas islas venían creciendo en rigurosa gradación desde las más bajas sierras, primer peldaño de la enorme escalera que comenzaba en la costa y terminaba, detrás de nosotros, en el mismo cielo cuya bóveda parecía descansar por aquel lado sobre los picos de Bulnes y Peña-vieja.

—Según vaya subiendo el sol—me decía don Sabas desde su plinto calcáreo,—y arreciando el remusgo allá abajo, irá la niebla esparciéndose y dejándose ver lo que está tapado ahora... ¡Pues también es cosa de verse desde aquí la salida del sol!... Y algún día hemos de verlo, si Dios quiere... y mejor desde más arriba... desde allá...

Y me apuntaba, vuelto un poco á la derecha, hacia una loma altísima en que, según me advirtió también, convergían tres cordilleras.

Entre tanto, yo no podía apartar los ojos del archipiélago en el cual me iba forjando la fantasía

todo cuanto puede concebirse en materia de líneas y de formas: el templo ojival, el castillo roquero, la pirámide egipcia, el coloso tebano, el paquidermo gigante... No había antojo que no satisficiera la imaginación á todo su gusto en aquellas sorprendentes lejanías.

La predicción de don Sabas no tardó en cumplirse. Poco á poco fueron las nieblas encrespándose y difundiéndose, y con ello alterándose y modificándose los contornos de los islotes, muchos de los cuales llegaron á desaparecer bajo la ficticia inundación. Después, para que la ilusión fuera más completa, ví las negras manchas de sus moles sumergidas, transparentadas en el fondo; hasta que, enrarecida más y más la niebla, fué desgarrándose y elevándose en retazos que, después de mecerse indecisos en el aire, iban acumulándose en las faldas de los más altos montes de la cordillera.

Roto, despedazado y recogido así el velo que me había ocultado la realidad del panorama, se destacó limpia y bien determinada la línea de la costa sobre la faja azul de la mar, y aparecieron las notas difusas de cada paisaje en el ambiente de las lejanías y en los valles más cercanos: las manchas verdosas de las praderas, los puntos blancos de sus barriadas, los toques negros de las arboledas, el azul carminoso de los montes, las líneas plateadas de los caminos reales, las tiras relucientes de los ríos cubriendo por el llano á sus desembocaduras, las sombrías cuencas de sus cauces entre los repliegues de la montaña... Todos estos detalles, y otros y otros mil, ordenados y compuestos con arte sobrehumano en medio de un derroche de luz, tenían por complemento de su grandiosidad y hermosura el silencio imponente y la augusta soledad de las salvajes alturas de mi observatorio.

Jamás había visto yo porción tan grande de mundo á mis pies, ni me había hallado tan cerca de su Creador, ni la contemplación de su obra me había causado tan hondas y placenteras impresiones. Atribuíalas al nuevo punto de vista, y no sin racional y juicioso fundamento. Hasta entonces sólo había observado yo la Naturaleza á la sombra de sus moles; en las angosturas de sus desfiladeros, entre el vaho de sus cañadas y en la penumbra de sus bosques; todo lo cual pesaba, hasta el extremo de anonadarle, sobre mi espíritu formado entre la refinada molicie de las grandes capitales, en cuyas maravillas se ve más el ingenio y la mano de los hombres que la omnipotencia de Dios; pero en aquel caso podía yo saborear el espectáculo en más vastas proporciones, en plena luz y sin estorbos; y sin dejar por eso de conceptuarme gusano por la fuerza del contraste de mi pequeñez con aquellas magnitudes, lo era, al cabo, de las alturas del espacio y no de los suelos cenagosos de la tierra. Hasta entonces había necesitado el contagio de los fervores de don Sabas para leer algo en el gran libro de la Naturaleza, y en aquella ocasión le leía yo solo, de corrido y muy á gusto.

Y leyéndole embelesado, llegué á sumirme en un cúmulo de reflexiones que, empalmándose por un extremo en la monótona insulsez de toda mi vida mundana y embebiéndose en seguida en el espectáculo en que se recreaban mis ojos, se remontaban después sobre las cumbres altísimas que limitaban el horizonte á mi espalda, y aún seguían elevándose á través del éter purísimo por donde suben las plegarias de los desdichados y los suspiros de las almas anhelosas del Sumo Bien.

Volviendo, al fin, los ojos hacia don Sabas, de quien me había olvidado un buen rato, porque el

mismo tiempo hacía que no se cuidaba él de mí, le hallé, por las trazas, leyendo el gran libro en la misma página que yo. Estaba en pleno hartazgo de Naturaleza, según declaraban sus ojos resplandecientes, su boca entreabierta y como ávida de aire serrano, y aquélla su especial inquietud de músculos y hasta de ropa.

—¿Se ha visto todo bien?—me preguntó volviendo en sí de repente.

—A todo mi sabor,—le respondí.

—Pues hacerse cuenta de que ya se ha visto algo de las grandes obras de Dios que tenemos por acá.

—¡Grande es, en efecto, y hermoso y admirable este espectáculo!—repliqué.

—¿Grande?—repitió el Cura; y volvió á contemplarle en todas direcciones con los brazos extendidos, como si quisiera darme de aquel modo la medida de su magnitud.

JOSÉ M. DE PEREDA.





Gustavo Adolfo Bécquer

Ha sido Bécquer el más sentimental y tierno de nuestros poetas. Sus composiciones son sentidísimas y hacen brotar tristezas en el ánimo y frecuentemente lágrimas en los ojos. Tal vez su vida llena de apuros, sinsabores y contrariedades, fué causa de la intensa melancolía de que están impregnados todos sus versos.

Nació Gustavo Adolfo Bécquer en Sevilla, en Febrero de 1836, y muy niño quedó sin padres. Su tío D. Juan de Vargas le amparó y amparó á sus hermanos; pero no pudo terminar sus estudios en Sevilla, y en 1855 pasó á Madrid á crearse con su trabajo una posición y un nombre. Desgraciadamente disfrutaba de muy poca salud, y su naturaleza débil y enfermiza fué un obstáculo para el desempeño de empleos y para las rudas tareas intelectuales. En el periódico *El Contemporáneo* publicó sus hermosas poesías, de muchas de las cuales puede decirse que han dado la vuelta al mundo. Todos nosotros hemos oído sin duda recitar y aun cantar aquella primera estrofa de *Las golondrinas*, que dice así:

Volverán las obscuras golondrinas
De tu balcón los nidos á colgar;
Y otra vez con el ala en tus cristales,
Jugando llamarán.

¿Quién no ha leído alguna de sus famosas *Rimas*?

Cesante Bécquer del cargo de *censor de novelas* que desempeñó algún tiempo, quedó el infortunado poeta sevillano enfermo, pobre y con mujer é hijos. En 1870, Gasset y Artime, fundador de *El Imparcial*, le hizo director de *La Ilustración* de Madrid; pero en Diciembre del mismo año exhaló

su último suspiro en brazos del escritor Correa y el pintor Ferránt.

Leamos ahora la siguiente poesía, que es una de las más características del género que cultivó Bécquer:

¡QUÉ SOLOS SE QUEDAN LOS MUERTOS!

Cerraron sus ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra,
Veíase á intervalos
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y á su albor primero,
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

De la casa, en hombros
Lleváronle al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

—
Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

—
De un reloj se oía,
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios,
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto,
Todo se encontraba.....
Que pensé un momento:
*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

—
De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió volteando
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila
Formando el cortejo.

—
Del último asilo
Obscuro y estrecho,

Abrió la piqueta
 El nicho á un extremo.
 Allí la acostaron,
 Tapiáronle luego,
 Y con un saludo
 Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro
 El sepulturero
 Cantando entre dientes
 Se perdió á lo lejos.
 La noche se entraba,
 Reinaba el silencio;
 Perdido en las sombras,
 Medité un momento:
*¡Dios mío, qué solòs
 se quedan los muertos!*

En las largas noches
 Del helado invierno,
 Cuando las maderas
 Crujir hace el viento,
 Y azota los vidrios
 El fuerte aguacero,
 De la pobre niña
 A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
 Con un són eterno;
 Allí la combate
 Al soplo del cierzo.
 Del húmedo muro
 Tendida en el hueco,
 Acaso de frío
 Se hielan sus huesos!.....

¿Vuelve el polvo al polvo?
 ¿Vuela el alma al cielo?
 ¿Todo es vil materia,

Podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo;
El dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

BECQUER.





D. José de Selgas y Carrasco

Nació este ilustre escritor en Lorca (Murcia) el 1824 y murió en Madrid el 1882. La falta de medios de fortuna le impidió seguir una carrera y le encadenó á su pueblo durante su primera juventud. Y en este tiempo, sin más estudios que la lectura de unos libros viejos, sin más inspiración que la que despertaban en su alma las bellezas naturales de la hermosa comarca en que vivía, Selgas escribió su primer libro de versos. Estas sencillas, estas encantadoras poesías, tuvieron un éxito enorme. Se leyeron en los centros literarios de la corte, se comentaron en los periódicos, y el conde de San Luis, gran protector de la gente de letras, le hizo trasladarse á Madrid concediéndole un buen empleo. Las poesías y los artículos de Selgas se pusieron de moda. Su nombre se repetía con admiración y simpatía. Las casas aristocráticas se lo disputaban para sentarle á su mesa y oírle recitar versos.

Era—dice Bremón—un estilo revolucionario y sin antecedentes, pero de exquisita finura y espontaneidad; cortado y pintoresco, con juegos de palabras é ideas, de extraordinaria novedad, en que alternaban la frase sentenciosa con el retruécano agudísimo ó la delicada expresión del sentimiento; risas y lágrimas, epigramas y rasgos poéticos, toda clase de llamaradas y sorpresas; un juego del pensamiento y del idioma que encantaba y aturdía. Quisieron imitarle, pero en vano; sólo consiguieron hacer períodos cortos y extravagantes; nadie podía seguirle en sus vuelos paradójicos ni amasar el absurdo con tanta habilidad.

Selgas fué también político. Figuró siempre en el partido moderado, y en 1854, para combatir al gobierno que se había formado, fundó el periódico satírico el *Padre Cobos*, que tuvo una gran aceptación entre políticos y literatos.

Después de la proclamación de Alfonso XII figuró en el partido conservador, fué diputado dos veces, y durante el breve gobierno que presidió el general Martínez Campos, desempeñó el cargo de Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros. Entre otros honores debidos á sus méritos literarios, pudo contar el de ser elegido académico de la Española.

Sus obras son innumerables, y entre ellas *Deuda del corazón*, *Escenas fantásticas*, *Historias contemporáneas*, *Estudios sociales*, *Hojas sueltas* y *Más hojas sueltas*, á la cual pertenece el siguiente artículo:

LA CARA

He aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay quien pueda verse la cara si no acude al recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosi-

dad que nos impulsa á buscarnos al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya previa consulta apenas nos atrevemos á salir á la calle.

Parece que tomamos ese apunte para poder distinguirnos entre los demás.

Todo el que se acerca á un espejo dice interiormente: «voy á ver quién soy yo.»

Conócete á tí mismo, ha dicho la antigüedad con la voz filosofía.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay más superficial que un espejo, y sin embargo antes que la antigüedad y que la filosofía, había dicho al hombre: «mírate.»

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vínculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto es el que continuamente nos está diciendo: esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo.

O en términos más breves:

«Aquí estás.»

Los espejos son los que todos los días se nos ponen delante para repetirnos: esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca.

O de otro modo más completo:

«Ese eres tú.»

Todo espejo es un lienzo dispuesto á reproducir instantáneamente nuestro retrato.

Semejantes al corazón de muchas mujeres, sólo reproducen la imagen que tienen delante.

Suprimanse los espejos, y cada hombre tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña que es preciso comprobar todos los días á la luz de los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendría á ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de sér clandestino.

La cara es un agente de policía que nos vá denunciando por todas partes.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo y la cara es la marca.

Un hombre sin cara sería una cosa imposible; por ejemplo, sería una moneda sin acuñar, una *i* sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba nos sirve como de título, por medio del que acreditamos la propiedad del resto de nuestro individuo.

La cara es una cosa inevitable.

Para nada se necesita tanto como para ser descarado.

Este palmo de tierra no se verá nunca libre del dominio de las facciones.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea que sólo les ha podido ocurrir á las mujeres hermosas.

Equivaldría á decir: ningún tarro primorosamente labrado puede contener veneno.

El verdadero espejo del alma son los pensamientos.

¿En qué consiste la belleza de una cara?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esa es la belleza que los pintores ven por la punta de sus pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara llena tal vez de incorrecciones, que por medio de una maravillosa fotografía ha ido á grabarse en el corazón.

Para una madre no hay nada más bello que la cara de su hijo.

La cara de la mujer más hermosa, no vale tanto como la cara de la mujer más querida.

Repase cada uno su memoria y es posible que todos encontremos algún recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazón que pueda servir de testigo en este momento.

Hay mujeres que no serían tan bellas si no tuvieran algunos defectos.

Por eso un lunar en una obra de arte, es una imperfección al mismo tiempo que en la cara de una mujer es una belleza.

Verdaderamente caras no hay más que las de las mujeres.

Nosotros sólo sabemos lo que cuestan.

Supongamos que el alma es un pensamiento: pues bien, la cara es la palabra de ese pensamiento y la naturaleza no acierta siempre á expresarlo.

Por eso Sócrates no tuvo cara de Sócrates, ni Nerón cara de tigre.

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee á su manera.

Se nos obliga á llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que nos va pregonando por todos los sitios que atravesamos; mas á cada uno se nos permite el uso especial de una colección de caras, según los casos y las circunstancias.

He aquí una cara cuyas líneas puede trazar cualquiera según su capricho.

Es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca á un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuentre en ese momento en que todos los libros son insí-

pidos, todas las mujeres insustanciales, todos los amigos impertinentes.

Mírese bien y se verá una cara de fastidio.

Lllaman á la puerta, se abre y entra una carta.

La carta contiene un solo renglón que dice: «Amigo mío, nos ha caído la lotería.»

Estas palabras entran por sus ojos como un rayo de luz por el cañón de una chimenea; y la cara de fastidio se convierte por la acción química de su rayo de luz, en una cara de pascuas.

Otra vez llaman á la puerta y otra carta penetra en la habitación.

Es una carta escrita por las cuatro carillas.

Su vista empieza á devorar renglones y la cara de pascua, por un movimiento casi imperceptible, se vá transformando en cara de perro.

La carta está escrita por otro amigo que necesita dinero para salir de un apuro.

También podemos hacer uso de las caras de piedra.

Sirven como las murallas para cerrar el paso á todo.

Pero las más útiles son las caras de baqueta porque son el reverso de toda clase de pudor.

Colocad á una niña de quince años entre su padre y su novio: observadla bien y veréis que tiene una cara para mirar á su padre y otra distinta para mirar á su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora, ¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara no es más que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja más ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece in-

teriormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazón hermoso.

Entonces la cara es el cielo.

J. SELGAS.

BALADA

La cuna vacía

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro,
y cantando á su oído dijeron:
«Vente con nosotros.»

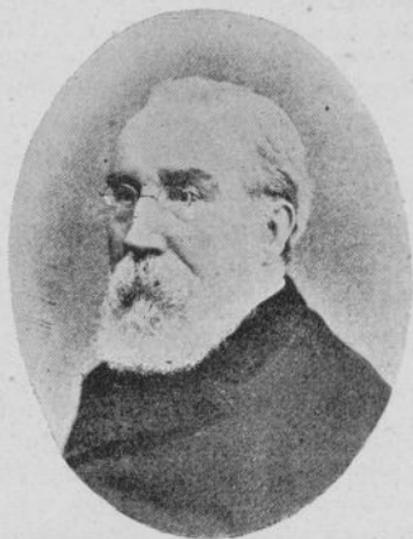
Vió el niño á los ángeles
de su cuna en torno,
y agitando los brazos les dijo:
«Me voy con vosotros.»

Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.

De la aurora pálida
la luz fugitiva,
alumbró á la mañana siguiente
la cuna vacía.

J. SELGAS.





D. Francisco Pi y Margall

Nació este ilustre político y notable escritor en Barcelona el 1824, y fué en la misma ciudad condal donde estudió casi toda la carrera de Derecho, terminándola en Madrid.

Los hechos más importantes de su vida pública son conocidos de todo el mundo. Todos sabemos que fué diputado muchas veces, ministro primero y luego jefe del Poder Ejecutivo durante el breve período de la República española. Todos sabemos también que triunfante la restauración de la Monarquía borbónica, el partido federal le proclamó su jefe; que fué como un precursor de las ideas socialistas que hoy van aceptando todos los partidos, y que si por sus convicciones políticas y religiosas tuvo enemigos encarnizados, por la seriedad de su conducta política y por su honradez acrisolada se

captó siempre el aprecio y el respeto de sus mismos contrarios en ideas.

Pero aunque no es esta ocasión de estudiar al Sr. Pí y Margall como político, hay en su vida pública un hecho de extraordinario interés que debemos relatar para ejemplo de las nuevas generaciones. El año 1898 y cuando era inminente la ruptura de hostilidades entre España y los Estados Unidos, Pí y Margall tuvo el valor cívico de decir que España no debía aceptar aquella guerra, que no estaba preparada para ella, mientras sí lo estaban los Estados Unidos, nación adelantada y poderosa, y que solo nos aguardaban humillaciones y derrotas. Todo el país oyó con disgusto las palabras del Sr. Pí. La prensa le injurió y los políticos le llamaron mal patriota; pero él continuó firme en su actitud y arrostró sereno la impopularidad. Pensaba así cumplir un deber y prestar un gran servicio á su patria. Los hechos se encargaron de darle desgraciadamente la razón; España fué vencida, y la figura de Pí y Margall salió más enaltecida y prestigiosa de aquella prueba.

¡Cuán distinta la suerte de nuestro país si los políticos le hubieran dicho siempre la verdad como en aquella ocasión suprema la dijo Pí y Margall!

La personalidad literaria de este insigne español es interesantísima. Publicó muchos artículos y libros, y en todos ellos se revela como escritor elegante, correcto y sobrio. Su estilo es lacónico, cortado, rotundo y de una transparencia admirable. De él puede decirse que nadie le superó en claridad, ni en precisión, ni en decir más cosas con menos palabras.

Tenía un alma de artista. Gustaba mucho de los espectáculos de la Naturaleza y era un adorador de las Bellas Artes. La pintura y la arquitectura, sobre todo, tuvieron en él un crítico muy inteligente.

De sus obras citaremos *Las Nacionalidades*, *Las luchas de nuestros días*, *Estudios sobre la Edad Media*, *Historia de América*.

UNA TARDE DE INVIERNO

¡Qué triste es el color del cielo! Azota el viento las altas cumbres y desciende en ráfagas al valle. La superficie de los pequeños lagos está ligeramente rizada; las hierbas de los prados besan el húmedo suelo.

¿Oís crujir las carcomidas tablas de nuestra humilde cabaña? Llamea el hogar; pero apenas deja el humo los medio encendidos leños, se esparce en remolinos por la estancia. Ved cómo chispea el caldero que cuelga del hogar. Cae el hollín por los bordes de la chimenea.

Nieva, nieva ya, hijos míos. ¡Cuán bella y silenciosamente baja á la tierra ese maná de los campos! Parecen flores los copos llovidos sobre las verdes plantas de la huerta. Mirad, mirad los cerros de enfrente. Apenas se los distingue en medio de la niebla. ¡Cómo crecen á la vista los objetos! ¿No es aquélla la pequeña cruz de piedra en cuyas gradas, cubiertas de musgo, nos sentamos antes de doblar la cumbre?

Pero os estáis estremeciendo de frío. Muchacho, baja retama del zaguán y buenos troncos de pino. Arda el hogar y suba la alegre llama al cielo. Y en tanto que crujan y castañeteen los leños, y suene el agua del caldero en sonoro zumbido, hierva después y se agite en raudas olas como las de un mar alborotado, bebamos y platiquemos, sentados aquí al amor del fuego, en buena paz y compañía.

¿Sobre qué será la plática?—¡Ah! ¿Te gustan á tí los cuentos sobre las hechiceras y las hijas del agua?...—¿Y á tí las historias de batallas?—¿Y á tí las desventuras del cazador perdido en el bosque

y las del pastor enamorado?—Las hechiceras y las hijas del agua tienen ya tu razón turbada. No te atreves á moverte en las tinieblas. Te espanta de noche tu propia sombra. Guardas hasta la cabeza bajo las sábanas. Ves al través de tus mismos párpados esos mentidos fantasmas de la imaginación de los primeros pueblos, evocados sin cesar por la poderosa voz de la poesía. No; no te convienen á ti los cuentos de hadas.

—¿Qué ves tú en las batallas, hijo mío, para que te complazcas en oír referirlas?—Dices que se te figura oír el redoble de los tambores y el trémulo sonar de las cornetas, los gritos de los moribundos, confundidos con el relincho de los caballos y el pavoroso estruendo de la pelea; los alaridos de triunfo de los vencedores, mezclados con el rumor de los precipitados pasos del que huye sintiendo sobre sí la lanza del bárbaro soldado; que ves levantarse á tus ojos, entre nubes de polvo y humo, los dos ejércitos combatientes con sus armas y sus cascos, que relumbran como heridos del relámpago al fuego de los cañones; que ves flotar al aire sus banderas y sus estandartes trepados por la bala y la metralla, el suelo tinto en sangre, la sangre de los heridos saltando bajo los herrados cascos del intrépido caballo. ¿Y no te afecta dolorosamente la imagen de tan horrible espectáculo? Las batallas, hijos míos, han sido muchas veces una necesidad en el mundo. Se las cree todas hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos, pero injustamente. En muchas se han hallado frente á frente dos principios. La civilización ha luchado con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones no son más que batallas: ¿sabéis por qué las hay en los pueblos? Llevamos la contradicción en el espíritu: ¿cómo no ha de aparecer en los

hechos de la humanidad y el hombre? He aquí por qué vivimos separados en bandos, y remueve la guerra el suelo de las naciones. Pero, seres dotados de razón, ¿podemos sentir nunca un placer en recordar esos combates sangrientos, hijos de la triste condición de nuestro espíritu?

Tú eres mujer, hija mía, y amas las aventuras y los cuentos de amores. Guárdate de que te seduzcan. ¿Qué es para tí el amor? ¿Una copa de oro? Sí, una copa donde unos beben el néctar del placer, otros las lágrimas de la desesperación y el remordimiento. Pintáronle los antiguos niño, y vendados los ojos. ¿Deberemos dejarle que busque ciego las flores de la vida? ¿No deberá antes la razón desceñirle la venda?

No os dejéis llevar nunca, hijos míos, sólo de la imaginación y el sentimiento. El sentimiento sin la razón no es más que el relámpago en una noche obscura. Deslumbra mientras brilla; hace luego más profundas las tinieblas. ¿Qué es sin razón la fantasía? Mariposa que anda errante entre las flores, y, después de haber cruzado algunas praderas y risueños valles, deja tal vez abrasar sus bellas y pintadas alas en la mezquina luz de un reverbero. Procurad comprender ante todo, si queréis ser hombres. ¿No habéis oído que nuestro cuerpo es una cárcel? La razón es la lámpara que nunca se apaga, de este calabozo obscuro. No os empeñéis en cerrar los ojos del espíritu.

Ver y no comprender, sentir y no comprender, ¿es acaso ver ni sentir para el hombre? Sin comprender vé y siente también el bruto. Tenéis abierto ante vosotros un gran libro, y no acertáis á leer en él una palabra. Vuestra misma personalidad es para vosotros un enigma. Os pregunto á todos por qué arde ese viejo tronco de pino, y guardáis silen-

cio; por qué esa copa de vino os calienta y conforta, y no os atrevéis á responderme. El mundo, os ha dicho vuestra buena madre, es el templo de los templos; el sol es su lámpara de oro, las estrellas sus lámparas de plata, los cielos su bóveda, los montes sus altares, la hierba y las flores de los campos su matizada alfombra. Pero, después de todo, ¿qué conocéis del mundo? La tierra que pisáis rueda bajo vuestras plantas; el sol está en medio del espacio; planetas mucho más grandes que la tierra giran en perpetuo movimiento alrededor de esa lumbrera del día. Vosotros lo ignoráis aún, y no debéis ignorarlo. Abrid desde hoy el corazón á la ciencia; preguntad ó preguntaos la razón de todo.

Pero los leños están ya casi hechos ascuas; solo una que otra llama azul corre y ondula sobre la negra superficie de los carbones. Venid y ved, hijos míos. La naturaleza se ha vestido de blanco, al par de la casta virgen que va y consagra á su Dios su mano y su hermosura. ¡Qué bien se destacan ahora aquellas blancas cumbres sobre las agrisadas nubes! Hasta las ramas de los árboles se inclinan al peso de la nieve; mirad cómo vuelan despavoridas las aves, sin hallar donde recoger el alimento de sus hijos. ¿No distinguís también allí á lo lejos una como sombra que cruza la falda de aquel cerro? Es el buitre que pasa casi al ras de la nieve, batiendo apenas sus extendidas alas.

¡Qué solemne es en estos momentos el silencio y el reposo de la naturaleza! El labrador no dejará ya hoy su hogar, ni las ovejas su aprisco, ni los pastores su majada. ¡Quiera Dios que el viajero no pierda su camino, oculto bajo la nieve; que no resbale en el hielo formado por la noche fría, ni caiga con el furor del témpano al fondo de los precipicios!

La noche está ya cerca, hijos míos; id y decid

á vuestra madre que apreste la cena. Poned sobre el blanco mantel vuestras jarras de leche; ruede el tamboril de las castañas en la lumbre. Pero ¿no brilla aún el sol sobre los agudos picachos de Occidente? No parece ya un globo de fuego, sino un disco de oro. ¡Qué hermosa aureola la de sus grandes rayos, que brillan por claro sobre el obscuro fondo de las nubes! Una línea de luz corre como una franja de azófar sobre la ondulante cuesta de los cerros. Uno de ellos está bruscamente cortado por un despeñadero en que no pudieron sostenerse los copos de nieve. Se presenta por obscuro y no parece sino la bóveda de una espantosa caverna.

¡Naturaleza, naturaleza encantadora! ¿Quién podrá agotar jamás tus bellezas? ¿Qué pintor reunir en su paleta los colores de la tuya? Idos, idos, niños, y disponed la cena. Dejadme gozar á solas de este espectáculo sublime. Vuelve á silbar el viento en las desnudas ramas de los árboles, y el cielo á recobrar su azul sereno. Quiero ver cómo la noche descoge su manto de estrellas sobre los blancos valles y los blancos montes. Quiero contemplar á la luz de la luna cómo extienden los árboles sus inmóviles y misteriosas sombras sobre ese sudario en que se me figura ya ver envuelta la naturaleza. Quiero oír en el silencio de la noche las cien voces de los arroyos que desatará el viento entre la nieve, y el pavoroso rumor de la lejana cascada.

Siento ya sumergida toda mi alma, todo mi sér en este mundo, que vive de mi vida y encierra hasta en la dormida piedra el espíritu de Dios, que adquiere en mí la conciencia de sí mismo.

¡Silencio, silencio! No interrumpáis mi éxtasis. No trocaría por él la corona de los héroes.

F. PÍ Y MARGALL.



Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

Nació esta notable poetisa en Puerto Principe (Cuba) el año 1816. A los veinte años vino á España, residiendo unas veces en la Coruña, otras en Cádiz y en Sevilla otras. En 1840 se trasladó á Madrid. Publicó algunas poesias que tuvieron excelente acogida; pero el principio de su fama fué el estreno de su tragedia *Alfonso Muñoz*. Estrenó otras obras dramáticas con gran éxito, entre ellas *La hija de las flores*, *El príncipe de Viana* y *Baltasar* que es considerada como su obra maestra. Pero no sólo escribió muy buenos versos y dramas muy aplaudidos, sino que también dió á luz novelas tan notables como *Guatimocin*, *El mulato Sab* y *Dos mujeres*. Murió en Madrid en 1.º de Febrero de 1873.

AL PARTIR

¡Perla del mar! ¡estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! tu brillante cielo
La noche cubre con opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy á partir!—La chusma diligente
 Para arrancarme del nativo suelo
 Las velas iza, y pronta á su desvelo
 La brisa acude de tu zona ardiente.
 ¡Adiós, patria feliz, Edén querido!
 Doquier que el hado en su furor me impela,
 Tu dulce nombre halagará mi oído.
 ¡Adiós!... ya cruje la turgente vela,
 El ancla se alza, y el buque estremecido
 Las olas corta y silencioso vuela!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

PASEO POR EL BETIS

Ya del Betis
 Por la orilla
 Mi barquilla
 Libre va,
 Y las auras
 Dulcemente
 En mi frente
 Soplan ya.
 Boga, boga,
 Buen remero,
 Que el lucero
 Va á salir,
 Y á Occidente
 Ledo sube
 En su nube
 De zafir.
 De la tarde,
 Que ya espira,
 Se retira
 Lento el sol,
 Y á medida
 Que se aleja
 Huellas deja
 De arrebol.

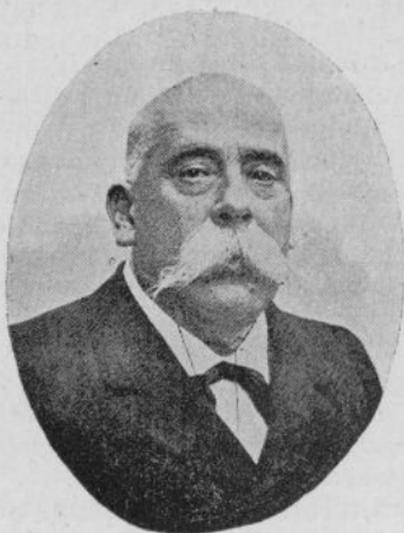
¡A ocultarse
 Va sereno
 En el seno
 De la mar!
 Y del cielo
 Cae en tanto
 Leve llanto
 Sin cesar.
 Con su riego
 Mil olores
 Dan las flores
 Del pensil,
 Halagadas
 Por la brisa,
 Blanda risa
 Del Abril.
 Busca el nido
 Do se mece
 Y adormece
 Luego al fin,
 En las ramas
 Del granado
 El pintado
 Colorín.

Y allá lejos
De la orilla
Vé á Sevilla
Reposar,
De cien torres
Coronada,
Perfumada
De azahar.
Sorpriente
Panorama
Do derrama
Su fulgor,

De la noche
Mensajero,
El lucero
Brillador.
¡Oh! No esperes
A que muera
La postrera
Claridad:
Boga, boga,
Buen remero,
Más ligero,
¡Por piedad!

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.





D. Emilio Castelar

Ha producido España grandes oradores. Brillaron durante el siglo XIX en la tribuna política Donoso Cortés, Moreno Nieto, Olózaga, Martos y otros; y en la tribuna política y en la sagrada el canónigo Sr. Manterola.

Pero el más grande de los oradores españoles, el que como nadie dió forma escultural á su pensamiento y como nadie entusiasmó á las muchedumbres con su palabra de fuego, fué Castelar. Imposible es encerrar en pocas líneas la biografía de este gran español. Orador, literato, catedrático, hombre de Estado y todo en grado eminente.

Tenía Castelar un alma de poeta. No escribió nunca versos; pero sus párrafos son como estrofas bellísimas, matizadas de imágenes deslumbradoras.

Como hombre político todos sabéis que fué diputado muchas veces, ministro de Estado primero y presidente

de la República después. Llevó una existencia no sólo de trabajo, sino de agitación y de lucha. Fué un ardiente propagandista de sus ideas políticas y el más inspirado cantor de la libertad.

Castelar fué además un gran patriota. Amó mucho á España y las páginas gloriosas de nuestra historia tuvieron en él un apologista elocuente y entusiasta. Cuéntase esta anécdota: Hallábanse en París Castelar y Cánovas. Alguien que les acompañaba, al término de una conversación en que se hacía el homenaje debido á la cultura y la riqueza de Francia, preguntó á Castelar:— Si usted no fuera español, D. Emilio, ¿qué querría ser?— «¿Yo?—contestó Castelar:—¡Español!»

Las obras publicadas por el gran orador son muchísimas. Citaremos entre ellas *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*, *Cuestiones políticas y sociales*, *La hermana de la Caridad*, *Recuerdos de Italia*, *Galería de mujeres célebres*.

Digamos para terminar que Castelar nació en Cádiz el 1832 y murió en Pinatar (Murcia) en 1899.

PESTALOZZI

I

Las ciudades verdaderamente democráticas son las ciudades que más han contribuido, en mayor grado, á la educación del género humano. Volveos con los ojos del alma á todos los tiempos de la historia, y encontraréis que el género humano ha sido formado por esas ciudades. Cada una de ellas trae su tesoro á las riquezas comunes de la humanidad: Atenas sus estatuas; Roma sus leyes; Florencia las artes del Renacimiento; Génova la letra de cambio para el comercio; Venecia la brújula; Pisa la ley

del péndulo; Estrasburgo la imprenta; todas ellas la idea. Y así es que los pueblos modernos jamás llegaran á su perfecto desarrollo, si no hubiera, como granos de sal, derramado la Providencia esas democracias en su seno.

Todo el movimiento intelectual de Francia en el siglo XVI se pierde, si no hubiera cerca una Ginebra, capaz de acoger á Calvino. Quizá Inglaterra vuelve á ser víctima de la reacción teocrática, feudo de los empedernidos Estuardos, si no está cerca Holanda para crear y educar á los Oranges. Y en la vida intelectual de Alemania han ejercido poderoso influjo las republicanas ciudades de Suiza, y entre todas Zurich. Allí se educó Pestalozzi. Mas su primera escuela fué fundada en las riberas del lago de los Cuatro Cantones.

Aquella hermosa maravilla tiene á nuestros ojos ese esplendor más en sus horizontes y esa santidad más en sus recuerdos. Una vez visto, no se olvida nunca. Al extremo Norte, Lucerna con sus torres góticas, con sus pintados puentes, entre los cuales precipita el Saar sus verdes y espumosas aguas; á un lado el Pilatos, agrio, abrupto, sembrado de abismos, como si en su aridez sólo engendrara tempestades; enfrente del Pilatos el Righi, apacible, tranquilo, lleno de florestas, de quintas, como una colina de Italia cantada por Horacio y por Virgilio; entre estos dos montes, como un anfiteatro de diamantes gigantescos, la cordillera de Oberland, que repite y retrata en los cristales de sus nieves eternas la luz del día, y en todo aquel fondo un lago, vario, lleno de ensenadas, de puertos, de aldeas, las cuales aldeas se tienden entre las verdes praderas y los bosques de alpestres pinos; espectáculo maravilloso, indescriptible, como acaso no hay otro semejante en el planeta, pues con dificultad se en-

cuentran á tan corta distancia tamaños contrastes, ni en tan breve espacio se reúnen y se conciertan de manera tan plástica lo hermoso y lo sublime.

II

Por sitios tan hermosos pasó la guerra de 1798, y dejó la desolación y todos sus horrores. Era el mes de Septiembre, y los franceses querían imponer una Constitución unitaria, que aquellas federales regiones rechazaban completamente. Resistencia incontrastable se organizó. Los campesinos salieron á defender sus libertades y sus hogares como defienden las águilas alpestres sus nidos y sus polluelos; pero los franceses fueron implacables. Una cuarta parte de aquéllos quedó en los campos. Los otros huyeron y se dispersaron por las selvas.

Entre los cadáveres se hallaron 200 mujeres y 25 niños. La iglesia fué violada; sus altares ensangrentados; su bóveda henchida por disparos de fusilería; 65 fieles que se habían refugiado allí, ó por no poder llevar las armas, ó por pedir á Dios la salvación de su patria, fueron bárbaramente inmolados sin exceptuar ninguno. El sacerdote, que decía misa, cayó de un tiro al pie de su ara y de su cáliz. Toda la ciudad fué saqueada, y 580 casas de sus alrededores reducidas á escombros. En medio de esta desolación, por el mes de Octubre, quince días después de la catástrofe, apareció Pestalozzi entre las humeantes ruínas. Su corazón llevaba aún mayores tristezas que el suelo hollado por sus plantas.

Y en verdad el estado de aquellas regiones no podía ser más triste: aldeas arrancadas de cuajo, como si por ellas hubiera pasado Atila; bosques de vívidos árboles transformados en bosques de calci-

nados palos; las granjas, las casas de labor completamente destrozadas; los ganados, los animales domésticos, ó consumidos ó dispersos; la soledad por todas partes, pues los habitantes habían huído de aquel suelo de maldición; las iglesias saqueadas y violadas; los cadáveres todavía en el campo, insepultos y podridos, llamando sobre sus restos las aves de rapiña.

Allí, en uno de aquellos edificios, medio destruídos, ahumados, sin puertas, sin cristales, con manchas todavía de sangre, reunió Pestalozzi los niños hambrientos, pálidos, enfermos, llagados, yertos en su desnudez de frío y enloquecidos en su desgracia de miedo. Pero aquel santo era como Jesús, se gozaba en rodearse de niños, en contemplar sus ojos serenos, en beber su inocente sonrisa, en adivinar el hombre futuro que se encierra tras de aquel cuerpecito, y el futuro mundo que ha de crear este hombre, siendo así como una madre, con sus ternezas, con sus inquietudes, con sus adivinaciones, todo para la infancia, todo para la inocencia.

III

Italiano de raza, tenía su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde el Norte, con sus helechos, se mezcla con el azahar al Mediodía; donde florece el almendro á vista de la nieve; alemán por su lengua, por su cultura intelectual, por la ciudad donde se había criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoración siempre ante el humano principio de la igualdad; criado por una madre amorosísima, que

le guardaba durante toda la infancia á su lado, y que le infundía parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algún tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, ibase aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer á los hambrientos; filósofo en acción, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino de la Naturaleza.

Su libro estaba en el Universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningún poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede competir con el poema de los Alpes, cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo arrebol del vespertino crepúsculo; ningún libro, ninguno hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana; ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazón en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, pródiga como la Providencia, santa como la iglesia; separarlos de toda artificiosa revelación que no provenga primero de la conciencia, después del Universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocación individual, para que realice libremente su destino; constreñir á los unos á que sean maestros de los otros, y á todos á que mutuamente se envíen sus ideas, como los astros se envían mutua-

mente á través de la inmensidad sus rayos de luz; obligarlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembren las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que entren dentro del taller y abracen y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en corro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la patria; convocarlos, para que con el barro del jardín ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen á una en relieve, primero la escuela, después la aldea, después el cantón, y luego la patria, la Europa, el mundo; darles noción del número, de las denominaciones, todo por símbolo, todo por cuentos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la Naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y so la mano de Dios para repetirlo en sus obras; intentar todo esto, sin más móvil que el bien, ni más esperanza que santísima satisfacción de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; transfigurarse de esta suerte, transfigurar á cuantos le rodeaban, era crear con la palabra el germen de un Nuevo Mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad.

IV

Como todos los hombres extraordinarios fué víctima también de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguían en sus cantones por su origen protestante; los protestantes le achacaban ol-

vido de todo culto; los hombres ilustres desconocían toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos, como á Jesús, le fueron ingratos; la reacción piadosa que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo XIX se inaugura, le cerca, le asedia, le asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable los últimos días de este genio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de infame reacción teocrática, la enemiga de una cruel hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, para vivir en la inmensidad, solo con su conciencia, con Dios y con la Naturaleza, con esa trinidad infalible, á la cual había ofrecido el holocausto de todo su sér.

Un día, teniendo más de ochenta años, bajó á una escuela, fundada según su ideal y su método; los niños de ambos sexos, que debían un alma nueva á la idea de este varón justo, salieron á recibirle cantando melodiosísimos coros y pidiendo su santísima bendición. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencilla corona de roble: «Para mí no, dijo, coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra.» No, no es verdad. Hay algo más santo que la inocencia, como hay algo más hermoso que el Paraíso acá en la tierra. Es más santo el varón que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la idea su religión, de la caridad su amor, de la justicia su esposa inseparable, de los desvalidos, de los desgraciados, de los oprimidos el único objeto de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la Historia. Los hombres que procedan así padecerán en la vida, padecerán en la muerte, pero padecerán porque la Providencia

quiere que se asemejen á sus genios hermanos en la sucesión de los siglos, que se asemejen á los mártires y á los redentores en el dolor, en la santidad y en la gloria.

EMILIO CASTELAR.





D. José Espronceda

He aquí el poeta más romántico y de inspiración más tempestuosa que ha tenido España. Sus versos tienen en ocasiones ternezas y dulzuras de un espíritu delicado; pero pocas, muy pocas veces. En general Espronceda da rienda suelta á su rica y ardiente fantasía y se complace en describirnos pasiones desenfrenadas, empresas atrevidas y fantásticas, febriles inquietudes, dudas crueles y las situaciones violentas y los gestos airados del hombre que está fuera de la ley y vive en lucha abierta contra la sociedad.

Sus composiciones tienen una armonía embriagadora, una sonoridad musical que fascina. Leyendo sus poemas, el poeta se apodera de vuestro ánimo, excita fuertemente vuestra imaginación y á pesar vuestro os sentís enardecido y arrastrado por su inspiración torrencial.

La vida de Espronceda parece justificar su exaltado romanticismo y la falta de aquella majestad dulce y serena que se echa de menos en sus versos.

Nació en Almendralejo, provincia de Badajoz. Comenzó sus estudios en Madrid bajo la dirección del sabio y poeta don Alberto Lista.

Por sus ideas políticas avanzadas y siendo aún casi un niño, fué encerrado en un convento de Guadalajara, de donde logró salir y emigró á Gibraltar. Estuvo luego en Lisboa, Londres y París. En esta capital tomó parte activa en las sangrientas jornadas de Julio de 1830.

En 1833, á la muerte de Fernando VII, volvió á España. Fué teniente de la Milicia Nacional y guardia de Corps; pero con motivo de cierta sátira política marchó desterrado á Cuéllar, donde escribió su novela *Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuéllar*.

Volvió á Madrid y volvió á ser desterrado á causa también de sus escritos políticos.

En 1840 subieron al poder los liberales y Espronceda fué diputado por Almería. Murió en Madrid el 23 de Mayo de 1842. ¡A los 32 años!

Sus producciones más conocidas son: *El mendigo*, *Los cosacos*, *El estudiante de Salamanca*, *El Diablo Mundo*.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar sino vuela
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza el blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,
Sentado alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,

Y allá á su frente Estambul.
 «Navega, velero mío,
 Sin temor,
 Que ni enemigo navío,
 Ni tormenta ni bonanza
 Tu rumbo á torcer alcanza
 Ni á sujetar tu valor.

Veinte presas
 Hemos hecho
 A despecho
 Del inglés,
 Y han rendido
 Sus pendones
 Cien naciones
 A mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar.*

Allá muevan feroz guerra
 Ciegos reyes
 Por un palmo más de tierra;
 Que yo tengo aquí por mío
 Cuanto abarca el mar bravío,
 A quien nadie pone leyes.

Y no hay playa
 Sea cualquiera,
 Ni bandera
 De esplendor,
 Que no sienta
 Mi derecho
 Y dé pecho
 A mi valor.

*Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar.*

A la voz de «¡barco viene!»

Es de ver
 Cómo vira y se previene
 A todo trapo escapar;
 Que yo soy el rey del mar,
 Y mi furia es de temer.

En las presas
 Yo divido
 Lo cogido
 Por igual;
 Sólo quiero
 Por riqueza
 La belleza
 Sin rival.

*Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar.*

—
 ¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me río:
 No me abandone la suerte,
 Y al mismo que me condena
 Colgaré de alguna entena,
 Quizá en su propio navío.

Y si caigo
 ¿Qué es la vida?
 Por perdida
 Ya la di
 Cuando el yugo
 Del esclavo
 Como un bravo
 Sacudí.

*Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar.*

—
 Son mi música mejor
 Aquilones,
 El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
Al són violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado
Arrullado
Por la mar.

*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA.





D. Pedro Antonio Alarcón

Nació este notable escritor en Guadix (Granada) el 10 de Marzo de 1833. Fué periodista, político, novelista y poeta. Muy joven se trasladó á Madrid y escribió en el periódico satírico *El Látigo*. Fué más tarde redactor de *La Discusión* cuando dirigía este periódico el insigne hombre público D. Nicolás María Rivero. Al estallar en 1859 la guerra de Africa, Pedro Antonio de Alarcón, como aquellos antiguos poetas que manejaban «ora la pluma, ora la espada», se alistó voluntario y desde el campamento mandaba á los periódicos de Madrid reseñas de todos los combates. Cuando se estipuló la paz publicó su *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. Si por méritos de guerra obtuvo en aquella campaña varias cruces, por la publicación de este libro interesantísimo, conquistó un merecido renombre. Tenía Alarcón

un estilo sencillo y poético y sus narraciones, por lo claras y por lo sentimentales, cuando no por lo graciosas, cautivaban á los lectores de todas edades y condiciones.

Además de la obra citada y de multitud de poesías, publicó las conocidas novelas *El Escándalo*, *El niño de la Bola*, *La Pródiga*, *El Capitán Veneno*, *El sombrero de tres picos* y el canto épico titulado *El suspiro del moro*.

LA NOCHE BUENA DEL POETA

«En un rincón hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.»

I

Hace muchos años,—¡como que yo tenía siete! —que al obscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marías al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro, esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á mis otros hermanos más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya las ánimas, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia: en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros y, entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la casa, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban en pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea: ¡por el camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa; yo les acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los aguinaldos, la que se canta en los pueblos del lado oriental del pica-cho Veleta?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad;
saca la bota, María,
que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento; los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á misa del gallo á las doce de la noche, á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Noche-buena se viene,
la Noche-buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquél un raptó de intuición impropio de mi edad, fué un milagroso presentimiento, fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía, fué mi primera inspiración. Ello es que ví con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entra ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna.

¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo!

¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Noche-buena se viene,
la Noche-buena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos
y no volveremos más!

¡Concepto horrible; sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que nos daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mi ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre, los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Noche-buena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también á mis ojos, mil *Noches-buenas* más que vendrían periódicamente robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes, mis hermanos que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas cenizas; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma,

el olvido de mi; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño, y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas por consiguiente mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida...

Al cabo debí dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la misa del Gallo, la de los Pastores, y el sorbete proyectado.

P. A. DE ALARCÓN.





D. Manuel Bretón de los Herreros

Nació este poeta y autor dramático español, en Quel (Logroño) el 1796 y murió en 1873.

A los diez años lo llevó su padre á Madrid, donde hizo sus primeros estudios con los padres escolapios de San Antonio Abad. Pero pronto abandonó las aulas. Ardia entonces España en guerra. De todos los ámbitos de la Península salían gritos de indignación contra los invasores franceses, y el joven Bretón de los Herreros, dejándose llevar de nobles impulsos patrióticos, trocó los libros por las armas y se hizo soldado. Lo fué hasta 1822. Desempeñó luego varios empleos y el 14 de Octubre de 1824 se representaba en Madrid su primera comedia *A la vejez viruelas*. El buen éxito de esta obra le animó á seguir en la senda emprendida de autor dramático. Hizo numerosas traducciones de obras francesas y estrenó ciento tres obras dramáticas originales, que son en su mayoría ingeniosas comedias de costumbres y caracteres. De ellas citaremos únicamente *Marcela ó ¿á cuál de los tres?*, *El cuar-*

to de hora, *¿Quién es ella?*, *La cabra tira al monte* y *A Madrid me vuelvo*.

En la plenitud de su fama de autor dramático y cómico, la Real Academia de la Lengua le nombró su secretario perpetuo y en los últimos años de su vida fué director de la Biblioteca Nacional.

Bretón de los Herreros escribía en prosa con la misma gracia y elegante desenvoltura que en verso.

LA NIÑEZ

Yo aquel del romance en óo
 que los vitales preludios
 narré del cuitado párvulo
 recién-venido á este mundo;
 yo que con amor paterno
 le seguí desde el columpio
 de la cuna hasta dejarle
 en los límites de un lustro;
 hoy que marcha por su pie
 y aunque con poco discurso
 muestra en su lengua espedita
 que no nació sordo-mudo,
 voy á proseguir su historia
 con otro romance en úo;—
 y basta de introducción
 al capítulo segundo.

El niño es pobre, ó es rico;
 el niño es hábil, ó es rudo;
 dócil ó discolo;—tres
 verdades de Pero-Grullo.

Si engendro fué suspirado
 de padres de alto coturno,
 ¡venturosa criatura!
 dirá el envidioso vulgo.
 ¡Se engaña! Todo viviente
 nació para el infortunio

y con otra disyuntiva
voy á probar lo que anuncio.

O temiendo á cada instante
que le acometa el singulto
de la muerte, le sujetan
á planes de higiene absurdos;
y aunque llore y se desgrene
el infeliz ¡no hay recurso!
como el doctor *Tirteafuera*
ponen tasa á su bandullo;
y todo goce le daña
y todo juego es abuso
para él, y hasta del aire
le merman el usufruto.

¡Así se cría canijo
el que naciera robusto
y á fuerza de amor sus padres
se convierten en verdugos!

O bien, con necio cariño,
halagan todos sus gustos
y de un mocosito rapaz
hacen un rey absoluto.

Y no es más feliz por eso
el acariciado alumno,
que con el mimo y los años
crece en su pecho el orgullo.
Llega día en que no bastan
las riquezas del Gran Turco
para dejar satisfechos
sus caprichos importunos.
Cuando le ofrecen faisanes
se le han de antojar besugos,
y pide peras al olmo,
ó que nazca Dios en Junio.
Fáciles goces le cansan;
que, como dijo Licurgo,
cuando no hay pena no hay gloria,
donde no hay lucha no hay triunfo.
Así la mitad del día
pasa en hastío infecundo

y la otra mitad rabiando
como si fuera energúmeno.

Mas si al hijo del magnate
tan mala fortuna cupo,
¿qué no sufrirá de un *quidam*
el desdichado producto?
¡Y al santo Dios de Israel
en sus altos juicios plugo
que los ricos sean pocos
y los pobres sean muchos!

Primero que la razón
en él ejerza su influjo
al brazo seglar le entregan
de un maestro ceji-junto.
¡Cuánto le cuesta aprender
la primer letra de *burro!*
¡cuánto el escribirla luego
con intercadente pulso!
¡Cuántos tirones de orejas
y cuántos azotes crudos
para meterle en la cholla
que *uno es tres y tres son uno;*
¿Y qué diré ¡santo Dios!
del *quis vel qui* y el gerundio,
y de *Cornelio Nepote*
y de *Fedro y Quinto Curcio?*

Si inhábil para las letras
le dispensan del estudio,
confinado en un taller
suda gotas como el puño.
Y en su casa y en la agena
su destino es siempre zurdo,
ora maneje el escoplo,
era interprete á *Salustio*.

Si la tiña no le aflige
tendrá al menos, de seguro,
sabañones en invierno
y seguidillas en Julio.

Jamás acierta el pobrete
á dar á sus padres gusto:

si habla, «¡charlatán maldito!»
 y si no chista, «¡cazurro!»
 Siempre pagan sus mofletes
 los domésticos disturbios,
 que no hay leyes para él...
 escepto la del embudo.

En vano voraz su estómago
 pide sin cesar condumio,
 que si abundan los sofiones
 escasean los mendrugos.

Cuando le compran zapatos
 los pantalones son nulos,
 y cuando estrena chaqueta
 el cogote va desnudo;
 y todo trapo es inútil
 antes que lo gaste el uso;
 que no crece la corteza
 á medida del arbusto,
 ó *retrograda* su ropa,
 como dirían algunos,
 no sigue el *progreso rápido*
 de sus brazos y sus muslos.

Así en su niñez vegeta
 entre desprecios y ayunos
 y llega á la pubertad
 escuálido y larguirucho.
 ¿Será más dichoso en ella?
 Ni lo afirmo ni lo dudo
 por hoy. Al tercer romance
 dará esta cuestión asunto.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.





D. Antonio de Trueba

Nació este popular y simpático escritor en Galdegames, provincia de Vizcaya, y á los quince años sus padres le enviaron á Madrid, para impedir que se lo llevaran los carlistas.

El mismo Trueba habla así de su primera estancia en la corte: «En el comercio de ferretería primero, en la calle de Toledo, núm. 81, y luego en la de Esparteros, núm. 11, permanecí cosa de diez años, aprovechando el poco tiempo que me dejaban libre el trabajo y el sueño para echar algún añadido á lo que había aprendido en la escuela y los castañares de Sopuerta... Por fin dejé el comercio y me dediqué á la literatura, porque ésta era en mí vicio irresistible iniciado aun antes de abandonar á Vizcaya. Y de este vicio me hubiera dejado arrastrar aun sabiendo lo que ahora sé y entonces ignoraba, ó sea que á principios de 1889, se puede decir en España lo

que Fígaro decía en 1836, ó sea que la literatura es aquí un modo de vivir con que no se puede vivir.» Como podemos colegir de estas palabras, la vida de Trueba es el triunfo de una voluntad. Fué modesto dependiente de comercio, pero llevado de su ideal y de sus aficiones se empeñó en ser escritor y lo fué. Y lo fué no con la escasa fortuna con que lo son muchos, sino con gran éxito, y gozando la mayor satisfacción que puede sentir un escritor, que es la de ver muy leídas y celebradas sus producciones. Trueba pudo ver que sus poesías y sus cuentos dulces, ingénuos, sencillos, como escritos para el pueblo, se hacían popularísimos.

Sus primeros libros, que fueron *El Cid Campeador* y *El Libro de los Cantares*, vieron la luz pública en 1851. Luego publicó *Cuentos populares*, *Cuentos de madres á hijos* y los *Cuentos de color de rosa*. Fué primero, en 1853, redactor de *La Correspondencia Autógrafa* y más tarde archivero bibliotecario del Señorío de Vizcaya.

Murió el 10 de Marzo de 1889, y los bilbaínos le han erigido una estatua modelada por Benlliure.

EL REY EN BUSCA DE NOVIA

I

Pues señor, ésta era una muchachita muy hermosa y muy buena, que se llamaba Rosa. Cuando era aún muy pequeña, se le murió su padre; pero su madre la crió con mucho amor, enseñándola á ser mujercita de bien, y sobre todo á hilar, tejer y coser, que era el trabajo con que su madre ganaba el pan para las dos.

Al cumplir Rosa los quince años, su madre se puso muy mala, y conociendo que se iba á morir, llamó á su hija, y le dijo:

—Hija mía, yo me voy al cielo y te dejo sola en la tierra. No te quedan muchos bienes, pero los que te quedan te bastarán para vivir dichosa, si haces buen uso de ellos. Los bienes que te dejo son: esta casita para que vivas, y una rueca, una lanzadera y unas agujas para que ganes el pan, como yo lo he ganado, hilando, tejiendo y cosiendo.

Dicho esto, la madre de Rosa bendijo á su hija y voló derecha al cielo, adonde van siempre los que han andado derechos por la tierra.

Rosa lloró y rezó mucho por su madre, y se puso á hilar, tejer y coser con tanto ánimo como si no tuviera pena alguna en el corazón, sólo que en lugar de cantar, lloraba y rezaba cuando trabajaba.

No la había engañado su madre cuando le dijo que la rueca, la lanzadera y las agujas le bastarían para ganar el pan, pues las gentes más ricas de su aldea y las inmediatas se disputaban el trabajo de sus manos; y como trabajaba mucho y gastaba poco, hasta tenía dinero de sobra para dar un par de cuartitos á cada pobre que llamaba á su puerta.

II

El rey estaba ya desahuciado de los médicos, y llamando á su hijo primogénito, que era un real mozo, le dijo:

—Yo me voy á morir, pero antes quiero decirte cuántas son cinco. Apenas cierre yo el ojo, te encasquetarás la corona; pero no te bastará esto para ser feliz. Es necesario que te cases, que por más perrerías que se digan por ahí del matrimonio, el matrimonio es cosa buena, como lo prueba lo regostados que quedan al yugo viudos y viudas. Lo que te encargó mucho es que no eches en saco roto aquel refrán que dice: «Antes que te cases, mira

bien lo que haces». Esto, hablando en plata, quiere decir que antes de casarte debes ver si tu mujer es alguna de las muchas maulas que hay entre las mujeres.

—¿Pues qué clase de mujer quiere usted que busque?—preguntó el príncipe á su padre.

—La más pobre y más rica.

—¡Quedamos enterados!—refunfuñó el príncipe, poco satisfecho de la contestación de su señor padre.

—¡Qué! ¿No me has entendido?—dijo éste.—Pues estudia, hijo, que ya tienes edad para eso.

Dos días después murió el rey, y su hijo se sentó en el trono por aquello de «A rey muerto, rey puesto».

El rey se puso á cavilar á ver si daba con lo que su padre había querido decirle al aconsejarle que buscase la mujer más pobre y más rica, pero por más que caviló no dió con ello.

—¿Si será—decía—que debo buscar una mujer que á la par sea pobre de bienes de fortuna y rica de hermosura? En fin, vamos de pueblo en pueblo á ver si la casualidad ó la gramática parda de los campesinos disipan las nebulosidades á que mi señor padre era tan aficionado.

III

El rey andaba de pueblo en pueblo buscando novia, y en todos preguntaba cuál era la muchacha más pobre y más rica del pueblo; pero nadie entendía esta pregunta, puesto que en todas partes se contentaban con indicarle una muchacha pobre y otra rica.

—¡Canario!—decía el rey.—¡Me queman ustedes la sangre con sus pícaras entendederas! Lo que yo

busco no es una novia rica ni una novia pobre, que es una que sea las dos cosas.

—¡Qué divertido está su majestad!—exclamaban los campesinos, sin entender jota de lo que quería decirles.—Si estuviera como nosotros destripando terrones todo el santísimo día, no tendría su majestad tanta gana de broma.

Andando de aquí para allí, el rey llegó á la aldea de Rosa, hizo la pregunta de costumbre, y como de costumbre, le indicaron una muchacha rica y otra pobre.

El rey determinó ver á las dos, como hacía en todas partes, y empezó por la más rica, porque no sé qué demonios tiene la riqueza, que siempre es la preferida, así de reyes como de vasallos.

La rica había quedado huérfana casi al mismo tiempo que la pobre; pero sus padres, en lugar de dejarle herramientas para que trabajase, le dejaron criados para que la sirviesen. Sabedora de que el rey la iba á visitar, se puso de veinticinco alfileres. ¡Allí hubieran ustedes visto seda y oro y perlas y diamantes!

—Con este continuo trasnochar, andando de baile en baile, estoy muy descolorida,—dijo.—Si yo me pusiera colorada delante de los hombres, como les sucede á las palurdas, poco me importaría esta pícara palidez; pero como no me pongo, tendré que darme un poco de mano de gato.

Y en efecto, se puso de colorete que... ¡uf, qué asco!

Poco después llegó el rey y se quedó á solitas con ella, porque su majestad gustaba de quedarse á solas con las chicas, y como era rey absoluto, hacía lo que le daba la real gana.

La muchacha, que estaba educada á la francesa, presentó la frente al rey para que se la besara, y

el rey se llenó los labios de colorete, que le supo á rejalgar.

Por más reverencias y monadas que la muchacha hacía para enamorar á su majestad, su majestad se moría de fastidio.

Al dar su majestad un estornudo, se le saltó un botón de la pretina, y mandó á la muchacha que se le cosiera; pero la muchacha, como no sabía coser, le dió un pinchazo en la barriga que le hizo ver las estrellas.

Del susto y del dolor le dió á su majestad un vahido, y mandó á la muchacha que le hiciera una taza de té, á ver si se le pasaba; pero la muchacha, como no entendía de cocina, le echó al té sal y ajos, y el rey á poco más echa las tripas al probarlo.

—Para este viaje—dijo su majestad—no se necesitaban alforjas.

Y se marchó muy quemado, caballero en su caballo, á casa de la muchacha pobre, que vivía á lo opuesto de la aldea.

IV

Descoloridita estaba Rosa de tanto llorar por su madre; pero cuando vió al rey atando el caballo á la reja, salió á abrirle la puerta y se puso coloradita como un clavel.

Tan embelesado la miraba el rey al entrar, que tropezando con la nariz del picaporte se hizo un siete en la levita.

—Mira,—dijo á Rosa,—dame cuatro puntadas en este siete, que reyes de rompe y rasga no parecemos bien.

Rosa cogió la rueca y en un verbo hiló un hilito tan fino como un cabello, y cogiendo en seguida la aguja, cose que te cose, zurció el siete tan perfec-

tamente, que ya había de ser buen sastre el que le conociera.

A todo esto, el rey no podía desechar el asco que le había dado el colorete de la otra, y echó mano al bolsillo para buscar el pañuelo y limpiarse los labios con él.

—¡Canario!—exclamó.—¡Pues no he perdido el pañuelo desde casa de esa indecente á aquí!

—Los míos—dijo Rosa—son muy ordinarios para vuestra majestad; pero espere vuestra majestad un poquito, que voy á tejerle uno de batista.

Y dale que le das á la lanzadera, en un quitame allá esas pajas le tejió un pañuelito al rey.

En éstas y las otras, se pasaba el tiempo sin sentir, y aunque el rey no sentía el tiempo, iba sintiendo ganillas de tomar algo.

—Mira, querida,—le dijo á Rosa,—quien así hila y cose y teje, debe cocinar á las mil maravillas. ¿No podrías hacerme algo de comer?

—Señor,—contestó Rosa, enamorada de su llaneza,—no tengo más que pan y agua y aceite y sal y ajos. ¿Quiere vuestra majestad que le haga unas sopas?

—Sí, queridita mía.

Y en menos que se cambia de opinión política, Rosa hizo unas sopas de ajo que le supieron á gloria al rey.

Y el rey, montando en seguida en el caballo que había dejado atado á la reja, se alejó, se alejó por aquellos campos.

Y Rosa, viéndole desde la ventana alejarse, se echó á llorar y se preguntó á sí misma:

—¿Por qué lloro yo, si ahora no es por mi pobre madre?

Pero al día siguiente volvió el rey con muchas damas y caballeros y carrozas doradas, y tomando

á Rosa del brazo, se fué con ella á la iglesia de la aldea, y allí se casó con Rosa; que ya había encontrado su majestad la novia pobre y rica que le recomendó su señor padre.

ANTONIO DE TRUEBA.





Martinez de la Rosa

Este señor que vemos aquí, de cara enjuta, larga y afeitada, cabellos crecidos y alborotados, es D. Francisco Martínez de la Rosa, una de las figuras más salientes de la España del siglo XIX.

Fué inspirado poeta, aplaudido dramaturgo, notable novelista; pero fué también gran orador y político ilustre. En él no se sabe qué admirar más, si al escritor ó al hombre público. Fué ambas cosas en alto grado.

Nació en Granada el 10 de Marzo de 1779. Muy joven fué abogado y catedrático. Tomó parte en la defensa nacional al estallar la guerra de la Independencia, y después de ser elegido diputado, fué perseguido por sus ideas liberales.

Así premiaba Fernando VII á su regreso á la patria á los liberales que le habían defendido y que habían defendido á España de la invasión francesa.

Martínez de la Rosa estuvo primero en un calabozo y luego fué trasladado á los presidios de Africa. Allí escribió su *Arte poética*.

Proclamada la Constitución del año 1820, fué elegido diputado, después presidente de las Cortes y más tarde en 1822

presidente del Consejo de ministros. ¡El mismo que poco tiempo antes se veía tratado como un criminal feroz!

La reacción de 1823 le obligó á emigrar á París, donde escribió algunas obras, entre ellas un drama en francés titulado *Aben Ibumeya*, que fué representado en el teatro de la *Porte Saint Martin*.

A la muerte de Fernando VII regresó á España y la reina gobernadora, Doña María Cristina de Borbón, le encargó de formar el nuevo ministerio. Obra de Martínez de la Rosa fué el *Estatuto Real*. Fué luego presidente del gobierno varias veces, embajador de España en París y en Roma, y presidente del Congreso. Murió en Madrid el 8 de Febrero de 1862.

Sus obras principales, además de las citadas, son: *El libro de los niños*, *El espíritu del siglo*, *Doña Isabel de Solís* y las comedias y dramas, *Lo que puede un empleo*, *La niña en casa y la madre en las máscaras*, *La viuda de Padilla*, *Edipo* y *Moraima*.

LA BARQUERA

Niña de las redes,
Eres, según creo,
De la mar nacida
Y hermana de Venus:
Al nacer, corteses
Las olas les dieron
Color á tus ojos,
Mudanza á tu pecho:
La cándida espuma,
Que rizan los vientos,
Dió sal á tu boca,
Blancura á tu cuello:
Y el mar en la orilla,
Buscando y huyendo,
De tratar amores
Te dió el mal ejemplo.

F. MARTINEZ DE LA ROSA.

EL CEMENTERIO DE MOMO

Epitafios

Yace aquí un mal matrimonio,
 Dos cuñadas, suegra y yerno...
 No falta sino el demonio
 Para estar junto el infierno.

¡En sepulcro de escribano
 Una estatua de la fe!
 No la pusieron en vano,
 Que afirma lo que no ve.

Agua destila la piedra,
 Agua está brotando el suelo...
 ¿Yace aquí algún aguador?
 No señor, un tabernero.

Un delator aquí yace...
 Chito! que el muerto se hace.

Aquí un hablador se halla...
 Y por vez primera calla.

Aquí yace una viuda
 Que murió de pena aguda,
 Apenas hubo perdido
 A su séptimo marido.

Aquí yace un cortesano,
 Que se quebró la cintura
 Un día de besamano.

F. MARTINEZ DE LA ROSA





D. Jaime Balmes

La ciudad de Vich (Barcelona) ha honrado la memoria del más preclaro de sus hijos, del inmortal Balmes, dando el nombre de éste á una de sus plazas y dedicándole un sencillo monumento de mármol. Pero Balmes no es una gloria local, sino una gloria de España y aun del siglo XIX.

Nació el insigne filósofo el día 28 de Agosto de 1810 y murió en la misma ciudad de Vich que le vió nacer, el 9 de Julio de 1847. Fueron sus padres modestos y honrados menestrales, que al advertir el amor al estudio y la afición á los libros que de niño manifestó su hijo, no escatimaron sacrificio alguno para que pudiera seguir una carrera. En el Seminario de Vich estudió casi toda la de sacerdote, terminándola en la Universidad de Cervera.

En 1837 se encargó de una clase de matemáticas en un colegio de Vich. «Aquellos años—dice el mismo Balmes—los pasaba entre mis obligaciones, mi biblioteca y mi casa, sin más distracción que un rato de paseo que solía dar con alguno de mis discípulos.»

En 1839 era aún desconocido; pero bien pronto alcanzó sólida celebridad. Y en los ocho años que van de esta fecha á 1847, que es la de su muerte, Balmes dió pruebas de una actividad mental asombrosa. Su labor de pensador fué incesante y fecunda. Tal vez el exceso de trabajo fué la causa de su muerte prematura.

En este tiempo escribió obras tan notables y tan leídas, como *La Religión demostrada al alcance de los niños*, *Cartas á un escéptico*, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, *Filosofía fundamental*, *El Criterio* y otras varias, la mayor parte de las cuales han sido traducidas á varias lenguas extranjeras.

Tuvo Balmes el pensamiento político de unir las dos ramas de los Borbones españoles, casando al hijo de don Carlos con doña Isabel de Borbón. Defendió esta aspiración en su periódico *El Pensamiento de la Nación*; pero fracasado en este empeño dejó el periodismo y se retiró de la política, consagrándose por completo á sus estudios filosóficos.

Leamos ahora con detenimiento las líneas que siguen, tomadas de la obra de Balmes *El Criterio*, pues en ellas se trata de un asunto que interesa conocer á todo el mundo, pero sobre todo, á los niños.

LA ATENCIÓN. SU NECESIDAD

I

La atención es la aplicación de la mente á un objeto. El primer medio para pensar bien es atender. La segur no corta si no es aplicada al árbol, la hoz no siega si no es aplicada al tallo. Algunas

veces se le ofrecen los objetos al espíritu sin que atienda; como sucede ver sin mirar, y oír sin escuchar; pero el conocimiento que de esta suerte se adquiere, es siempre ligero, superficial, á menudo inexacto, ó totalmente errado. Sin la atención estamos distraídos, nuestro espíritu se halla, por decirlo así, en otra parte; y por lo mismo no ve aquello que se le muestra. Es de la mayor importancia adquirir un hábito de atender á lo que se estudia ó se hace; porque si bien se observa, lo que nos falta á menudo no es la capacidad para atender lo que vemos, leemos ú oímos, sino la aplicación del ánimo á aquello de que se trata.

Se nos refiere un suceso, pero escuchamos la narración con atención floja, intercalando mil observaciones y preguntas, manoseando ó mirando objetos que nos distraen; de lo que resulta que se nos escapan circunstancias interesantes, que se nos pasan por alto cosas esenciales, y que al tratar de contarlo á otros ó de meditarlo nosotros mismos para formar juicio, se nos presenta el hecho desfigurado, incompleto, y así caemos en errores que no proceden de falta de capacidad, sino de no haber prestado al narrador la atención debida.

II

Un espíritu atento multiplica sus fuerzas de una manera increíble; aprovecha el tiempo atesorando siempre caudal de ideas; las percibe con más claridad y exactitud; y finalmente, las recuerda con más facilidad, á causa de que con la continua atención éstas se van colocando naturalmente en la cabeza de una manera ordenada.

Los que no atienden sino flojamente, pasean su entendimiento por distintos lugares á un mismo

tiempo; aquí reciben una impresión, allí otra muy diferente; acumulan cien cosas inconexas que lejos de ayudarse mutuamente para la aclaración y retención, se confunden, se embrollan y se borran unas á otras. No hay lectura, no hay conversación, no hay espectáculo por insignificantes que parezcan, que no nos puedan instruir en algo. Con la atención notamos las preciosidades y las recogemos; con la distracción dejamos quizá caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí.

JAIME BALMES.





Excmo. Sr. Duque de Rivas

Fué D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, una figura de mucho relieve en la milicia y en la política; pero cuando se le nombra no vemos en él generalmente más que al literato.

Nació en Córdoba en 1791 y murió en Madrid en 1865.

Hizo sus estudios en el Colegio de Nobles y por privilegio especial y siendo aún muy joven, fué nombrado capitán de caballería. Tomó parte en la guerra de la Independencia bajo las órdenes del general Castaños y fué herido en la batalla de Ocaña.

Terminada la guerra dejó la milicia y se afilió al partido liberal. Estuvo emigrado en Inglaterra, y á la muerte de Fernando VII regresó á España y desempeñó cargos tan importantes como el de ministro, embajador de España en Nápoles y París, y jefe, en 1854, del llamado *Ministerio metrala*, que duró cuarenta horas.

Como literato perteneció á la escuela romántica y dejó escritas las siguientes obras: *Ensayos poéticos*, *Florinda*, *El moro expósito*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y algunas más.

Leamos ahora el precioso y conocido romance suyo, titulado

UN CASTELLANO LEAL

I

«Hola, hidalgos y escuderos
 De mi alcurnia y mi blasón,
 Mirad como bien nacidos
 De mi sangre y casa en pro.
 Esas puertas se defiendan,
 Que no ha de entrar, vive Dios,
 Por ellas quien no estuviere
 Más limpio que lo está el sol.
 No profane mi palacio
 Un fermentido traidor,
 Que contra su rey combate
 Y que á su patria vendió.
 Pues si él es de reyes primo,
 Primo de reyes soy yo:
 Y conde de Benavente,
 Si él es duque de Borbón.
 Llevándole de ventaja,
 Que nunca jamás manchó
 La traición mi noble sangre,
 Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
 Una ya cascada voz,
 Que de un palacio salía
 Cuya puerta se cerró,
 Y á la que estaba á caballo
 Sobre un negro pisador,
 Siendo en su escudo las lises
 Más bien que timbre baldón,
 Y de pajes y escuderos
 Llevando un tropel en pos
 Cubiertos de ricas galas,
 El gran duque de Borbón.

El que lidiando en Pavía
 Más que valiente, feroz,
 Gozóse en ver prisionero
 A su natural señor,
 Y que á Toledo ha venido,
 Ufano de su traición,
 Para recibir mercedes
 Y ver al Emperador.

II

En una anchurosa cuadra
 Del alcázar de Toledo,
 Cuyas paredes adornan
 Ricos tapices flamencos;
 Al lado de una gran mesa
 Que cubre de terciopelo
 Napolitano tapete
 Con borlones de oro y flecos;
 Ante un sillón de respaldo,
 Que entre bordado arabesco
 Los timbres de España ostenta
 Y el águila del Imperio,
 De pie estaba Carlos quinto,
 Que en España era primero.
 Con gallardo y noble talle,
 Con noble y tranquilo aspecto,
 De brocado de oro y blanco
 Viste tabardo tudesco,
 De rubias motas orlado,
 Y desabrochado y suelto,
 Dejando ver un justillo
 De raso jalde, cubierto
 Con primorosos bordados
 Y costosos sobrepuestos;
 Y la excelsa y noble insignia
 Del Toisón de Oro, pendiendo
 De una preciosa cadena
 En la mitad de su pecho.
 Un birrete de velludo

Con un blanco airón, sujeto
 Por un joyel de diamantes
 Y un antiguo camafeo,
 Descubre por ambos lados
 Tanta majestad cubriendo,
 Rubio, cual barba y bigote,
 Bien atusado el cabello.
 Apoyada en la cadera
 La potente diestra ha puesto,
 Que aprieta dos guantes de ámbar
 Y un primoroso moquero;
 Y con la siniestra halaga
 De un mastín muy corpulento,
 Blanco y las orejas rubias,
 El ancho y carnosos cuello.

Con el Condestable insigne,
 Apaciguador del reino,
 De los pasados disturbios
 Acaso está discurriendo:
 O del trato que dispone
 Con el rey de Francia preso,
 O de asuntos de Alemania,
 Agitada por Lutero;
 Cuando un tropel de caballos
 Oye venir á lo lejos,
 Y ante el alcázar pararse,
 Quedando todo en silencio.
 En la antecámara suena
 Rumor impensado luego,
 Abrese al fin la mampara
 Y entra el de Borbón soberbio,
 Con el semblante de azufre
 Y con los ojos de fuego,
 Bramando de ira y de rabia
 Que enfrena mal el respeto.
 Y con balbuciente lengua
 Y con mal borrado ceño,
 Acusa al de Benavente
 Un desagravio pidiendo.
 Del español Condestable

Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso
Sin saber qué responderle
Al francés de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho:
Mucho al de Borbón le debe
Y es fuerza satisfacerlo;
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y llamando á un gentilhombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

III

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,
Y con semblante muy noble;
Mas de gravedad tan seria,

Que veneración de lejos
 Y miedo causa de cerca.
 Eran su traje unas calzas
 De púrpura de Valencia,
 Y de recamado ante
 Un colete á la leonesa.
 De fino lienzo gallego
 Los puños y la gorguera,
 Unos y otros guarnecidos
 Con randas barcelonesas,
 Un birretón de velludo
 Con su cintillo do perlas,
 Y el gabán de paño verde
 Con alamares de seda.
 Tan sólo de Calatrava
 La *insignia española* lleva,
 Que el Toisón ha despreciado
 Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
 Sube por las escaleras,
 Y al verle, las alabardas
 Un golpe dan en la tierra.
 Golpe de honor, y de aviso
 De que en el alcázar entra
 Un grande, á quien se le debe
 Todo honor y reverencia.
 Al llegar á la antesala,
 Los pajes que están en ella
 Con respeto le saludan
 Abriendo las anchas puertas.
 Con grave paso entra el Conde,
 Sin que otro aviso preceda,
 Salones atravesando
 Hasta la cámara regia.

Pensativo está el monarca,
 Discurriendo cómo pueda
 Componer aquel disturbio
 Sin hacer á nadie ofensa.
 Mucho al de Borbón le debe,
Aún mucho más de él espera,

Y al de Benavente mucho
 Considerar le interesa.
 Dilación no admite el caso,
 No hay quien dar consejo pueda:
 Y Villalar y Pavía
 A un tiempo se le recuerdan.
 En el sillón asentado
 Y el codo sobre la mesa,
 Al personaje recibe,
 Que *comedido se acerca*.
 Grave el Conde le saluda
 Con una rodilla en tierra,
 Mas como grande del Reino,
 Sin descubrir la cabeza.
 El Emperador benigno
 Que alce del suelo le ordena,
 Y la plática difícil
 Con sagacidad empieza:
 Y entre severo y afable
 Al cabo le manifiesta
 Que es el que á Borbón aloje
 Voluntad suya resuelta.
 Con respeto muy profundo,
 Pero con la voz entera,
 Respóndele Benavente
 Destocando la cabeza:
 —«Soy, Señor, vuestro vasallo,
 Vos sois mi rey en la tierra,
 A vos ordenar os cumple
 De mi vida y de mi hacienda.
 Vuestro soy, vuestra mi casa,
 De mí disponed y de ella,
 Pero no toquéis mi honra
 Y respetad mi conciencia.
 Mi casa Borbón ocupe,
 Puesto que es voluntad vuestra,
 Contamine sus paredes,
 Sus blasones envilezca:
 Que á mí me sobra en Toledo
 Donde vivir sin que tenga

Que rozarme con traidores
 Cuyo solo aliento infesta.
 Y en cuanto él deje mi casa,
 Antes de tornar yo á ella,
 Purificaré con fuego
 Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el conde, la real mano
 Besó, cubrió su cabeza,
 Y retiróse bajando
 A do estaba su litera.
 Y á casa de un su pariente
 Mandó que le condujeran,
 Abandonando la suya
 Con cuanto dentro se encierra.
 Quedó absorto Carlos quinto
 De ver tan noble firmeza,
 Estimando la de España
 Más que la imperial diadema.

IV

Muy pocos días el duque
 Hizo mansión en Toledo,
 Del noble conde ocupando
 Los honrados aposentos.
 Y la noche en que el palacio
 Dejó vacío, partiendo
 Con su séquito y sus pajes
 Orgullosos y satisfechos,
 Turbó la apacible luna
 Un vapor blanco y espeso
 Que de las altas techumbres
 Se iba elevando y creciendo;
 A poco rato tornóse
 En humo confuso y denso,
 Que en nubarrones oscuros
 Ofuscaba el claro cielo;
 Después en ardientes chispas,
 Y en un resplandor horrendo
 Que iluminaba los valles,

Dando en el Tajo reflejos;
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo: tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aún hoy unos viejos muros,
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

DUQUE DE RIVAS.





D. Mariano José de Larra

Al hacer la biografía de este escritor, más conocido que por su nombre, por el pseudónimo *Figaro*, según ya dijimos en la página 112, una sombra de tristeza cubre el ánimo de todo español amante de las glorias de su patria.

En los escritos de *Figaro* campean un ingenio sutil, una ironía culta y graciosa, las galanuras de un estilo elegante y desenvuelto, y entre risas y veras aparecen observaciones profundas, reflexiones muy atinadas. Ellos nos dicen que era Larra un observador sagaz y un crítico analizador y certero. ¿Y á qué edad diréis que escribió esos artículos? Pues los escribió de los veinte á los veintiocho años. No tenía más edad cuando se suicidó. Nació en Madrid en 1809 y murió en 1837. ¿Comprendéis ahora por qué produce tristeza el recuerdo de *Figaro*?

Fué una gran pérdida para España la muerte de este gran hombre. Si á los veintitantos años escribió esos artículos, que son en su mayoría verdaderos monumentos lite-

rarios, ¿qué no hubiera escrito á los treinta, á los cuarenta y á los cincuenta?

Jóvenes murieron Becker y Balmes, joven murió Espronceda; pero más joven que todos ellos murió Figaro.

Y lo trágico de su muerte es otro motivo de tristeza. El suicidio es siempre cobarde y criminal; pero el suicidio de Figaro fué además estúpido. Se suicidó por una mujer.

De muchachos nos encaprichamos tan fuertemente de un juguete que sin él creemos no poder vivir; de hombres nos enamoramos de una mujer sin la cual nos parece imposible la existencia. Y somos tan tontos que no se nos ocurre pensar que hay otros muchos juguetes que pueden sustituir perfectamente al que tanto nos seduce y muchas mujeres capaces de despertar en nosotros la pasión de aquella que nos enamora.

Pero dejémonos de filosofías y leamos, fijándonos mucho, el siguiente artículo que es uno de los mejores de Figaro.

EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que pareciera el negarse grosería ó por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas, y moviendo maquinalmente los labios: algún tropezón me recordaba de cuando en cuando, que para andar por el empedrado de Madrid, no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo: más de una sonrisa maligna, más

de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada, que una gran mano pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni despreciaba el agasajo de quien sin duda había creído hacérmeme más que mediano dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias, no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy?—Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales,—*Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena.—¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿quién pudiera sino tú...?—Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio, no he venido.—Siempre el mismo genio.—¿Qué quieres? es la pregunta del español.—¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?—Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo; el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos, pero estás convidado.—¿A qué?—A comer conmigo.—No es posible.—No hay remedio.—No puedo, insisto ya temblando.—¿No puedes?—Gracias.

—¿Gracias? Vete á paseo; amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P. ¿Quién se resiste á una sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?—No es eso, sino que...—Pues si no es eso, me interrumpes, te espero á las dos; en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X., que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche, J. cantará y tocará alguna cosilla.—Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder: un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener valor de aguantar sus obsequios.—No faltarás si no quieres que riñamos.—No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.—Pues hasta mañana; y me dió un torniscón por despedida. Víle marchar, como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discutiendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Vengámos al caso: dieron las cuatro y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertinos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar, estaba ronca en tal disposición que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó D. Braulio, vamos á la mesa, querida mía.—Espera un momento, le contestó su esposa casi al oído: con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...—Bien, pero mira que son las cuatro...—Al instante comeremos.—Las cinco eran cuando nos sentá-bamos á la mesa.

Señores, dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exigió la mayor franqueza:

en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah! Fígaro, quiero que estés con toda comodidad: eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí mordéndome los labios.—No importa, te daré una chaqueta mía: siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Oh! sí, sí, mi chaqueta! Toma, mírala: un poco ancha te vendrá.—Pero, Braulio...—No hay remedio; no te andes con etiquetas.—En esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Díle las gracias; al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banquetea de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para que quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos, una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distinción entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas, que era preciso enderezar á cada momento, porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven *ad látere*, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las serville-

tas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques, como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el anfitrión una vez sentado, pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys; frase que creyó preciso decir. Necia afectación es ésta, si es mentira, dije yo para mí; y si es verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de lo que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. —Sírvase usted.—Hágame usted el favor.—De ninguna manera.—No lo recibiré.—Páselo usted á la señora.—Está bien ahí.—Perdone usted.—Gracias. Sin etiqueta, señores, exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato: cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura; siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro, y otros, y otros: mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

Este plato hay que disimularle, decía ésta de unos pichones; están un poco quemados.—Pero, mujer...—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son criadas.—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde.—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? —¿Qué quieres? una no puede estar en todo.—¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándolo en el plato, excelente!—Este pescado está pasado.—Pues en el des-



pacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar: ¡el criado es tan bruto!—¿De dónde se ha traído este vino?—En esto no tienes razón, porque es...—Es malísimo.—Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas había podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.—Señora, no se incomode usted por eso; le dije el que á su lado tenía. ¡Ah! les aseguro á ustedes que no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás...—Usted, señora mía, hará lo que...—¡Braulio! ¡Braulio!—Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes, que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrán gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenía hacía saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las

aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas.—Este capón no tiene coyunturas, exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviese escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general, y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel, corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino pasa salvar el mantel, para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla: la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término, retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado, que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. ¡Por San Pedro! exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa.—Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí. ¡Oh honradas casas, donde un modesto cocido y un

principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente, puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; D. Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversación: roncás ya las voces piden versos y décimas, y no hay más poeta que Fígaro.—Es preciso.—Tiene usted que decir algo, claman todos.—Désele pie forzado; que diga una copla á cada uno.—Yo le daré el pie: *A don Braulio en este día.*—Señores, ¡por Dios!—No hay remedio.—En mi vida he improvisado.—No se haga usted el chiquito.—Me marcharé.—Cerrad la puerta.—No se sale de aquí sin decir algo. Y digo versos por fin; y vomito disparates; y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios! yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento; en que sólo se pone la mesa decente para los convidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas; en que se dicen versos; en que hay niños; en que hay gordos; en que reina, en fin, la franqueza de los castellanos viejos. Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes,

me falte un *roast-beef*, desaparezca del mundo el *beef-steak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban en fin todos, menos yo, la deliciosa espuma del Champagne.

Concluída mi deprecación mental, corro á mi habitación á despojarme de mi camisa y mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

MARIANO JOSÉ DE LARRA
(FÍGARO)





D. Juan Nicasio Gallego

Nació este literato español en Zamora, el año 1777 y murió en 1853. Estudió Filosofía y recibió las sagradas Ordenes. Siendo ya sacerdote se trasladó á Madrid, donde fué nombrado capellán de honor y director de los pajes del rey.

Fué diputado en las Cortes de Cádiz (año 1810), y por sucesos políticos que no es ahora ocasión de referir, se vió desposeído de todos sus empleos y honores, perseguido y desterrado.

Pudo volver á Madrid á la muerte de Fernando VII y aún desempeñó cargos importantes. Fué D. Juan Nicasio Gallego buen poeta y buen crítico. De sus poesías es acaso la más conocida la titulada *Al dos de Mayo*, preciosa elegía que puede presentarse como modelo en su género. Y por si alguno de vosotros ignora lo que significa la palabra «elegía», diremos que elegía es una composición lírica en la cual se expresa un gran dolor. En esta que vamos á leer el poeta nos muestra su corazón oprimido y la indignación que se

desborda en su pecho por la infame conducta de los franceses en el Dos de Mayo y en toda la guerra de la Independencia.

AL DOS DE MAYO

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
 Del miserable, que esquivando el sueño
 Profundas penas en silencio gime,
 No desdeñes mi voz; letal beleño
 Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
 Empapada la ardiente fantasía,
 Da á mi pincel fatídicos colores,
 Con que el *tremendo día*
 Trace al fulgor de vengadora tea;
 Yel odio irrite de la patria mía
 Y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora
 Mano del tiempo le arrojó al averno;
 Mas ¿quién el sempiterno
 Clamor con que los ecos importuna
 La madre España en enlutado arreo
 Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
 Al pálido lucir de opaca luna,
 Entre cipreses fúnebres la veo:
 Trémula, yerta y desceñido el manto,
 Los ojos moribundos
 Al cielo vuelve que le oculta el llanto:
 Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
 Yace entre el polvo, y el león guerrero
 Lanza á sus pies rugido lastimero.
 ¡Ay! que cual débil planta
 Que agosta en su furor hórrido viento,
 De víctimas sin cuento
 ¡Lloró la destrucción Mantua afligida!
 Yo ví, yo ví su juventud florida
 Correr inerte al huésped ominoso.
 Mas ¿qué su generoso

Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
 En quien su honor y su defensa fía,
 La condenó al cuchillo.
 ¿Quién, ¡ay! la alevosía,
 La horrible asolación habrá que cuente
 Que hollando de amistad los santos fueros
 Hizo furioso en la indefensa gente
 Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
 Gritando se despeña
 La infame turba que abrigó en su seno.
 Rueda allá rechinando la cureña,
 Acá retumba el espantoso trueno:
 Allí el joven lozano,
 El mendigo infeliz, el venerable
 Sacerdote pacífico, el anciano
 Que con su arada faz respeto imprime,
 Juntos amarra su dogal tirano.
 En balde, en balde gime
 De los duros satélites en torno
 La triste madre, la afligida esposa
 Con doliente clamor; la pavorosa
 Fatal descarga suena
 Que á luto y llanto eterno les condena.
 ¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
 ¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
 Mirad ese infelice
 Quejarse al adalid empedernido
 De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?»
 Exclama el triste en lágrimas deshecho;
 «Mi pan y mi mansión partí contigo,
 Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
 Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
 ¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
 Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
 Con dura muerte y con indigno ultraje?»
 ¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
 El monstruo infame á sus ministros mira,
 Y con tremenda voz gritando ¡fuego!
 Tinto en su sangre el desgraciado espira.

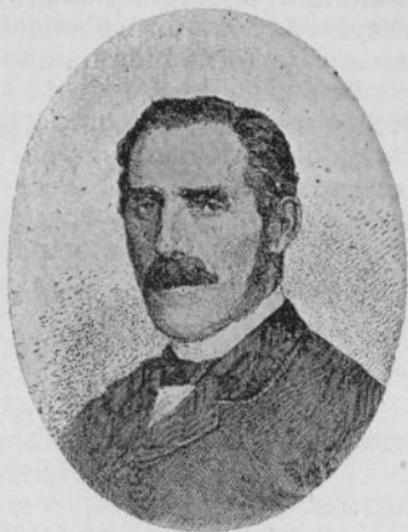
Y en tanto, ¿dó se esconden,
 Dó están, ¡oh cara patria, tus soldados,
 Que á tu clamor de muerte no responden?
 Presos, encarcelados
 Por jefes sin honor, que haciendo alarde
 De su perfidia y dolo,
 A merced de los bárbaros te dejan;
 Como entre hierros el león, forcejan
 Con inútil afán. Vosotros sólo,
 Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
 Que osando resistir al gran torrente
 Dar supisteis en flor la dulce vida
 Con firme pecho y con serena frente,
 Si de mi libre musa
 Jamás el eco adormeció á tiranos,
 Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
 Allá del alto asiento
 A que la acción magnánima os eleva,
 El himno oíd que á vuestro nombre entona,
 Mientras la fama alígera le lleva
 Del mar de hielo á la abrasada zona.
 Mas, ¡ay! que en tanto sus funestas alas
 Por la opresa metrópoli tendiendo
 La yerma asolación sus plazas cubre;
 Y al áspero silbar de ardientes balas,
 Y al ronco són de los preñados bronce
 Nuevo fragor y estrépito sucede.
 ¿Oís cómo rompiendo
 De moradores tímidos las puertas
 Caen estallando de los fuertes gonces?
 ¡Con qué espantoso estruendo
 Los dueños buscan que medrosos huyen!
 Cuanto encuentran destruyen
 Bramando los atroces foragidos
 Que el robo infame y la matanza ciegan.
 ¡No véis cuál se despliegan
 Penetrando en los hondos aposentos,
 De sangre, y oro, y lágrimas sedientos!
 Rompen, talan, destrozan
 Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.

Aquí matando al dueño se alborozan,
 Hieren allí su esposa acongojada:
 La familia asolada
 Yace espirando, y con feroz sonrisa
 Sorben feroces el fatal tesoro.
 Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
 Mustio el dulce carmín de su mejilla
 Y en su frente marchita la azucena,
 Con voz turbada y anhelante lloro
 De su verdugo ante los pies se humilla
 Tímida virgen, de amargura llena;
 Mas con furor de hiena,
 Alzando el corvo alfanje damasquino,
 Hiende su cuello el bárbaro asesino.
 ¡Horrible atrocidad! ¡Treguas, oh musa!
 Que ya la voz rehusa,
 Embargada en suspiros mi garganta!
 Y en ignominia tanta
 ¿Será que rinda el español bizarro
 La indómita cerviz á la cadena?
 Nó, que ya en torno suena
 De Palas fiera el sanguinoso carro,
 Y el látigo estallante
 Los caballos flamígeros hostiga.
 Ya el duro peto y el arnés brillante
 Visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su ruginoso acero:
 ¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
 ¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
 Y al grito heroico que en los aires zumba,
 ¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
 Guadalquivir guerrero
 Alza al bélico són la regia frente,
 Y del patrón valiente
 Blandiendo altivo la nudosa lanza
 Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
 Vosotras, oh infelices
 Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
 Robó á sus lares, y en fugaz gemido
 Cruzáis los anchos campos de Castilla;

La heroica España, en tanto que al bandido,
Que á fuego y sangre de insolencias ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traición del déspota se vea;
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALLEG0.





D. Modesto Lafuente

A D. Modesto Lafuente le debemos estar muy agradecidos todos los españoles, pues es el que ha escrito la mejor y más completa historia de nuestra patria.

Nació este escritor en Rabanal de los Caballeros, Palencia, en Mayo de 1806 y murió en Madrid el 25 de Octubre de 1866.

Estudió primero en el Seminario de León y luego en la Universidad de Santiago. En 1830 obtuvo por oposición una cátedra de Filosofía y Teología en Astorga, que abandonó bien pronto para desempeñar otros empleos. En 1837 fundó en León un periódico satírico, titulado *Fray Gerundio*, que trasladó á Madrid y que se hizo famoso por sus críticas literarias y sus sátiras políticas.

D. Modesto Lafuente fué director de la Escuela Superior de Diplomacia, presidente de la Junta de Archivos y Bibliotecas, diputado á Cortes varias veces y vicepresidente del Congreso.

Escribió varios libros, pero su obra más notable, la que ha hecho célebre el nombre de Lafuente, colocándole á la cabeza de nuestros historiadores, es la *Historia general de España*. A ella pertenecen las páginas que vamos á leer.

La agricultura y la industria en España durante la dominación romana

No obstante lo gravoso de los impuestos que pesaban sobre España, no es posible dudar de la riqueza que encerraba esta región tan favorecida por el cielo. Hemos dicho ya que era una de las provincias *nutrices* ó alimentadoras de Roma, como lo eran también Sicilia y Africa. Era una de las que más abastecían á la metrópoli de cereales; uno de sus graneros. Veniale bien á España, mercantilmente considerado, el desenfrenado lujo de Roma, la vida muelle de los príncipes, entre fiestas, meretrices, bailarines y bufones, la locura con que el pueblo se entregaba á los espectáculos, el abandono en que tenían la agricultura, aquellas fértiles campiñas de Italia, ó incultas ó malamente trabajadas por manos esclavas; porque reducida Roma á pueblo consumidor, obligada á tener siempre provistos los graneros públicos para satisfacer las hambres frecuentes que solían agobiar al pueblo, monstruo de cien bocas siempre abiertas para recibir el alimento que le enviaran los pueblos de las provincias, todo proporcionaba ocasión á España para dar salida á los abundantes frutos de su suelo; y aunque no hubiera entrado en el interés de los emperadores proteger la agricultura de las provincias proveedoras, bastaba el interés de los indígenas para mirarla como una fuente de riqueza propia. El trigo y la

cebada eran los cereales de que España surtía principalmente á Roma: del último, al decir de Plinio, se cogían dos cosechas anuales en muchas comarcas de la Celtiberia, y tan pródigo era el suelo, que no era raro el que diese ciento por uno. La espiga y el racimo que se ven en las monedas españolas de aquel tiempo, son los emblemas de los dos principales ramos de agricultura que se cultivaban.

Los romanos, que en los seis primeros siglos no habían usado el vino, hicieronle después objeto de lujo en las mesas y banquetes: muchos patricios hacían vanidad de ser grandes bebedores; los poetas cantaban sus virtudes, y Marco Antonio escribió una apología de la embriaguez. Con esto se hizo uno de los ramos más productivos de comercio la introducción de vinos extranjeros, y los de España alternaban con los de Grecia y de Sicilia: el de Tarragona era preferido á los de Italia. Así, á pesar de los edictos de algunos emperadores mandando descepar las viñas, la plantación de la vid se había hecho común en toda la Península; todo el litoral del Mediodía y Oriente estaba plantado de viñedo, y su fruto iba á parar á las mesas de los epulones romanos.

Como se hubiese hecho tan común en Roma el uso de la púrpura, que lo que al principio sólo se empleó para adorno de los dioses, de los templos y de los pontífices, se fué extendiendo á la toga, á la pre-texta, á la clámide, hasta á las colchas de las camas y á los vestidos de los soldados; era este ramo de lujo de gran recurso á España para dar salida á sus lanas, de cuya calidad y del aprecio en que se las tenía hemos dado cuenta en el curso de la historia. Ibiza sacaba gran producto del establecimiento de tintorería de púrpura que tenía; y en la Bética se utilizaban grandemente de la cochinilla, y

muchos habitantes hallaban en la coscoja un medio para pagar sus tributos. En tiempo del emperador Vespasiano encareció la grana purpúrea en términos que se compraba casi al valor de las perlas. Ni eran menos apreciados los linos de la Tarraconense, y los de Asturias y Galicia. Pero el que llevaba la palma á los de todas las provincias del imperio era el de Sétabis (Játiva), del cual tomaron su nombre los pañuelos y servilletas *setabinas*, que por su extremada finura usaban sólo los ricos. El poeta Cátulo las menciona en dos lugares; y Silio Itálico dice también hablando de estas telas:

«Setabis et telas Arabum sprevisse superva...»

Eran igualmente objetos de comercio y de lucro para los españoles, la cera, la miel, las frutas, los higos secos de Ibiza, el aceite, que tanto recomendaba el emperador Galieno, y de cuya preparación nos informa Columela, y multitud de otros artículos y producciones debidas á la privilegiada feracidad del territorio español, y de que hacían constante tráfico las costas de Mediodía y de Levante, saliendo frecuentemente para Roma barcos de Cádiz, de Málaga, de Cartagena, de Tarragona, de Barcelona y de otros puntos del litoral.

Mirando los romanos el comercio y la industria como profesiones innobles, satisfechos por haber acumulado en Roma el oro y la plata de todas las provincias del imperio, dejando á los pueblos conquistados el comercio activo, y limitados ellos á sólo el pasivo, no advirtieron que teniendo que recibir las producciones y manufacturas de aquellos mismos pueblos conquistados, y no creando nada ellos, necesariamente habían de ir devolviéndoles á cambio de mercancías aquellos mismos metales de que con las armas los habían despojado. Era una

riqueza ficticia la de Roma; riqueza puramente metálica, que arrebatada en un día de victoria y de despojo á las provincias productoras tenía que refluir lentamente á los pueblos de donde había salido. Plinio da por seguro que salían cada año de Roma por lo menos cien millones de sestercios. Sólo la prodigiosa abundancia de dinero que allí se había concentrado pudo hacer que no se sintiera de repente la falta; era una enfermedad lenta que iba royendo el Estado, y cuyo estrago no se percibía sino cuando el mal llegó á hacerse demasiado grave. El primer Antonino tuvo ya que vender los adornos imperiales para subvenir á las urgentes atenciones del imperio. Marco Aurelio se vió obligado por dos veces á hacer almoneda de los vasos de oro, de las joyas y alhajas del palacio imperial. Alejandro Severo se vió precisado á vender su vajilla de oro, y á alterar en dos tercios la moneda. Cuando en el imperio de Maximiano hubo que fundir los metales preciosos de los templos y los monumentos de las antiguas victorias para convertirlos en dinero: cuando en el reinado de Galieno se advirtió que sólo circulaban monedas de cobre, porque la plata había desaparecido casi toda; cuando, en fin, entre todos los ciudadanos romanos no pudieron reunir el oro en que Alarico había tasado su rescate y tuvieron que apelar á fundir en el fuego las estátuas de las virtudes, entonces pudieron conocer los pródigos romanos cuán efímeras son las riquezas que no se fundan en el trabajo, en la industria y en la economía.

MODESTO LAFUENTE.





D. Alberto Lista

Fué D. Alberto Lista y Aragón, sabio matemático é inspirado poeta. Nació en Sevilla en 1775 de familia pobre y murió en 1848. A los 20 años era ya profesor de matemáticas en el Colegio de Marina de Sevilla y algún tiempo después catedrático de Retórica y Poética de aquella Universidad.

Cuando la invasión francesa, se puso de parte del extranjero, por lo que al acabar la guerra de la Independencia tuvo que emigrar á Francia, donde permaneció hasta 1820. Volvió á España y fundó en Madrid un Colegio libre; pero se vió obligado á emigrar nuevamente. En 1833 y cuando era ya sacerdote, regresó otra vez á su patria. Quisieron hacerle obispo de Astorga; pero él no aceptó y siguió dando lecciones de matemáticas. Fué uno de los socios fundadores del Ateneo de Madrid.

Escribió entre otros libros un *Tratado de matemáticas puras y mixtas*, *Poesías filosóficas* y *Elementos de historia antigua*.

De sus poesías es famosa la oda titulada *A la muerte de Jesús*. En poética llamamos *oda* á una composición en verso en la cual se expresa un sentimiento individual, apasionado y entusiasta. Hay odas sagradas, heroicas, morales y anacreónticas. La que ahora vamos á leer de D. Alberto Lista, es una oda sagrada.

A LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que, velando
 La excelsa majestad en nube ardiente,
 Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
 Que eleva contra tí la osada frente,
 ¿Es que oyó medroso
 De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas hora abandonado,
 ¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
 Alzas gimiendo el rostro lastimado:
 Cubre tus bellos ojos mortal velo,
 Y su luz extinguida,
 En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
 Amor más poderoso que la muerte;
 Por él de la maldad sufre la pena
 El Dios de las Virtudes, y León fuerte,
 Se ofrece al golpe fiero
 Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
 Ante siglos de siglos degollada!
 Aún no ahuyentó la noche pavorosa
 Por vez primera el alba nacarada,
 Y hostia del amor tierno
 Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¿quién podrá mirarte,
 Oh paz, oh gloria del culpado mundo?
 ¿Qué pecho empedernido no se parte
 Al golpe acerbo del dolor profundo
 Viendo que en la delicia
 Del gran Jehová descarga su justicia?
 ¿Quién abrió los raudales
 De esas sangrientas llagas, amor mío?
 ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
 De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío

A tu frente divina
 Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles;

Al santo perdonad, muera el malvado:
 Si sois de un justo Dios ministros fieles,
 Caiga la dura pena en el culpado.

Si la impiedad os guía

Y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo

La víctima de paz que el hombre espera;

Si del Oriente al escondido polo

Un mar de sangre criminal corriera,

Ante Dios irritado

No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo

Su cólera en diluvios descendía,

Y á la maldad, que dominaba el suelo,

Y á las malvadas gentes envolvía,

De la diestra potente

Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre

De los montes el agua vengadora:

El sol, amortecida la alba lumbre

Que el firmamento rápido colora,

Por la esfera sombría

Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado

De su semblante descogió el Eterno,

Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado

Domador de la muerte y del Averno,

Tu cólera infinita

Extinguir en su sangre solicita...

¿Oyes, oyes cual clama:

Padre de amor, por qué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama,

Que en tu furor al mundo derramaste.

De la acerba venganza

Que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No véis cómo se apaga

El rayo entre las manos del Potente?

Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte,
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado
Do vuelva en padre tierno al indignado!
Rasga tu seno, ¡oh tierra!
Rompe, ¡oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el Criador: mas la maldad aterra.
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.





D. Manuel José Quintana

Fué D. Manuel José Quintana un notable poeta, un prosista correcto y elegante y lo que tuvo más valor y mérito que todo esto: un gran patriota.

Nació en Madrid en 1772 y murió en 1857. Estudió la carrera de abogado, y á los 23 años publicó una colección de poesías muy hermosas entre las que descollaban la *Oda al mar* y *La batalla de Trafalgar*.

Que fué un gran patriota lo demostró en sus numerosos escritos, en sus composiciones poéticas sobre todo, en las cuales ensalzó siempre á España y cantó sus grandes victorias y sus gloriosas derrotas. Lo probó además con hechos, de una manera más práctica y gallarda. En 1808, cuando la invasión francesa, afrontando peligros y penalidades siguió á la Junta Central, redactó las proclamas y documentos más célebres de aquella época azarosa y fué un elemento inteligente y activo de que se valieron

los organizadores de la defensa nacional. En el mismo período y por encargo de la Regencia, escribió un luminoso informe para el arreglo de la Instrucción pública.

Por sus ideas liberales estuvo preso desde 1814 á 1820 y en la emigración desde esta fecha hasta la terminación del absolutismo. Regresó á España y desempeñó cargos tan importantes como el de Director general de Instrucción pública y consejero de Estado. Fué académico de la Española, de la de Historia y de la de Bellas Artes, y el 25 de Marzo de 1855, es decir, dos años antes de su muerte, fué solemnemente coronado por la reina doña Isabel II.

Entre sus obras debemos citar las siguientes: *Vidas de españoles célebres*, *Noticia histórica y literaria sobre Cervantes*, las *Odas* y la tragedia *Pelayo*.

Leamos ahora el relato hecho por este escritor de la heroica defensa que de la plaza de Tarifa llevó á cabo Guzmán el Bueno el año 1292 cuando reinaba en Castilla don Sancho IV el Bravo.

GUZMÁN EL BUENO

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse el infante D. Juan, uno de los hermanos del Rey: inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, había abandonado á su padre por su hermano, y después á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor,

y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el Rey su hermano de darle libertad de la prisión á que le condenó en Alfaró, cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice había sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideración que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotose de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla se huyó á Portugal, de donde aquel Rey le mandó salir por respeto á D. Sancho. De allí se embarcó y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al Rey de Marruecos Aben-Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al Rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes, con los cuales pasaron el Estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignación. Atácanla después con todos los artificios que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos días, y manifestando á Guzmán el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues había hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partía con ellos su tesoro, descercarían la villa. «Los buenos caballeros, respondió Guzmán, ni compran ni venden la victoria.» Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo Infante acude á otro medio más poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzmán que sus padres le habían confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo Rey

tenía deudo. En vez de dejarlo allí le llevó al Africa, y le trajo á España consigo, y entonces lo creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde lo tenía, y se lo presentó al padre, intimándole que si no rendía la plaza le matarían á su vista. No era esta la primera vez que el Infante usaba de este abominable recurso. En los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, había cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar, y presentándole con la misma intimación, había logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasión su barbarie era sin comparación más horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oír sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al Rey, la salud de la patria, la indignación producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna: «No engendré yo hijo, prorrumpió, para que fuese contra mi tierra, antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si D. Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo y condenación eterna después de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.» Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entretanto el Infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos

que estaban en el muro prorrumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzmán, y cierto de donde nacía, volvió á la mesa diciendo: «Creí que los enemigos entraban en Tarifa.» De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venía de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que había durado seis meses, y se volvieron á Africa, sin más fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecía.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España y llegó á los oídos del Rey. Enfermo á la sazón en Alcalá de Henares, desde allí escribió á Guzmán una carta en demostración de agradecimiento por la insigne defensa que había hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham; le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir á buscarle en persona por su dolencia. D. Alonso, luego que se desembarazó del trópel de amigos y parientes que de todas partes del reino acudieron á darle el parabién y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salían á verle las gentes á los caminos; señalábanle con el dedo por las calles; hasta las doncellas recatadas pedían licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viendo á aquel varón insigne que tan grande ejemplo de entereza había dado. Al llegar á Alcalá salió la Corte toda á su encuentro por mandado del Rey, y Sancho al recibirlo, dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes: «Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca tenéis el dechado.» A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; y entonces fué cuando le hizo donación para sí y sus descendientes, de toda la

tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

M. JOSÉ QUINTANA.

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA

(Fragmento)

.....

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
 La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
 Nacer vió á Gutenberg. «¿Conque es en vano
 Que el hombre al pensamiento
 Alcanzase escribiéndole á dar vida,
 Si desnudo de curso y movimiento,
 En letargosa oscuridad se olvida?
 No basta un vaso á contener las olas
 Del férvido Oceano,
 Ni en sólo un libro dilatarse pueden
 Los grandes dones del ingenio humano:
 ¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
 Un tipo basta á producir sin cuento
 Seres iguales, mi invención la siga:
 Que en ecos mil y mil sienta doblarse
 Una misma verdad, y que consiga
 Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la Imprenta fué; y en un momento
 Vieras la Europa atónita, agitada
 Con el estruendo sordo y formidable
 Que hace sañudo el viento
 Soplando el fuego asolador que encierra
 En sus cavernas lóbregas la tierra.
 ¡Ay del alcázar que al error fundaron
 La estúpida ignorancia y tiranía!
 El volcán reventó, y á su porfía
 Los soberbios cimientos vacilaron.

¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
 Que abortó el Dios del mal, y que insolente
 Sobre el despedazado Capitolio
 A devorar el mundo impunemente
 Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío
 Desplomándose va; pero su ruina
 Mostrará largamente sus estragos.
 Así torre fortísima domina
 La altiva cima de fragosa sierra;
 Su albergue en ella y su defensa hicieron
 Los hijos de la guerra,
 Y en ella su pujanza arrebatada
 Rugiendo los ejércitos rompieron.
 Después abandonada,
 Y del silencio y soledad sitiada,
 Conserva, aunque ruinoso, todavía
 La aterradora faz que antes tenía.
 Mas llega el tiempo, y la extremece, y cae;
 Cae, los campos gimen
 Con los rotos escombros, y entre tanto
 Es escarnio y baldón de la comarca
 La que antes fué su escándalo y espanto.

.

M. JOSÉ QUINTANA.





FABULAS Y FABULISTAS

Es la fábula ó apólogo una narración breve, animada, pintoresca, cómica ó dramática, en la que con cierto disimulo se nos da una lección moral. En la fábula intervienen animales y seres inanimados que piensan y hablan como si fueran personas y que aparentan tener nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestras luchas y desarrollan actos que dan lugar á episodios de los cuales saca el autor la llamada «moraleja» ó consecuencia moral.

Las fábulas hechas con ingenio son interesantes, graciosas, instructivas, útiles en extremo para los niños por estar éstos en una edad en que las cosas y los hechos les impresionan más que las ideas abstractas y los preceptos y consejos secos y descarnados.

Han sido grandes fabulistas: Esopo entre los griegos, Fedro entre los romanos; de los franceses Lafontaine (1), superior á todos los modernos, y entre nosotros Iriarte y Samaniego.

Hablemos ahora de Iriarte y leamos algunas de sus fábulas.

(1) Pronúnciese *Lafontén*.



D. Tomás de Iriarte

Nació este notable fabulista en la villa de Orotava (Tenerife) el 18 de Septiembre de 1750 y murió en Madrid el 17 de Septiembre de 1791.

Hizo sus primeros estudios en la misma villa de Orotava y los continuó y completó en Madrid bajo la dirección de su tío D. Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M. Fué hombre de grandes conocimientos en todos los ramos del saber y la fecunda actividad de su corta existencia la aplicó alternativamente á la poesía, la crítica, el teatro y la traducción de los grandes poetas latinos Horacio y Virgilio, desempeñando al mismo tiempo los cargos de traductor en la primera Secretaría de Estado y archivero del Supremo Consejo de la Guerra.

Pero en lo que más descolló Iriarte fué en la fábula. Muchas de sus composiciones pueden presentarse como modelo de este género, y en unas se advierte la gracia y la agudeza de expresión, en otras la naturalidad y soltura del diálogo y en todas la corrección y la pureza del lenguaje.

FÁBULAS

Los dos conejos

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré corría,
Volaba un conejo.

De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: tente,
Amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser!, responde:
Sin aliento llego;
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.

—Sí, replica el otro,
Por allí los veo;
Pero no son galgos.

—Pues ¿qué son?—Podencos.

—Qué, ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo:
Galgos, y muy galgos.
Bien visto lo tengo.

—Son podencos; ¡vaya,
Que no entiendes de eso!

—Son galgos te digo.

—Digo que podencos.

En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos conejos.

*Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.*

El burro flautista

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.

Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un borrico
Por casualidad.

Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.

Acercóse á olerla
El dicho animal,

Y dió un resoplido
Por casualidad.

En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.

¡Oh!, dijo el borrico:
¡Qué bien sé tocar!
Y dirán que es mala
La música asnal.

*Sin reglas del arte
Borriquillos hay,
Que una vez aciertan
Por casualidad.*

La rana y el renacuajo

En la orilla del Tajo
Hablabá con la rana el renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un gran cañaveral, y su verdura.

Mas luego que del viento
El ímpetu violento
Una caña abatió, que cayó al río,
En tono de lección dijo la rana:
«Ven á verla, hijo mío:
Por defuera muy tersa, muy lozana;
Por dentro toda fofa, toda vana.»

*Si la rana entendiera poesía,
También de muchos versos lo diría.*

IRIARTE.





Jovellanos

Nació D. Gaspar Melchor de Jovellanos en 1744 en Gijón y murió el año 1811.

La vida de este insigne español puede sintetizarse en estas palabras: trabajó y sufrió.

Trabajó sin descanso, con inteligencia, con acierto singular. Sufrió porque la virtud y el mérito tuvieron siempre enemigos y en todos los tiempos despertaron en las almas pequeñas, envidias y despechos.

Los padres de este célebre asturiano le dedicaron á la carrera eclesiástica y él hizo los estudios con gran lucimiento; pero cuando se dirigía á tomar posesión de la canongía doctoral de Tuy que había obtenido por oposición, sus amigos le hicieron desistir de sus propósitos y abrazar la carrera del foro. A partir de aquel instante Jovellanos no se dió un momento de reposo.

Fué juriconsulto, literato, anticuario y hombre de Estado.

En la Audiencia de Sevilla desempeñó varios cargos de la magistratura; luego fué alcalde de casa y corte en Madrid; más tarde consejero de Castilla y en 1797 ministro de Gracia y Justicia. En todos estos cargos manifestó su mucho saber y su espíritu reformista; su honradez, su patriotismo, su deseo valientemente expresado al rey, de acabar con los males que afligían al país y los abusos y corruptelas de la administración pública. Fué por esto por lo que cayó en la desgracia del favorito Godoy y sufrió toda suerte de persecuciones y vejámenes.

Jovellanos perdió la cartera de ministro, fué desterrado á su país primero y llevado prisionero después á Mallorca, siendo encerrado en la Cartuja de Valdemoya y luego en el castillo de Bellver. Siete años duró su encarcelamiento. Cuando la invasión francesa, recobró la libertad, despreció las ofertas que le hizo José Bonaparte y fué quizá el miembro más activo, inteligente y celoso que tuvo la Junta central que organizó la resistencia contra el extranjero. Con el cansancio propio de una vida tan trabajada como la suya, abatido por las ingraticudes, viejo, enfermo y pobre, Jovellanos regresó á su país natal, que lo recibió con entusiastas aclamaciones. Algún tiempo después la muerte cortaba el hilo de aquella gloriosa y fecunda existencia.

Los discursos, informes y estudios de Jovellanos sobre los más variados é interesantes asuntos, son muchísimos: sus trabajos puramente literarios también lo son. Citaremos únicamente su *Informe de la ley agraria*, traducido á varias lenguas; la comedia *El delincuente honrado* y los libros *Vida retirada*, *Vanos deseos*, *Establecimiento de los Montes de Piedad* y *Ocios juveniles*, que es una colección de poemas líricos y satíricos.

Leamos ahora las siguientes páginas que son un fragmento de su discurso *Elogio de las Bellas Artes*. En estos párrafos Jovellanos nos habla de Velázquez, el más grande de los pintores españoles, el autor de *Las lanzas*, *Los borrachos*, *Las Meninas*, *Las hilanderas* y otros cuadros famosos.

VELAZQUEZ

...Pero la época más señalada en la historia de las antiguas artes españolas fué sin duda el reinado de Felipe IV, príncipe que conversaba con las musas, que entendía y ejercitaba las artes y se gloriaba de proteger á los poetas y á los artistas. Apenas había subido al trono cuando Velázquez, cuyas obras ya admiraba su patria, vino á buscar en Madrid un teatro más proporcionado á la extensión de sus talentos. El Conde-Duque, conoce en sus primeros ensayos al mejor artista de su tiempo; le aplaude, le anima, le ofrece su protección y se da prisa por granjearle la de la corte y el monarca. Sus primeras obras expuestas al público, fijan en un instante su reputación y su fortuna. ¡Qué día tan glorioso para Velázquez, para Sevilla y para toda España, aquel en que los artistas mismos, á la vista del retrato ecuestre de Felipe IV, reconocieron en su pincel al príncipe de la pintura!

En este triunfo fueron comprendidos pintores naturales y extranjeros. Carducchi, Caxeti, Angolo, Nardi; profesores de mérito distinguido, ceden también á la superioridad de Velázquez. El solo logra el honor de retratar al soberano, como otra vez Apeles á Alejandro. Todas las bocas se ocupan en alabanza suya, y hasta el silencio y los susurros de la envidia concurren al aplauso del pintor sevillano.

Tanto se debía á las eminentes calidades que le adornaban: porque ¿quién tuvo más verdad en el colorido, más fuerza en el claro-oscuro, más sencillez en la expresión, más variedad, más verdad,

más sabiduría en los caracteres? El solo entre tantos, supo dar á sus personajes aquel aire propio y nacional, á cuyo hechizo no pueden resistirse los ojos ni el corazón de quien los mira. El solo, por medio de una sabia aplicación de los principios ópticos, expresó los efectos de la luz en el ambiente, y los del aire iluminado por ella en los cuerpos, y hasta en los vagos intermedios que los separan. Alaben otros en hora buena las gracias de la belleza ideal, buscada casi siempre en vano por los correctores de la verdad y la naturaleza, mientras que aplaudiendo sus conatos, damos á Velázquez la gloria de haber sido singular en el talento de imitarlas.

Nobles jóvenes que me estáis escuchando, honor, delicia y esperanza de nuestras artes, no os desdñéis de seguir las huellas de tan gran maestro. La verdad es el principio de toda perfección, y la belleza, el gusto, la gracia, no pueden existir fuera de ella. Buscadlas en la naturaleza eligiendo las partes más sublimes y perfectas, las formas más bellas y graciosas, los partidos más nobles y elegantes, pero sobre todo, aprended de Velázquez el arte de animarlas con el encanto de la ilusión, con ese poderoso encanto que la naturaleza había vinculado con los sublimes toques de su mágico pincel. Las obras de Velázquez convertían hacia las artes la atención de la corte y la nobleza, y hacían que todos se gloriasen de protegerlas. Las casas de los grandes y señores emulando el lucimiento de los reales palacios, se pintaban también al fresco, y se adornaban con cuadros, estatuas, estucos y bronces exquisitos. ¿Quién podrá referir los nombres de tanto ilustre protector como entonces lograron las artes y los artistas? Los duques de Medinaceli y Medina de las Torres; los condes de Monterey, de Oña-

te y Benavente; los marqueses de Leganés, de la Torre y Villanueva del Fresno; el príncipe de Esquilache, el Condestable, y sobre todo el Almirante de Castilla; aquel gran Mecenas de los artistas españoles, digno por su celo y su buen gusto, de eternas alabanzas, tenían en sus palacios preciosas y abundantes colecciones, que buscaban con ansia y registraban con admiración los naturales y extranjeros.

Yo no puedo apartar de mi imaginación aquellos memorables días en que el desdichado príncipe de Gales, tan célebre por su afición á las artes, como por sus ruidosas desgracias, iba reconociendo estas colecciones al lado del famoso Rubens, el amigo de Velázquez, el príncipe de los pintores flamencos. ¡Oh! ¡cuánto tuvieron que admirar uno y otro en el gusto y la magnificencia de nuestros grandes! ¡Con cuánta generosidad ofreció la corte á aquel príncipe las buenas obras que apetecía! ¡Con qué profusión pagaba él mismo las que solo se sacrificaban al interés! Pero el destino había resuelto que este ilustre aficionado, lejos de empobrecer, enriqueciese el tesoro de nuestras artes. El mismo sacrilego furor que privó de la vida y la corona al infeliz Carlos I, hizo también la guerra á sus gustos y aficiones; y la más preciosa parte de sus pinturas, vino por su muerte á enriquecer la admirable colección del Escorial.

En medio de la gloria que derramaban sobre las artes el genio sublime de Velázquez y los esfuerzos de muchos dignos artistas, se iban poco á poco olvidando las buenas máximas, sucediendo á ellas la arbitrariedad que debía un día desterrarlas de nuestro suelo. Una muchedumbre increíble de ingenios pobres y mezquinos había entrado en las artes, llevada de la esperanza de sorprender en ellas la

fortuna. Sin pasar á Italia, sin observar el arte antiguo, sin adornarse de los conocimientos necesarios, y lo que es más, sin estudiar por elementos el dibujo, creían que la fuerza sola de su genio les podría levantar hasta la esfera á donde se habían remontado sus deseos.

Este vano empeño solo produjo un enjambre de artistas aventureros, que ejercitando las nobles artes como profesión mecánica y servil, apenas sacaban de ellas una miserable subsistencia, al mismo tiempo que las envilecían. Para vender sus malas obras, las exponían en tiendas públicas, que eran otras tantas redes tendidas á la afición del ignorante vulgo. El gobierno, que vió de repente confundidas las artes nobles con las mecánicas en el humilde tráfico que se hacía con los productos de unas y otras, juzgó que las debía confundir también en el tributo de la alcabala. La pintura estuvo por algún tiempo amenazada de un golpe que la hubiera sepultado para siempre en el mayor vilipendio, si tres celosos y sabios profesores, el Greco, Nardi y Carducchi no hubiesen defendido su nobleza y ejecutoriado solemnemente su libertad. ¡A tanto descrédito había reducido las nobles artes la codicia de algunos oscuros profesores!

Entretanto, Velázquez descollaba sobre todos sus contemporáneos y hecho un Atlante de la pintura, sostenía sobre sus hombros toda la gloria del arte. Un viaje que hiciera al Escorial, en compañía de su amigo Rubens, y otro á Italia siguiendo al marqués de los Balbases, había extendido maravillosamente la esfera de sus conocimientos por medio del estudio de las obras del Veronés, del Tintoretto, Miguel Angel y Rafael, y por el de los antiguos modelos del Palacio de Médicis. Su reputación era ya superior á los tiros de la envidia y á los reveses

de la suerte; pero no había corrido aún todo el campo de gloria que le señalara la fortuna.

Felipe IV, siempre deseoso de promover las artes, forma el proyecto de hacer una colección de modelos antiguos y modernos, que librase á sus vasallos de la necesidad de ir á buscarlos á Italia. Velázquez, nombrado para esta empresa, se embarca con el Duque de Nájera; observa en Génova las obras de Calvo y la célebre estatua de Andrés Doria; pasa á Milán, á Pádua y á Venecia, donde recoge algunos cuadros del Veronés y el Tintoretto; vuela de allí á Bolonia, y recluta á Colona y Miteli, célebres fresquistas, para traerlos á Madrid; reconoce las colecciones de Florencia y Módena; detiéndose en Parma á ver las obras de Parmesano y á admirar la prodigiosa cúpula del Correggio; y libre de aquel encanto, abraza en Nápoles al famoso Ribera y llega por fin á Roma. Los retratos de Inocencio X, del cardenal Pamphili su ministro y de otros personajes, le granjean el favor de aquella corte. Valido de él, compra algunos originales antiguos, y hace sacar modelos de los demás: el Laocoonte, el Hércules de Glycon, la Cleopatra, el Antinoo, el Mercurio, el Apolo, la Niobe, el Gladiador; finalmente, cuanto había conservado el tiempo de bueno y admirable, todo fué objeto de la observación de Velázquez; todo lo busca, lo adquiere, lo copia y lo conduce para enriquecer la colección de su protector y soberano.

Vuelto á España, se vacían en bronce y yeso las estatuas y se colocan en el palacio de Madrid, para ser algún día alimento de las llamas. Las pinturas que habia adquirido, las compradas en la almoneda de Carlos I y las que presentaron á S. M. varios señores de la corte, se trasladan al Escorial, donde Velázquez las describe y coloca. Todo se

hace por su dirección y por su arbitrio. La gracia del monarca y la estimación de la corte habían subido al más alto punto, y el retrato de la infanta doña Margarita, milagro del arte, que Jordán llamaba el dogma de la pintura, y de donde el delicado Mengs no sabía apartar sus ojos, acabaron de llenar el espacio que el cielo había señalado á su reputación.

¡Ojalá pudiese yo separar de mi discurso la triste memoria de la muerte de este hombre célebre, que por espacio de treinta y siete años fué el mejor ornamento de las artes españolas!

MELCHOR GASPAS DE JOVELLANOS.





Samaniego

Otro fabulista español. Nació el 1745 en la Rioja que, como sabemos, es una extensa comarca que comprende parte de la provincia de Logroño y de la de Alava; murió en 1801. Durante su juventud viajó por Francia, en donde completó su cultura literaria. Fué uno de los miembros fundadores de la Sociedad Vascongada para instruir y moralizar al pueblo. Se vió acusado ante la Inquisición de leer libros que estaban entonces prohibidos y de profesar las doctrinas de los filósofos franceses; pero de todo esto supo defenderse y salir bien.

Se tacha á Samaniego de haber tomado los argumentos para sus composiciones de las fábulas de Esopo, Gay y Lafontaine, de este último sobre todo. Pero esto no le hace desmerecer del concepto de buen fabulista en que le tenemos. Si bien toma de otros autores los asuntos, en cambio, el desarrollo, el lenguaje y versificación de aquéllos son obra suya.

Además, en aquellas fábulas en que es completamente original, está siempre á la altura de los celebrados fabulistas en quienes á veces se inspira.

Por otra parte, ¿no está demostrado que Lafontaine no ha sido completamente original en todas las suyas? La fábula de la *Lechera*, por ejemplo, tiene una antigüedad tan remota, que bajo otra forma se lee ya en libros antiquísimos de la literatura oriental.

Pero no nos distraigamos más en estas disquisiciones y pasemos á leer algunas fábulas de Samaniego.

La cigarra y la hormiga

Cantando la cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno.
Los fríos la obligaron
A guardar el silencio,
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveída
Del preciso sustento,
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo, sin centeno.
Habitaba la hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil expresiones
De atención y respeto
Le dijo: «Doña Hormiga,
Pues que en vuestros graneros
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno
Esta triste cigarra,
Que alegre en otro tiempo,
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudéis en prestarme,
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias
Por el nombre que tengo.»
La codiciosa hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero:
«¡Yo prestar lo que gano

Con un trabajo inmenso!
 Dime, pues, holgazana,
 ¿Qué has hecho en el buen tiempo?»
 —«Yo, dijo la cigarra,
 A todo pasajero
 Cantaba alegremente
 Sin cesar ni un momento.»
 —«Hola, ¿con que cantabas,
 Cuando yo andaba al remo?
 Pues ahora que yo como,
 Baila, pese á tu cuerpo.»

Los gatos escrupulosos

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y Zapirón
 Se comieron un capón
 En un asador metido:
 Después de haberse lamido,
 Trataron en conferencia
 Si obrarían con prudencia
 En comerse el asador.
 ¿Le comieron? No señor:
 Era caso de conciencia.

La zorra y el busto

Dijo la zorra al busto
 Después de olerlo:
 Tu cabeza es hermosa,
 Pero sin seso.
 Como éste hay muchos
 Que aunque parecen hombres
 Sólo son bustos.

La lechera

Llevaba en la cabeza
 Una lechera el cántaro al mercado,
 Con aquella presteza,
 Aquel aire sencillo, aquel agrado,
 Que va diciendo á todo el que lo advierte:
 ¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
 Más compañía que su pensamiento,
 Que alegre le ofrecía
 Inocentes ideas de contento;
 Marchaba sola la feliz lechera,
 Y decía entre sí de esta manera:

—Esta leche vendida
 En limpio me dará tanto dinero,
 Y con esta partida
 Un canasto de huevos comprar quiero
 Para sacar cien pollos, que al estío,
 Me rodeen cantando el *pío pío*.

Del importe logrado
 De tanto pollo compraré un cochino:
 Con bellota, salvado,
 Berza, castaña, engordará sin tino:
 Tanto, que puede ser que yo consiga
 Ver cómo se le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
 Sacaré de él sin duda buen dinero;
 Compraré de contado
 Una robusta vaca y un ternero,
 Que salte y corra toda la campaña,
 Hasta el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento
 Enajenada, brinca de manera,
 Que á su salto violento
 El cántaro cayó: ¡pobre lechera!
 ¡Qué compasión! Adios leche, dinero,
 Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!

¡Oh loca fantasía!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
No sea que saltando de contento
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna:
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el bien futuro:
Mira que ni el presente está seguro.*

SAMANIEGO.





D. Leandro Fernández Moratín

Nunca pudo aplicarse con más propiedad que en este caso el refrán español que dice: *De tal árbol tal astilla*. Fué don Nicolás Fernández Moratín un notable poeta dramático del siglo XVIII, y fué su hijo D. Leandro poeta dramático también y aspiró como su padre á reformar el Teatro español con arreglo á los clásicos franceses.

Nació D. Leandro Fernández Moratín en Madrid el año 1760 y murió en París el 1828. Siguió en todo las huellas literarias de su padre. Vivió mucho tiempo en Francia y de tal manera se aficionó á las cosas de aquel país, que al estallar la guerra de la Independencia tomó el partido del monarca intruso y fué uno de los españoles que en aquella época recibieron el nombre de *afrancesados*. Esta circunstancia le obligó á emigrar á París al acabar la guerra y allí pasó el resto de sus días. Lo mejor de sus trabajos literarios son sus comedias, entre las que sobresalen *La comedia nueva ó el Café*, de la cual vamos á leer algunas páginas, *El sí de las niñas*, *La mojigata* y *El viejo y la niña*.

LA COMEDIA NUEVA

ACTO SEGUNDO

ESCENA 1.^a

.....

D. Hermógenes

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente, hasta que se verifique el suspirado consorcio.

Doña Mariquita

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera á usted!

D. Hermógenes

¿Pues quién ama tan de veras como yo? Cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria, sintieron jamás un amor comparable al mío.

Doña Agustina

¡Discreta hipóbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

Doña Mariquita

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

Doña Agustina

¡Me desespera!

Doña Mariquita

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone: porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos y... ¿Qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

Doña Agustina

Sí, los hombres ignorantes que no tienen crianza, ni talento, ni saben latín.

Doña Mariquita

¡Pues, latín! Maldito sea su latín. Cuando le pregunto cualquier friolera, casi siempre me responde en latín, y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

Doña Agustina

¡Qué ignorancia! Vaya, D. Hermógenes, lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruírla y descortezarla: porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido más: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas, á fin de que salgan con la debida perfección, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Los muchachos son un tormento para las mujeres instruídas.

Doña Mariquita

¡Tormento! Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

Doña Agustina

Calla, majadera: que vas á decir un disparate.

D. Hermógenes

Yo la instruiré en las ciencias abstractas: la enseñaré la prosodia: haré que copie á ratos perdidos el arte magna de Raymundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes, dos ó tres hojas del diccionario de Rubiños. Después aprenderá los logarithmos y algo de la estática; después...

Doña Mariquita

Después me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé planchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que me he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas. ¿Para qué? para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías de hacer comedias. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á obscuras ha de ser antes de la batalla ó después del veneno, y manoteando continuamente gacetas y mercurios para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para rebutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto, ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen;

y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, D. Serapio?

D. Serapio

Yo, señora, ¿cómo quiere usted que...

Doña Mariquita

Pues, lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del día anterior. Y éramos seis bocas á comer: que el más desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada, sin levantarse del asiento.

Doña Agustina

Esta es su canción. Siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos como yo, y más trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusión de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros menesteres viles y mecánicos.

D. Hermógenes

Sí, Mariquita, sí: en eso tiene razón mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan, que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertación que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve: que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index é infamis*: que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; cuando para lo segundo, basta sólo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfacción de todo mi auditorio, que es más difícil hacer un soneto, que pegar un hombrillo, y que más elogio merece la mujer que sepa componer décimas

y redondillas, que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

Doña Mariquita

Anda, por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve: en comiendo versos no se necesita cocina.

D. Hermógenes

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mío; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

Doña Mariquita

¿Y qué dice el profano? ¿Que no silbarán esta tarde la comedia?

D. Hermógenes

No, señora, la aplaudirán.

.....

L. FERNÁNDEZ DE MORATÍN.





Meléndez Valdés

Fué D. Juan Meléndez Valdés un poeta delicado que cantó con acierto y exquisita ingenuidad los sentimientos tiernos, las bellezas naturales y los encantos de la vida campestre.

Nació en Ribera del Fresno (Badajoz) el 11 de Marzo de 1754. Pasó apuros y estrecheces durante su juventud: arrastró bayetas por las aulas de la Universidad de Salamanca; pero con su amor al estudio y su trabajo constante llegó á ser catedrático de la misma. Más tarde dejó de ser profesor por seguir la carrera de la magistratura: fué juez de Zaragoza y luego fiscal del Tribunal Supremo. Cuando la guerra de la Independencia hizose *afrancesado* y Pepe Botella le pagó su adhesión nombrándole ministro de Instrucción pública. Arrojadados de España los franceses, Meléndez Valdés vióse obligado á emigrar. Sus últimos días fueron bien tristes. Murió pobre y olvidado en Montpellier el día 24 de Mayo de 1817.

LA LLUVIA

Bien venida ¡oh lluvia! seas
 A refrescar nuestros valles,
 Y á traernos la abundancia
 Con tu rocío agradable.

Bien vengas á dar la vida
 A las flores, que fragantes,
 Para mejor recibirte,
 Rompen ya su tierno cáliz;

Do á sus galanos colores,
 En primoroso contraste,
 Tus perlas, del sol heridas,
 Brillan cual ricos diamantes.

Bien vengáis, alegres aguas,
 Fausto alivio del cobarde
 Labrador, que ya temía
 Malogrados sus afanes.

Bajad, bajad, que la tierra
 Su agostado seno os abre,
 Donde os guardan mil semillas
 Para al punto fecundarse.

Bajad, y del mustio prado
 Vuestro hùmor la sed apague,
 Y su lánguida verdura
 Reanimada se levante;

Tejiendo un muelle tapete,
 Cuyo hermoso verde manchen
 Los más vistosos matices
 Como el agraciado esmalte.

Bajad, bajad en las alas
 Del vago viento; empapadle
 En frescura deleitosa,
 Y el pecho lo aspire fácil.

Bajad; ¡oh, cómo al oído
 Encanta el ruido suave

Que entre las trémulas hojas,
Cayendo, las gotas hacen!

Las que al río undosas corren
Agitando sus cristales
En sueltos círculos, turban
De los árboles la imagen;

Que en su raudal retratados
Más lozano su follaje
Y erguidos ven sus cogollos,
Y su verde más brillante.

Saltando de rama en rama,
Regocijadas las aves,
Del líquido humor se burlan
Con su pomposo plumaje;

Y á las desmayadas vegas,
En bulliciosos cantares,
Su salud faustas anuncian
Y alegres las alas batien.

El pastor el vellón mira
Del corderillo escarcharse
De aljófares, que al moverse,
Invisibles se deshacen.

Mientras él se goza y salta,
Y con balidos amables
Bendice al cielo, y ansioso
La mojada hierba pace.

El viento plácido aspira;
Y viendo cuán manso cae
En sus campos el rocío,
El labrador se complace;

Gozando ya de las mieses
Su corazón anhelante,
Que colmarán sus graneros
Cuando el Can al mundo abrase.

El bosque empapado humea,
De aromas se inunda el aire,
Y aparecen las espigas,
Floreciendo los frutales.

Enmedio el sol de las nubes,
Su frente alzando radiante,

De oro y de púrpura al iris
Pinta entre gayos celajes:

El, tendiéndose vistoso,
Sus inmensos brazos abre,
Y en arco lumbroso al cielo
Da un magnífico realce.

La naturaleza toda
Se agita, anima, renace
Más gallarda ¡oh vital lluvia!
Con tus ondas saludables.

Ven, pues, ¡oh! ven, y contigo
La fausta abundancia trae,
Que de frutos coronada
Regocije los mortales.

MELÉNDEZ VALDÉS.





Feijóo

Fray Benito Gerónimo Feijóo, más conocido por el *Padre Feijóo*, nació en Casdemiro, aldea inmediata á Orense, el año 1676, y murió á los 88 años de edad en 1764. A los 14 años ingresó en el convento de San Julián de Samos; ganó más tarde una cátedra de teología en la Universidad de Oviedo y llegó á ser abad del Monasterio de San Vicente, de la misma ciudad. Los monarcas Fernando VI y Carlos III hicieron justicia á su talento y á sus trabajos literarios y le dieron señaladas pruebas de consideración. Fué muy amigo de Campomanes, el ministro de Carlos III, quien quiso en varias ocasiones concederle honores y empleos importantes; pero el Padre Feijóo los rehusó siempre con modestia.

De su labor literaria descuella su *Teatro Crítico Universal*, que es considerado como un monumento de las letras patrias, en el cual se combate el fanatismo, la su-

perstición y las absurdas preocupaciones del vulgo. Escribió además las *Cartas eruditas y curiosas*.

Al P. Feijóo se le considera por algunos escritores modernos como un precursor del periodismo de nuestros días, como creador de la crítica, iniciador del renacimiento científico y propagador del método experimental.

Leamos las siguientes páginas tomadas de la tercera de sus *Cartas eruditas y curiosas*.

EL DUELO

CARTA TERCERA

*Preguntó un caballero al autor
si hallaba algún arbitrio para
que un noble, provocado á
desafío, por el motivo de
evitar la ofensa de Dios
se excusase de aceptar-
le, sin incurrir en la no-
ta de cobarde; y le
responde en
ésta.*

Muy Sr. mio: Delicada es la duda que V. me propone, y difícil á primera vista la decisión. Lo que no admite disputa es, que en el caso propuesto, el noble desafiado no debe, ni puede aceptar, porque pecaría gravísimamente en hacerlo; lo uno contra sí, exponiendo su vida; lo otro contra el prójimo, queriendo ó poniéndose en ocasión próxima de quitársela: y sobre estos dos pecados contra la Ley Natural, añadiría la infracción de la Ley Eclesiástica, que prohíbe así la provocación al duelo, como

la aceptación, con pena de excomunión mayor y privación de sepultura eclesiástica; cuya pena se extiende á todos los que de cualquier modo cooperan ó inducen, y aun á los que concurren simplemente no más que á asistir á ese espectáculo, en que se echa de ver con cuánto horror mira la Iglesia este delito. Y aun el Concilio Tridentino añade la pena de perpétua infamia.

No obstante todo esto, como el mundo en puntos de honor está imbuido de unas máximas detestables que le inspiró el común enemigo, y una de ellas es imponer la nota de ignominiosamente cobardes á los que provocados, no aceptan el duelo, un noble temeroso de Dios, y desafiado, se halla constituido en un notable estrecho, pudiendo decir con la casta Susana: Si acepta, ofende á Dios gravísimamente; si no, queda reputado entre los hombres por infamemente cobarde. En qué partido debe elegir no hay duda: el que eligió Susana, evitar la ofensa de Dios, arrestando el honor, ó abandonándolo al juicio errado de los hombres.

...No siendo santos todos los nobles (ya nos contentaríamos con la cuarta parte), y no pudiendo por consiguiente esperarse de muchos, que puestos en el conflicto de admitir el desafío ó incurrir en la nota de cobardes, hagan á Dios el grande sacrificio de cargar con aquella ignominia por no ofenderle; sería convenientísimo descubrir algún expediente para excusarse del desafío, sin incurrirla. ¿Pero es posible esto? Pienso que sí y no muy difícil. Voy á exponer á V. mi pensamiento.

Parece cierto que si el noble desafiado, luego que se niega á la aceptación, voluntariamente se pusiese en otro riesgo de perder la vida, igual al que evita en el desafío, nadie le tendría por cobarde, antes todos juzgarían, que no por falta de valor,

sino por otro motivo diferente se había excusado del duelo. Y si el ponerse en el nuevo riesgo fuese sin ofender á Dios, antes en servicio suyo, todos creerían que puramente por no ofenderle no había aceptado el desafío. Creo, pues, que nunca ó rarísima vez le faltará al noble la ocasión de usar este arbitrio. Si su príncipe tiene entre manos una guerra, justa, lícita, honestamente podrá alistarse en la tropa; y alistado ofrecerse á alguno ó á algunos lances peligrosos que su jefe juzgue necesarios.

Algunos se han excusado del duelo con alguna sentencia, ó dicho airoso, y por ello han sido celebrados. Antigono, según Plutarco, respondió á Pirro, rey de Epiro, que le había desafiado, que si estaba cansado de vivir, por otros caminos podía buscar la muerte; y según el mismo autor, la propia respuesta dió el emperador Augusto á Marco Antonio en ocasión semejante.

Célebre también la que dió en mis días un hombre de bien al que le había desafiado, en estos términos: «*Señor mío, en teniendo yo tanta cólera como usted tiene ahora, aceptaré el desafío: procuraré hacerla, y entonces le avisaré.*» Asimismo me pareció muy bien lo que no ha muchos años dijo un administrador de rentas Reales en París, hombre chistoso. Le habían desafiado y se hizo el zonzo. Unos amigos suyos se lo improperaron, á los cuales él respondió: «*Señores míos, Dios reparte el valor como quiere: á mí me dió poco, ó ninguno: ¿qué culpa tengo yo de eso?*» Celebróse en París el chiste, y creo que quedó más bien puesto en la opinión de los hombres de entendimiento, que el provocante.

Sin embargo, en todo acontecimiento, el que hubiere ofendido á otro, y dándole motivo justo de queja, le debe en conciencia satisfacción proporcionada á la gravedad de la ofensa.

—Por eso, lo más conveniente, más seguro y más conforme á la conciencia y al honor es precaver tales rompimientos, evitando toda ofensa del prójimo. Mi tío Don García de Puga, hermano de mi madre, no andaba ordinariamente con espada, y sólo se la ponía, cuando alguna razón política, ó de la urbanidad le precisaba á ello. Habiéndolo notado el señor D. Diego Ros de Medrano, obispo de Orense á la sazón, le preguntó: ¿por qué no traía espada como los demás hombres de bien? «*Illmo. señor, le respondió mi tío, porque viviendo bien, es excusada la espada á la cinta.*» Sentencia, que habiendo caído en gracia á aquel ejemplarísimo prelado, celebró y repitió después muchas veces.

Varios autores observaron, que aunque griegos y romanos fueron las naciones más valientes y juntamente las más pundonorosas del mundo, no se halla en las historias que entre ellos haya habido duelo, ó desafío por quejas de particulares, por graves que fuesen; sí sólo por la causa pública entre sujetos de países enemigos. Themístocles, uno de los hombres más valientes que tuvo la Grecia, habiendo Euribiades, general de los lacedemonios, irritado contra él, porque se oponía á su dictamen sobre el modo de defenderse de los persas, empuñado el bastón para herirle, bajando la cabeza, le dijo: *Descarga el golpe, pero óyeme después.* Esta magnánima paciencia de Themístocles salvó la Grecia. Oyóle Euribiades; y convencido de las razones de Themístocles, cedió á su dictamen, y los persas fueron repelidos. Agripa, el mejor y más valeroso capitán que tuvo Augusto, sufrió serenamente que Marco, hijo de Cicerón, hijo indigno de tal padre, en un convite le arrojase un vaso á la cara.

Así Themístocles, como Agripa, quedaron acre-

ditados en las historias por dos de los grandes hombres que tuvo la antigüedad.

¡Qué vergüenza para los que tienen el nombre, y profesión de cristianos, el ver en los gentiles tales ejemplos de moderación, y tolerancia, que están por la mayor parte tan lejos de imitar, siendo mucho mayor su obligación, por las grandes lecciones que para ello les dejó su Maestro, de obra y de palabra!

BENITO GERÓNIMO FEIJÓO.





EPIGRAMAS

Es el epigrama una composición corta, chispeante, satírica, formada de versos fáciles.

D. Juan de Iriarte expresó de esta manera las condiciones del epigrama:

«A la abeja semejante,
para que cause placer,
el epigrama ha de ser
pequeño, dulce y punzante.»

Han cultivado con éxito el epigrama, Marcial entre los poetas latinos, y entre los nuestros, Baltasar de Alcázar, Iglesias, Villergas y otros.

Leamos ahora los siguientes

EPIGRAMAS

«¿Y mi ración de tocino?»
Clamó un granadero atroz;
Y su sargento ladino
Dijo: «Ahí está, gran indino,
Tras de ese grano de arroz.»

Viendo un entierro, el caribe
De un centinela inexperto,
Gritó á lo lejos: «¿quién vive?»
Y contestaron «un muerto.»

Varias personas cenaban
Con afán desordenado,
Y á una tajada miraban
Que, habiendo sola quedado,
Por cortedad respetaban.
Uno la luz apagó
Para atraparla con modos;
Su mano al plato llevó
Y halló la mano de todos,
Pero la tajada no.

VILLERGAS.

Cascando un piñón don Justo,
Avaro sobresaliente,
Sintió rompérsele un diente,
Y se llevó mucho susto.
Pero pronto re rehizo
Y exclamó muy placentero:
—Este no cuesta dinero;
¡Me temí que era el postizo!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

La calavera de un burro
Miraba el doctor Pandolfo,
Y enternecido exclamaba:
«¡Válgame Dios, lo que somos!»

Ayer convidé á Torcuato,
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapillos y un pato.

Doile vino y respondió:
«Tomadlo por vuestra vida
Que hasta mitad de comida
No acostumbro á beber yo.»

N. MORATÍN.

¿Véis esa repugnante criatura
Chato, pelón, sin dientes, estevado,
Gangoso y sucio y tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

L. F. MORATÍN.





D. Pedro Calderón de la Barca

Fué Calderón de la Barca uno de los más grandes poetas y dramaturgos del siglo XVII. Nació en Madrid el mes de Enero de 1600 y murió en Mayo de 1681. No se conocen muy bien las circunstancias de su vida. Se sabe que hizo sus primeros estudios en Madrid y más tarde en Salamanca. Fué luego soldado, formando parte á los 25 años de los tercios de Flandes. De regreso á Madrid, estrenó algunos de sus dramas, alcanzando por ellos en poco tiempo mucha fama.

De joven dicen sus biógrafos que tuvo amorios, pendenias y cuchilladas, y que en uno de estos lances fué herido.

Cuando en el reinado de Felipe IV sobrevino la guerra de Cataluña, volvió al servicio militar como caballero que era de la Orden de Santiago.

En 1651 se hizo sacerdote y desde entonces observó una vida ejemplar, viéndose muy honrado y favorecido como poeta de la corte, por los reyes Felipe IV y Carlos II.

A Calderón se le ha discutido mucho y con ciego apasionamiento. Mientras sus más entusiastas admiradores le colocan al igual y aun por encima que Shakspeare (1), los que

(1) Pronúnciese *Chéspir*.

bien pudiéramos llamar detractores suyos le tratan con desdén, desconociendo sus méritos y abultando sus defectos. Ha ocurrido con Calderón lo que viene ocurriendo en nuestros días con D. José Echegaray.

Pero no han faltado críticos imparciales que sin negar que su estilo peca con frecuencia de enfático y afectado, de hinchado y pedante, reconocen en él gran facilidad en la invención de los argumentos y las situaciones; fluidez, soltura, pompa y sonoridad en la versificación; audacia y desenfado en sus conceptos y altas cualidades, en fin, para cultivar todos los géneros teatrales. Por todo ello se tiene á Calderón como una gloria de España.

Sin contar los autos sacramentales, escribió más de cien obras para el Teatro. Entre ellas hubo dramas religiosos como *La devoción de la cruz*, *El mágico prodigioso*, *El príncipe Constante*; dramas filosóficos como *La vida es sueño*; dramas trágicos como *El Alcalde de Zalamea*, *A secreto agravio secreta venganza*, *El médico de su honra*, y comedias de capa y espada, es decir, las de costumbres de aquella época, como *Casa con dos puertas*, *No hay cosa como callar* y *La dama duende*.

El siguiente fragmento pertenece á *La vida es sueño*, uno de sus dramas más famosos.

LA VIDA ES SUEÑO

ACTO I

ESCENA II

SEGISMUNDO, *en la torre*. ROSAURA. CLARÍN.

SEGISMUNDO (*Dentro*).

¡Ay mísero de mí, ay infelice!

ROSAURA

¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARÍN

Yo con nuevos temores.

ROSAURA

Clarín...

CLARÍN

Señora...

ROSAURA

Huyamos los rigores
 Desta encantada torre.

CLARÍN

Yo aún no tengo
 Animo para huir, cuando á eso vengo.

ROSAURA

¿No es breve luz aquella
 Caduca exhalación, pálida estrella,
 Que en trémulos desmayos,
 Pulsando ardores y latiendo rayos,
 Hace más tenebrosa
 La obscura habitación, con luz dudosa?
 Sí, pues á sus reflejos
 Puedo determinar (aunque lejos)
 Una prisión obscura,
 Que es de un vivo cadáver sepultura;
 Y, porque más me asombre,
 En el traje de fiera yace un hombre,
 De prisiones cargado,
 Y sólo de una luz acompañado.
 Pues huir no podemos,
 Desde aquí sus desdichas escuchemos:
 Sepamos lo que dice.

(Ábrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segis-

mundo, con una cadena, y vestido de pieles. Hay luz en la torre.)

SEGISMUNDO

¡Ay, mísero de mí! ¡Ay infelice!
 Apurar, cielos, pretendo,
 Ya que me tratáis así
 Qué delito cometí,
 Contra vosotros, naciendo;
 Aunque si nací, ya entiendo
 Qué delito he cometido:
 Bastante causa ha tenido
 Vuestra justicia y rigor;
 Pues el delito mayor
 Del hombre, es haber nacido.
 Sólo quisiera saber,
 Para apurar mis desvelos
 (Dejando á una parte, cielos,
 El delito de nacer),
 ¿Qué más os puede ofender
 Para castigarme más?
 ¿No nacieron los demás?
 Pues si los demás nacieron,
 ¿Qué privilegios tuvieron,
 Que yo no gocé jamás?
 Nace el ave, y con las galas
 Que le dan belleza suma,
 Apenas es flor de pluma
 O ramillete con alas,
 Cuando las etéreas salas
 Corta con velocidad
 Negándose á la piedad
 Del nido, que deja en calma:
 ¿Y teniendo yo más alma,
 Tengo menos libertad?
 Nace el bruto, y con la piel
 Que dibujan manchas bellas,
 Apenas signo es de estrellas
 (Gracias al docto pincel),
 Cuando, atrevido y cruel,

La humana necesidad
 Le enseña á tener crueldad,
 Monstruo de su laberinto;
 ¿Y yo, con mejor instinto,
 Tengo menos libertad?
 Nace el pez, que no respira,
 Aborto de ovas y lamas;
 Y, apenas bajel de escamas
 Sobre las ondas se mira,
 Cuando á todas partes gira,
 Midiendo la inmensidad
 De tanta capacidad
 Como le da el centro frío;
 ¿Y yo con más albedrío,
 Tengo menos libertad?
 Nace el arroyo, culebra
 Que entre flores se desata;
 Y, apenas, sierpe de plata,
 Entre las flores se quiebra,
 Cuando, músico, celebra
 De las flores la piedad,
 Que le da la magestad
 Del campo abierto á su huída;
 ¿Y, teniendo yo más vida,
 Tengo menos libertad?
 ¡En llegando á esta pasión,
 Un volcán, un Etna hecho,
 Quisiera arrancar del pecho
 Pedazos del corazón!
 ¿Qué ley, justicia ó razón,
 Negar á los hombres sabe
 Privilegio tan suave,
 Excepción tan principal,
 Que Dios le ha dado á un cristal,
 A un pez, á un bruto y á un ave?

ROSAURA

Temor y piedad, en mí,
 Sus razones han causado.

SEGISMUNDO

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARÍN (*Ap. á su ama*)

Dí que sí.

ROSAURA

No es sino un triste (¡Ay de mí!),
Que en estas bóvedas frías
Oyó tus melancolías.

.

CALDERÓN DE LA BARCA.

La elección

Preguntábale á un hijuelo
Una madre: Fulanico,
¿Qué quieres, huevo ó torrezno?
Y él dijo: Torrezno, madre;
Pero échele encima el huevo;
No es malo que haya de todo.

El niño bien criado

A cuatro ó cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada día; y como eran
Tantas porciones iguales,

Un día se olvidó de uno.
El, por no pedir, que es grave
Desacato en los chicuelos,
Estábase muerto de hambre;
Un gato maullaba entonces,
Y dijo el chiquillo: ¡zape!
*¿De qué me pides los huesos,
Si aún no me han dado la carne?*

CALDERÓN DE LA BARCA.





D. Antonio de Solís

Brillaron en el siglo XVII como escritores en prosa que fueron historiadores de sucesos particulares, D. Francisco de Moncada que narró la expedición que catalanes y aragoneses hicieron á Oriente; D. Manuel de Melo que relató la rebelión de Cataluña en tiempo de Felipe IV, y D. Antonio de Solís que refirió de una manera admirable las proezas de Hernán Cortés en la conquista de Méjico.

Nació D. Antonio de Solís en Alcalá de Henares en 1610 y murió en Madrid el año 1686. Fué historiador, poeta y autor de muchos dramas y comedias que tuvieron gran aceptación en su época y que hoy han sido olvidados.

Fué secretario particular de Felipe IV, y en 1666 la regente D.^a Mariana de Austria le nombró historiador de las Indias.

Su obra más notable es la *Historia de la conquista de Méjico*, de la cual están tomadas las siguientes páginas. En ellas se contiene la narración del combate que sostuvo Hernán Cortés contra Pánfilo de Narváez, el enviado de Velázquez, el envidioso gobernador de Cuba, para que hiciera prisionero al glorioso conquistador de Méjico.

Campaña de Hernán Cortés contra Pánfilo de Narváez

Quedó Hernán Cortés más animoso que irritado con las sinrazones de Narváez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos, y que no fiaba mucho de su ejército, ni de sí, quien trataba de

asegurar la victoria con detrimento de su reputación. Siguió su marcha en más que ordinaria diligencia; no porque tuviese resuelta la facción, ni discurridos los medios, sino porque llevaba el corazón lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolución aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala, en paraje defendido por la frente del río que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de Veracruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones bastante comodidad para que se reparase la gente de lo que había padecido con la fuerza del sol y prolijidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del río; y dando el primer lugar al descanso de su ejército, resolvió para después el discurrir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, según las noticias que llegasen del ejército contrario, donde tenía ganados algunos confidentes; y estaba creyendo que lo habían de ser en la ocasión cuantos aborrecían aquella guerra; cuyo presupuesto y las cortas experiencias de Narváez, le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaución ó nota de temeridad.

Llegó á Narváez la noticia del paraje donde se hallaba su enemigo: y más apresurado que diligente, ó con un género de celeridad embarazada, que tocaba en turbación, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública; señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés; puso en precio menor la de Gonzalo de Sandoval y Juan Velázquez de León. Mandaba muchas cosas á un tiempo, sin olvidarse de su enojo: mezclábanse las órdenes con las amenazas, y todo era despreciar al enemigo, con apariencias de temerle. Puesto en orden el ejército, menos por su disposición que por lo que acertaron, sin obedecer, sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto: persuadiéndose á que venía tan desalumbrado que le había de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el día,

gastando el tiempo y engañando la imaginación con varios discursos de alegre confianza: conceder el pillaje á los soldados, enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes, y hablar más de la victoria que de la batalla. Pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida y clamaron por volverse al cuartel; en cuya impaciencia entraron poco después los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narváez, que sentía también su incomodidad; faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinación á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Había llegado poco antes aviso de que se mantenía Cortés de la otra parte del río; de que no sin alguna disculpa conjeturaron, que no había que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razón, que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecución desconcertadamente, caminando al cubierto menos como soldados, que como fugitivos.

No permitió Narváez que su ejército se desuniese aquella noche, más porque discurrió en salir temprano á campaña, que porque tuviese algún recelo de Cortés; aunque afectó por lo demás el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz, á cuyo plano se subía por unas gradas pendientes y desabridas que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil, que servía de remate á las gradas. Eligió para su persona el torreón de en medio, donde se retiró con algunos capitanes y hasta cien hombres de su confianza, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á recorrer la campaña; nombró dos centinelas, que se alargasen á reconocer las avenidas, y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imaginación, que

se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luego Andrés de Duero á Hernán Cortés un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo, para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma en que se había dispuesto el alojamiento, más para asegurarle amigablemente que podía pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasión, que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenía premeditados todos los lances que se le podían ofrecer en aquella guerra: y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin más dilación y la puso en orden, aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad ni preguntar la ocasión de aquel movimiento inopinado; tanto se dejaban á la providencia de su capitán. Pasaron el río con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolución ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbación con que se habían retirado los enemigos, buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separación y desorden con que habían ocupado los torreones del adoratorio; ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban, facilidad con que podrían ser asaltados antes que llegasen á reunirse ó tuviesen lugar para doblarse, y viendo que no sólo se aprobaba, pero se aplaudía la proposición. «Esta noche (prosiguió diciendo con nuevo fervor), esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasión que se pudiera fingir nuestro deseo: veréis ahora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré, que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos. Poco há que aguardábamos á nuestros enemigos con esperanza de vencerlos al reparo de esa ribera; ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio con

que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa, con que desampararon la campaña, huyendo esos rigores de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colige cómo estarán en el sosiego unos hombres que le buscaron con flojedad y le disfrutaron sin recelo. Narváez entiende poco de las puntualidades á que obligan las contingencias de la guerra. Sus soldados por la mayor parte son bisoños, gente de la primera ocasión, que no há menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad: muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitán: no faltan algunos á quien debe inclinación nuestro partido, ni son pocos los que aborrecen como voluntario este rompimiento; y suelen pesar los brazos, cuando se mueven contra el dictamen ó contra la voluntad. Unos y otros se deben tratar como enemigos hasta que se declaren; porque si ellos nos vencen, hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es que nos asiste la razón; pero en la guerra es la razón enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden más. A usurparos vienen cuanto habéis adquirido: no aspiran á menos que á hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas y de vuestras esperanzas: suyas han de llamar vuestras victorias; suya la tierra que habéis conquistado con vuestra sangre; suya la gloria de vuestras hazañas, y lo peor es, que con el mismo pie que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro Rey, y atajar los progresos de nuestra religión: porque se han de perder, si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre con que obréis esta noche como acostumbráis: mejor sabréis ejecutarlo que discurrirlo: alto á las armas y á la costumbre de vencer: Dios y el Rey en el corazón, el pundonor á la vista y la razón en las manos; que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo menos de animar con las palabras, que de persuadir con el ejemplo.»

Quedaron tan encendidos los ánimos con está oración de Cortés, que hacían instancias los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolución, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narváez, le habían de negar la obediencia.

cia: palabras de hombres resueltos, que no le sonaron mal, porque hacían al brío más que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habían de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velázquez de León, Juan Núñez de Mercado y nuestro Bernal Díaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristóbal de Olid, con otros sesenta hombres y asistencia de Andrés de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Jaramillo y Bernardino Vázquez de Tapia; y él se quedó con el resto de la gente y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristóbal y Martín de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La orden fué que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas y embarazar el uso de la artillería, dividiéndose á estorbar la comunicación de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente: que Cristóbal de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese al torreón de Narváez, apretando el ataque á viva fuerza, y él seguiría con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entonces las cajas y demás estruendos militares, para que su misma novedad diese al asombro y á la confusión el primer movimiento del enemigo.

Entró luego Fr. Bartolomé de Olmedo con su exhortación espiritual, y asentando el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debían para merecer su favor. Había una cruz en el camino, que fijaron ellos mismos, cuando pasaron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contrición, que iban repitiendo con voz afectuosa; mandóles decir la confesión general; y bendiciéndolos después con la forma de la absolución, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad aunque parecido al primero: porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluída esta piadosa diligencia, formó Hernán Cortés sus tres escuadrones; puso en su lugar las picas y las bocas de fuego; repitió las órdenes á los cabos; encargó á todos el silencio; dió por seña ó por invocación el nombre del Espíritu Santo, en cuya pascua sucedió esta interpresa; y empezó á marchar en la misma ordenanza que se había de acometer, caminando muy poco á poco por que llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase más de su enemigo, de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle escrúpulo de que obraba menos valerosamente que solía en este género de insidias generosas que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales; siendo los engaños, que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

Habría marchado el ejército de Cortés algo más de media legua, cuando volvieron los batidores con una centinela de Narváez, que cayó en sus manos, y dieron noticia de que se les había escapado entre la maleza otra que venía poco después: accidente que destruía el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hizose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo más verosímil que tomase algún rodeo por no dar en el peligro; de que resultó con aplauso común la resolución de alargar el paso para llegar antes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos: suponiendo que si no se lograba la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiría por lo menos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbación. Así lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagaje y los demás impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar antes, y puso en arma el cuartel, diciendo á voces que venía el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron más

prontos: lleváronle á la presencia de Narváez, y él, después de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le traía, teniendo por impracticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campar en noche tan obscura y tempestuosa.

Serían poco más de las doce, cuando llegó Hernán Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no lo descubriesen los caballos de Narváez, que al parecer perdieron el camino con la obscuridad si no se apartaron de él para buscar algún abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa y llegar con su ejército á vista del adoratorio sin hallar un cuerpo de guardia ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narváez con el soldado, que se afirmaba en haber reconocido no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretextos á la seguridad, y se perdía en el examen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debía lograr en la prevención. La gente andaba inquieta y desvelada; cruzando por el atrio superior, unos dudosos y otros en la inteligencia de su capitán; pero todos con las armas en las manos y poco menos que prevenidos.

Conoció Hernán Cortés que le habían descubierto; y hallándose ya en el segundo caso, que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval, con su vanguardia, empezó á subir las gradas según el orden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron arma segunda vez sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron más cerca. Creció brevemente la oposición, estrechóse á las picas y á las espadas el combate; y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse, forcejando á un tiempo con el mayor número de la gente y con la diferencia del sitio interior: pero le socorrió entonces Cristóbal de Olid: y Hernán Cortés, dejando formado su retén, se arrojó á lo más ardiente del conflicto,

y facilitó el avance de unos y otros obrando con la espada lo que infundía con la voz: cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar libre la última grada, y poco más en retirarse desordenadamente, desamparando el atrio y la artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreón principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Pánfilo de Narváez, que se detuvo en armarse á persuasión de sus amigos; y después de animar á los que peleaban, y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo más recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sánchez Farfán (uno de los soldados que asistían á Sandoval) le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra, sin más aliento que el que hubo menester para decir que le habían muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbación con varios efectos: porque unos le desampararon ignominiosamente; otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que más se quisieron esforzar á socorrerle, peleaban embarazados y confusos del súbito accidente, con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco menos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó entregándole al último escuadrón; y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló, al volver en sí, no sólo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos, que le ponían más lejos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla, porque cesó la resistencia. Encerrándose todos los de Narváez en sus torreones tan amedrentados, que no se atrevían á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés y otros por el Rey, y los más atentos por el Espíritu Santo; gritos de alborozo anticipado, que ayudaron entonces al terror de los enemigos: y fué circunstancia que hizo al

caso en aquella coyuntura, que se persuadiesen los más á que traía Cortés un ejército muy poderoso, el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña: porque desde las ventanas de su encerramiento descubrían á diferentes distancias algunas luces que interrumpiendo la oscuridad, parecían á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros, siendo unos gusanos, que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel hemisferio: aprensión que hizo particular batería en el vulgo del ejército y que dejó dudosos á los que más se animaban: tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés que cesasen las aclamaciones de la victoria, cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreonnes: dispuso que á guisa de pregón se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen, ofreciendo partidos razonables y comunicación de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas; libertad y pasaje á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba; y á todos salva la ropa y las personas: diligencia que fué bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestación de su ánimo antes que el día, cuya primera luz no estaba lejos, desengañase á aquella gente de las pocas fuerzas que los tenían oprimidos, y les diese resolución para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida: que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones, donde se había retraído la gente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban: y Cortés, sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo también desarmar sus confidentes, porque no se les conociese la inclinación ó porque diesen ejemplo á los demás. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fué nece-

sario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el día se descubriesen las caras y los efectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narváez: y Hernán Cortés, que acudía incansablemente á todas partes y tenía en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algún recato, por no afligirle con su presencia, pero le descubrió el respeto de sus soldados: Narváez, volviéndole á mirar con semblante de hombre, que no acaba de conocer su fortuna, le dijo: *Tened en mucho, señor Capitán, la dicha que habéis conseguido en hacerme vuestro prisionero.* A que le respondió Cortés: *De todo, amigo, se deben las gracias á Dios; pero sin género de vanidad os puedo asegurar, que pongo esta victoria y vuestra prisión entre las cosas menores que se han obrado en esta tierra.*

ANTONIO DE SOLÍS.





Rodrigo Caro

Nació este escritor en Utrera (Sevilla) el año 1573 y murió en 1647. Abrazó el estado eclesiástico y en sus escritos se distinguió mucho como historiador, anticuario y poeta.

De sus composiciones poéticas es la más famosa su canción *A las ruínas de Itálica*, en la cual expresa el autor la penosa tristeza que le producen las ruinas de aquella insigne ciudad de la España Bética que se llamó Itálica, fundada por Escipión, á una legua de Sevilla, y cuna de los emperadores Trajano y Adriano.

A las ruinas de Itálica

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales,
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:

Este llano fué plaza, allí fué templo,
 De todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas regaladas
 Leves vuelan cenizas desdichadas:
 Las torres, que desprecio al aire fueron,
 A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado Anfiteatro,
 Impío honor de los dioses, cuya afrenta
 Publica el amarillo jaramago,
 Ya reducido á trágico teatro,
 ¡Oh fábula del tiempo! representa
 Cuánta fué su grandeza y es su estrago.

¿Cómo en el cerco vago
 De su desierta arena
 El gran pueblo no suena?
 ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
 Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció: cambió la suerte
 Voces alegres en silencio mudo:
 Mas aún el tiempo da en estos despojos
 Espectáculos tristes á los ojos:
 Y miran tan confusos lo presente
 Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Gran padre de la patria, honor de España,
 Pío, felice, triunfador Trajano,
 Ante quien muda se postró la tierra
 Que vé del sol la cuna, y la que baña
 El mar también vencido Gaditano.
 Aquí de Elio Adriano,
 De Teodosio divino,
 De Silio peregrino
 Rodaron de marfil y oro las cunas;
 Aquí ya de laurel, ya de jazmines
 Coronados los vieron los jardines
 Que ahora son zarzales y lagunas.
 La casa para el César fabricada,
 ¡Ay! yace de lagartos vil morada.
 Casas, jardines, Césares murieron,
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
 La vista en luengas calles destruidas:
 Mira mármoles y arcos destrozados,
 Mira estatuas soberbias, que violenta
 Némesis derribó, yacer tendidas,
 Y ya en alto silencio sepultados
 Sus dueños celebrados.
 Así á Troya figuro,
 Así á su antiguo muro,
 Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
 ¡Oh patria de los dioses y los reyes!
 Y á tí á quien no valieron justas leyes,
 Fábrica de Minerva, sabia Atenas,
 Emulación ayer de las edades,
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
 Que no respetó el hado, no la muerte,
 ¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.

Mas, ¿para qué la mente se derrama
 En buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta ejemplo menor, basta el presente,
 Que aún se vé el humo aquí, se vé la llama,
 Aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
 Tal genio ó religión fuerza la mente
 De la vecina gente,
 Que refiere admirada,
 Que en la noche callada
 Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice, y lastimosa
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 Selva, que se le opone resonando
Itálica: y al claro nombre oído
 De *Itálica*, renuevan el gemido
 Mil sombras nobles de su gran ruina;
 Tanto aún la plebe á sentimiento inclina!

RODRIGO CARO.





Quevedo

D. Francisco de Quevedo y Villegas, una de las personalidades más ilustres de las letras españolas, nació en Madrid el año 1580 y murió en 1640. Estudió en Alcalá de Henares y á los quince años era ya bachiller en Teología. Fué hombre de mucha cultura: hablaba varias lenguas vivas y conocía el latín y el griego.

Un lance de honor le obligó á huir de España. Marchó á Italia y se refugió en Nápoles, de cuyo virrey, duque de Osuna, fué amigo y protegido. Cuando la *Conjuración de Venecia* corrió gran peligro su vida, pudiendo salvarse de las persecuciones del Consejo de aquella ciudad, porque fué tomado como natural del país por hablar el italiano sin el más leve acento extranjero.

De regreso á España corrió la misma suerte que su valedor el duque de Osuna. Estuvo preso tres años.

En 1622 es llamado á la corte, en la cual contrajo matrimonio con una dama principal y desempeñó cargos

tan importantes como el de secretario del rey Felipe IV. D. Francisco de Quevedo tuvo el valor de decir al monarca la causa de los males que afligían al reino, y por esto y por ciertas sátiras políticas á él atribuidas, el Conde-duque de Olivares le persiguió cruelmente, teniéndole cuatro años encerrado en los calabozos de San Marcos de León.

A este escritor insigne le ha diputado el vulgo durante mucho tiempo como un bufón de la corte, considerándole autor de todos los chistes vergonzosos y los dichos groseros que han sido de uso corriente en España. Pero es ya hora de desagaviar su memoria. Quevedo fué un hombre de inteligencia superior, de espíritu muy cultivado, con grandes conocimientos en casi todos los ramos del saber. Fué también de ánimo esforzado, activo, sereno, valiente y con mucha fortaleza moral ante las contrariedades. Manejó con soltura y elegancia nuestra lengua y en sus versos y en sus libros en prosa derramó al mismo tiempo que pensamientos graves y profundos, todo el gracejo, toda la gracia, todas las sales de su ingenio fecundísimo.

Las siguientes líneas están tomadas de su libro *Vida del gran Tacaño*.

EL DÓMINE CABRA

Determinó, pues, D. Alonso de poner á su hijo en pupilaje: supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos el primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal lacería no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. Los ojos avendados en el cogote, que parecía que miraba por

cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas bubas de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecía que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos se los habían desterrado; el gáznate largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos secos, las manos como un manojo de sarmientos cada una; mirado de medio abajo, parecía tenedor ó compás, con dos piernas largas y flacas; su andar muy despacio, y si se descomponía, sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla héctica; la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese. Traía un bonete, los días del sol, ratonado, con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fué de paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por cuero de rana. Otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; la llevaba sin ceñidor; no traía cuello, ni puños; parecía con los cabellos largos, la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. ¿Pues y su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba los ratones de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba: la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas: al fin, era archi-

pobre y protomiseria. A poder, pues, de éste vine, y en su poder estuve con D. Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Dijome lo que habíamos de hacer; en esto estuvimos ocupados hasta la hora de comer: fuimos allá; comían los amos primero, y servíamos los criados. El refectorio era un aposento como un medio celmin: sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros: yo miré lo primero por los gatos; y como no los ví, pregunté cómo no los había á un criado antiguo, el cual de flaco estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse, y dijo: «¿Cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo.» Yo con esto me comencé á afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra, y echó la bendición: comieron una comida eterna, sin principio ni fin: trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer en una de ellas peligraba Narciso más que en la fuente; noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra á cada sorbo: «Cierto que no hay cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.» Acabando de decirlo, echóse su escudilla á pechos, diciendo: «Todo esto es salud, y otro tanto ingenio.» ¡Mal ingenio te acabe! decía yo, cuando ví á un mozo, medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro: «¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que

se le iguale: coman, que me huelgo de verlos comer.» Repartió á cada uno tan poco carnero, que entre lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: «Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus ganas.» ¡Mire vuesamerced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre! Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queremos todo.» ¡Mal te haga Dios, y lo que has comido, lacerado, decía yo, que tal amenaza has hecho á mis tripas! Echó la bendición, y dijo: «Ea, demos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.» Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, y dijome que aprendiese modestia, y tres ó cuatro sentencias viejas, y fué. Sentámonos nosotros, y yo, que ví el negocio mal parado y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron los otros, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir: entró Cabra al ruido, diciendo: «Coman como hermanos, pues Dios les dá con qué: no riñan, que para todos hay.» Volvióse al sol, y dejónos solos.

.....
FRANCISCO DE QUEVEDO.





POETAS DE SEGUNDO ORDEN

en el siglo XVI

Además de los grandes cultivadores de la poesía castellana en el siglo XVI, y de los cuales hacemos ya mención especial en este libro, pertenecieron á la misma época poetas de segundo orden, pero de mérito indiscutible. Fueron éstos: Esteban Villegas, que se distinguió por sus poesías anacreónticas; Gutierre de Cetina, que es conocido solamente por un madrigal bellissimo; Baltasar de Alcázar, notable por sus versos alegres y graciosos; Jáuregui, Polo de Medina y otros muchos. De los tres primeros son las composiciones que siguen:

ODA SÁFICA

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Zéfiro blando.

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi Ninfa dile,
Dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas ahora temo,
Temo sus iras.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendición;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota;
Vale un florín cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo:
No tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invención moderna,
¡Vive Dios! que no lo sé:
Pero delicada fué
La invención de la taberna.

Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voime contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicón
Hizo fin: ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneración.

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.

Pues ¡sús! encójase y entre,
 Que es algo estrecho el camino...
 No echas agua, Inés, al vino,
 No se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
 Porque con más gusto comas;
 Dios te guarde, que así tomas
 Como sabia el buen consejo.

Mas dí, ¿no adoras y precias
 La morcilla ilustre y rica?
 ¡Cómo la traidora pica!
 Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
 Morcilla de cortesanos,
 Y asada por esas manos
 Hechas á cebar lechones.

El corazón me revienta
 De placer: no sé de tí.
 ¿Cómo te va? yo por mí
 Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy ¡vive Dios!
 Mas oye un punto sutil:
 ¿No pusiste allí un candil?
 ¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,
 Ya sé lo que puede ser;
 Con este negro beber
 Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
 Alto licor celestial,
 No es el aloquillo tal,
 Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
 ¡Qué rancio gusto y olor!
 ¡Qué paladar! ¡qué color!
 Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,
 La moradilla va entrando,
 Y ambos vienen preguntando
 Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo;
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles;
Daca de la bota llena
Seis tragos. Hecha es la cena;
Levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo.....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

BALTASAR DE ALCÁZAR.





Tirso de Molina

Fr. Gabriel Téllez, más conocido por el pseudónimo de *Tirso de Molina* con que firmó sus numerosas producciones, nació en Madrid el año 1575 y murió en Soria el 1648. Pasó su juventud en Alcalá de Henares, donde cursó los estudios de Filosofía y letras. No se conocen muy bien los detalles de la primera mitad de su vida. Fué religioso de la Merced Descalza, y con aceptación general desempeñó los cargos de maestro en Teología, predicador, definidor y cronista de su Orden y otros varios, siendo finalmente comendador del convento de Soria.

Mas por nada de esto ha pasado su nombre á la posteridad. Si hoy se le recuerda con respeto es por haber sido uno de los autores dramáticos más notables del siglo XVII. Fué paisano, amigo, admirador y discípulo del gran Lope de Vega. En sus obras teatrales, aunque con propia personalidad, siguió las huellas de tan esclarecido maestro. Escribió comedias divertidas y graciosas, en las que se hace una pintura acabada de las costumbres cortesanas de la época, y se

desarrollan escenas y se presentan tipos que sin ser grotescos ni ridículos provocan la risa un poco maliciosa del espectador.

En los argumentos peca de monótono y á veces de disparatado; pero la versificación es siempre fácil y libre, el diálogo ingenioso, chispeante y epigramático, y las gracias y las sales malignas y oportunas. Escribió unas trescientas obras; pero de ellas solo se conservan 72 comedias, 12 entremeses y varios romances, siendo de aquéllas las más notables *La villana de Vallecas*, *El vergonzoso en Palacio*, *María la piadosa* y *El castigo del penséque*. A esta última pertenece el fragmento que vamos á leer.

EL CASTIGO DEL PENSÉQUE

ACTO I

ESCENA II

D. RODRIGO, CHINCHILLA

CHINCHILLA

¡Gracias á Dios, señor mío,
Que ha permitido que pises
Tierra en flamencos países!

D. RODRIGO

Mala bestia es un navío.

CHINCHILLA

Más que mula de alquiler,
Si furiosa se desboca,
Pero, en fin, anda con toca.
Lo que tiene de mujer,
La deshonra.

D. RODRIGO

Por la vela,
La llamas mujer tocada.

CHINCHILLA

Y porque, cuando le agrada,
Le sirve el viento de espuela.
Da al diablo tal caminar;
Que si una vez tira coces,
No servirá el darle voces,
Ni te podrás apear
Mientras le dura el enojo;
Sino que á la primer suerte,
Con ser tan seca la muerte,
Has de morir en remojo.
No haya miedo, aunque lo mandes,
Que me mezca la fortuna
Segunda vez en su cuna.

D. RODRIGO

Ya estamos cerca de Flandes,
Términos parte con él,
Y con la antigua Alemaña
Esta apacible montaña.

CHINCHILLA

Flandes todo es un verjel.

D. RODRIGO

¿Cómo lo sabes?

CHINCHILLA

Así

Se nos vende en nuestra tierra
En lienzos. Allí una sierra;
Un ameno valle aquí,
Y en él dos gamos corriendo;

(Que también corren en Flandes
 Gamos pequeños y grandes);
 Vanle tres galgos siguiendo,
 Y al trasponer de una cuesta,
 Le atajan dos caballeros,
 Mostrando en él sus aceros;
 Luego con música y fiesta,
 Dos damas de cardenillo,
 Oyendo el amor sutil
 De un galán de perejil
 Con un colete amarillo,
 Que asentado en una puente
 (A falta de silla ó poyo)
 Por donde corre un arroyo
 Del orinal de una fuente,
 En servir las se desvela.
 Luego en un jardín están
 Tres damas con un galán
 (Que tocando una vihuela
 Las entretiene despacio)
 Porque el sol no las ofenda;
 Mientras sacan la merienda
 De un almagrado palacio,
 Con su puente levadiza,
 Seis torres y cien ventanas.
 Acullá danzan pavañas,
 Que un flamenco soleniza...
 Por cualquier parte que andes,
 Todo es fuentes y frescura.
 Esto es Flandes en pintura,
 Y por esto, no hay más Flandes.

D. RODRIGO

No sabes tú lo que va
 De lo vivo á lo pintado.

CHINCHILLA

A Flandes hemos llegado:
 No nos llores duelos ya.

D. RODRIGO

Si en él no nos va más bien
Que en Madrid, ¡buena venida
Hemos hecho, por mi vida!

CHINCHILLA

Calla, y esperanza ten,
Que si eres hijo menor,
Y, como tal, maltratado,
De un mayorazgo, felpado,
Rico por ser el mayor,
Le heriste, con la licencia
Que da un hablar descortés;
De hermanos segundos es
Flandes valerosa herencia.
¿No traes cartas de favor
Para el Archiduque?

D. RODRIGO

Sí;
Mas basta ser para mí.....

CHINCHILLA

¿Pues de qué tienes temor?

D. RODRIGO

No está el Archiduque en Flandes.

CHINCHILLA

¡Muy buen despacho, por Dios,
Para no tener los dos
Un cuatrín!

D. RODRIGO

Desdichas grandes
Me persiguen estos días.
No hay remedio. ¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA

Si pudiéramos comer
 Desdichas tuyas y mías,
 No echáramos el dinero
 Menos; porque con mandar
 A la huéspeda guisar
 Cuatro desdichas, primero
 Que aquellas se digieran
 (Si hay para ellas digestión),
 Por que hubiera provisión,
 Otras tantas acudieran,
 Y comeríamos los dos
 Desde hoy más nuestras desdichas.

D. RODRIGO

¿Tantas tengo?

CHINCHILLA

A ser salchichas,
 A vernos viniera Dios.

D. RODRIGO

No he de ser en todas partes
 Desdichado.

CHINCHILLA

Ni hay lugar
 Donde no sepa llegar
 Con sus agüeros un martes.
 Si caminaran á pie
 Las desgracias, imagino
 Que por huir las de un camino,
 No nos siguieran.

D. RODRIGO

No sé,
 Aunque á Momblán he llegado,
 Dónde me pueda hospedar.

CHINCHILLA

Si no tienes qué gastar,
Vamos al mesón del Prado.

D. RODRIGO

¿Es tiempo de burlas éste?

CHINCHILLA

¿Pues de qué quieres que sea?

D. RODRIGO

Cuando algún noble me vea
Podrá ser que dé ó que preste.



CHINCHILLA

¿Preste aquí? ¡Vocablo extraño!
Los negros lo entenderán,
Que sirven al Preste-Juan;
Un *preste* hace tanto daño
Como *tiña* ó *pestilencia*,
De *peste* á *preste* verás,
Que hay una letra no más:
En tan poca diferencia,
Nadie se querrá apear,
Por prestar.

.....

TIRSO DE MOLINA.





Cervantes

Miguel de Cervantes Saavedra, el llamado *Príncipe de los ingenios españoles*, nació en Alcalá de Henares, el 9 de Octubre de 1547, y fueron sus padres D. Rodrigo de Cervantes y D.^a Leonor de Cortinas.

Recibió en su niñez y en los primeros años de su juventud una cultura tan extensa como permitió la modesta posición de sus padres. Escribió algunas poesías que fueron sus primeros ensayos literarios y entró al servicio del Cardenal Aquaviva, con quien pasó á Italia. Allí se alistó como soldado en las tropas que habían de pelear contra los turcos y poco después navegaba en la galera

Marquesa, capitana de la flota cristiana que mandaba D. Juan de Austria. El 7 de Octubre de 1571 tuvo lugar la memorable batalla de Lepanto y en ella tomó parte á pesar de hallarse enfermo y de que sus jefes le aconsejaron que no subiera á cubierta. Su heroísmo le costó caro: ocupó el puesto de mayor peligro y recibió dos arcabuzazos, uno en el pecho y otro que le destrozó la mano izquierda. Por eso se llamó también á Cervantes desde entonces *el Manco de Lepanto*.

Después de curarse las heridas en el Hospital de Messina y de tomar parte en las expediciones á Sicilia y Túnez, embarcóse en la galera *El Sol*, con rumbo á España. Pero la vida de Cervantes es una cadena de infortunios. La galera que le conducía fué apresada, y el autor del *Quijote* hecho prisionero y conducido á Argel, donde estuvo cautivo cinco años. Rescatado por los frailes redentoristas, volvió á España y otra vez fué soldado. Después desempeñó varios empleos de poca importancia en los que tampoco tuvo mucha suerte, y en 1584 contrajo matrimonio con D.^a Catalina de Palacios.

El 23 de Abril de 1616 acabó la vida de aquel insigne escritor, cuyo recuerdo nos llena de orgullo á todos los españoles. Escribió muchas novelas, comedias y poesías; pero su obra inmortal, traducida á todas las lenguas y admirada por todas las generaciones, es *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, á la cual pertenecen los dos fragmentos en prosa que vamos á leer.

De lo que le sucedió á D. Quijote cuando salió de la venta

La del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped,

acerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento, guió á Rocinante hacia su aldea; el cual casi, conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo. No había andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo: «Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces sin duda son de algún menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.» Y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado á otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía: «La lengua queda y los ojos listos.» Y el muchacho respondía: «No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el ható.» Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: «Descortés ca-

ballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arriada á la encina adonde estaba arrendada la yegua); que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.» El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: «Señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo; y en Dios y en mi ánima, que miente. ¿Miente, delante de mí, ruin villano? dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.» El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra, desató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debía su amo. El dijo que nueve meses, á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y dijole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que, por el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aún no había jurado nada), que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo. «Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que

sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habéis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que, por esta parte, no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros; véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él? dijo el muchacho, más? ¡mal año! No, señor, ni por pienso; porque en viéndose solo, me desollará como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quijote: basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto: y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho; que este mi amo no es caballero, ni ha recibido Orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quijote; que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andrés; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andrés, respondió el labrador; y hacedme placer de veniros conmigo; que yo juro por todas las Ordenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados. Del sahumero os hago gracia, dijo Don Quijote; dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado; si no por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed

que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pronunciada.» Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto el bosque y que ya no parecía, volvióse á su criado Andrés y díjole: «Venid acá, hijo mío; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andrés; y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! que según es de valeroso y de buen juez, ¡vive Roque, que si no me pagáis, que vuelva y ejecute lo que dijo! También lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.» Y asiéndole del brazo, le tornó á atar de la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto. «Llamad, señor Andrés, ahora, decía el labrador, al desfacedor de agravios; veréis cómo no desfaze aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer porque me vienen ganas de desollaros vivo, como vos temíades.» Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas; pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó riendo. Y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote.

CUENTO DEL REBUZNO

En un lugar que está á cuatro leguas y media de esta venta, sucedió que á un regidor de él le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles para hallarle, no fué posible. Quince días serian pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: Dame albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os lo mando y buenas, compadre, respondió el otro, pero sepamos dónde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era uua compasión mirarle. Quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegue á él, se fué huyendo, y se entró en lo más escondido del monte. Si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, é yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados de la verdad de este caso. En resolución, los dos regidores, á pie y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos

descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y es, que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algún tanto decís, compadre?, dijo el otro; por Dios, que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado, que os vayáis vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que lo rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho, rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos, sino que el asno nos oiga y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro ingenio». Y dividiéndose los dos, según el acuerdo, sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudió á buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso: ¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar; porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor rebuznador del mundo: porque el sonido que tenéis, es alto; lo sostenido de la voz, á su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados, y en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera de esa rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que

puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en éste, plegue á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir, y á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondía; pues á no estar muerto, él rebuznara, si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueque de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues si bien canta el abad, no le vá en zaga el monacillo.

Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les había acontecido con la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar. Todo lo cual, se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordias por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nona-

da, ordenó é hizo, que las gentes de los otros pueblos, en viendo alguno de nuestra aldea, rebuznassen como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros régidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo; de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada y formando escuadrón, han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza.

CERVANTES.

SONETO

Al túmulo levantado á las honras de Felipe II
en Sevilla

¡Vive Dios! que me espanta esta grandeza
Y que diera un millón por describilla;
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta belleza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón; y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en su mayor alteza.

Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
El cielo, donde asiste eternamente.

Esto oyó un andaluz, y dijo: «Es cierto
Cuanto dice voacé, seor soldado,
Y quien dijere lo contrario, miente».

Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fué, y no hubo nada.

CERVANTES.





Góngora

Fué en Córdoba donde vió por primera vez la luz don Luis de Góngora y Argote, el 11 de Julio de 1561. Estudió en Salamanca, cultivó la música y se hizo diestro en la esgrima, lo que le permitió salir ileso en varios lances á que le arrastró su carácter agresivo y arrebatado. Siguió primero la carrera del Foro, pero luego se hizo sacerdote, desempeñando una plaza de racionero en la catedral cordobesa. Fué protegido por el duque de Lerma y obtuvo el cargo de limosnero del rey, falleciendo el 14 de Mayo de 1627.

Los biógrafos de Góngora distinguen dos periodos en su historia de poeta: uno en que escribió con la mayor sencillez y naturalidad hermosas baladas, odas, letrillas y romances; y otro en que empleó un lenguaje hinchado y ampuloso y un estilo amanerado y efectista. De esta época son sus poemas titulados *Las Soledades*, *Poltífemo*, *Piramo* y *Tisbe*.

LA VIDA DEL MUCHACHO

Hermana Marica,
Mañana que es fiesta
No irás tú á la amiga
Ni yo iré á la escuela.
Pondraste el corpiño
Y la saya buena,

Cabezón labrado,
Toca y albanega:
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Medias de estameña.

Y si hace bueno,
 Traeré la montera
 Que me dió la pascua
 Mi señora abuela,
 Y el estadal rojo,
 Con lo que le cuelga,
 Que trujo el vecino
 Cuando fué á la feria.
 Iremos á Misa;
 Veremos la iglesia;
 Dará nos un cuarto
 Mi tía la ollera.
 Compraremos dél,
 Que nadie lo sepa,
 Chochos y garbanzos
 Para la merienda,
 Y en la tardecita,
 En nuestra plazuela,
 Jugaré yo al toro
 Y tú á las muñecas
 Con las dos hermanas
 Juana y Magdalena,
 Y las dos primillas
 Marica y la tuerta.
 Y si quiere madre
 Dar las castañetas,
 Podrás tanto de ello
 Bailar en la puerta.
 Y al son del adufe
 Cantará Andregüela:
*No me aprovecharon,
 Mi madre, las hierbas;*

Y yo de papel
 Haré una librea,
 Teñida con moras
 Porque bien parezca,
 Y una caperuza
 Con muchas almenas.
 Pondré por penacho
 Las dos plumas negras
 Del rabo del gallo,
 Que allá en la huerta
 Anaranjeamos
 Las carnestolendas:
 Y en la caña larga
 Pondré una bandera
 Con dos borlas blancas
 En sus trezaderas;
 Y en mi caballito
 Pondré una cabeza
 De guadamací,
 Dos hilos por riendas,
 Y entraré en la calle,
 Haciendo corvetas
 Yo y otros del barrio,
 Que son más de treinta;
 Jugaremos cañas
 Junto á la plazuela,
 Por que Bartolilla
 Salga acá y nos vea:
 Bartola, la hija
 De la panadera,
 La que suele darme
 Tortas con manteca.

GÓNGORA.





El padre Mariana

D. Juan de Mariana, el célebre historiador y teólogo á quien llamamos comunmente *el padre Mariana*, nació en Talavera de la Reina el 1.º de Abril de 1536.

Muy joven se hizo sacerdote é ingresó en la Compañía de Jesús. A los 24 años y por encargo de San Ignacio de Loyola desempeñó una cátedra de teología en Roma; más tarde regentó otra en Sicilia y desde este punto pasó á París á explicar literatura sagrada.

Regresó á España y fijó su residencia en Toledo. Allí se distinguió como predicador y por sus profundos estudios teológicos. Obtuvo además varios importantes empleos en el tribunal de la Inquisición, á pesar de lo cual manifestó siempre en sus escritos un criterio amplio, tolerante y liberal, que le proporcionó persecuciones y disgustos.

El P. Mariana escribió muchas obras, pero la más

famosa y notable de todas es su *Historia general de España*, que tiene todo el valor de un monumento literario.

Murió el insigne escritor el 16 de Febrero de 1623.

LOS REYES CATÓLICOS

Eran el uno y el otro—D. Fernando y doña Isabel—de mediana estatura, de miembros bien perfeccionados, sus rostros de buen parecer, la magestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algún tanto á moreno.

En particular el Rey tenía el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el genio claro, el juicio grave y acertado, la condición suave y cortés y clemente con los que iban á negociar. Fué diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par, tan amigo de los negocios, que parecía que con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacía mal á un caballo con mucha destreza; cuando más mozo se deleitaba en jugar á los dados y á los naipes; en la edad más adelantada solía ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas.

La Reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos; no usaba de algunos afeites; la gravedad, medida y modestia de su rostro sin-

gular. Fué muy dada á la devoción y aficionada á las letras; tenía amor á su marido, pero mezclada con celos y sospechas. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey don Fernando por no aprender letras en su primera edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados.

El mismo día que nació el rey D. Fernando, según algunos lo refieren, en Nápoles, cierto fraile carmelita tenido por hombre de santa vida, dijo al rey D. Alonso, su tío: «Hoy en el reino de Aragón ha nacido un infante de tu linaje; el cielo le promete nuevos imperios, grandes riquezas y venturas; será muy devoto, aficionado á lo bueno, y defensor excelente de la cristiandad.»

Entre tantas virtudes casi era forzoso, conforme á la fragilidad de los hombres, tuviese algunas faltas. La avaricia de que le tachan se puede excusar con la falta que tenía de dineros y estar enajenadas las rentas reales. Al rigor y severidad de castigar de que así mismo le cargan, dieron ocasión los tiempos y costumbres tan estragadas. Los escritores extraños lo achacan de hombre astuto, y que á veces faltaba á la palabra, si le venía más á cuento. No quiero tratar si esto fué verdad; si invención en odio de nuestra nación; sólo advierto que la malicia de los hombres acostumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los vicios que le son semejables, como también al contrario engañan y son alabados los vicios que semejan á las virtudes; además que se acomodaba al tiempo, al lenguaje, al trato y mañas que entonces se usaban.

P. MARIANA.





Lope de Vega

Nació Félix Lope de Vega Carpio en Madrid el 25 de Noviembre de 1562; murió en 27 de Agosto de 1635.

Desde la niñez manifestó brillantes condiciones para el estudio y aquel talento extraordinario para las bellas letras por el que le llamó Cervantes *mónstruo de la naturaleza* y la posteridad el *Fenix de los Ingenios*. Fué un verdadero portento de facilidad para asimilarse lo que estudiaba y para hacer versos y dramas.

A los cinco años leía latín y á los doce hacía ya comedias. Oigámosle á él mismo:

«Y yo las escribí de once y doce años,
de á cuatro actos y de á cuatro pliegos,
porque cada acto un pliego contenía.»

Estuvo de secretario con el duque de Alba, fué soldado y casó dos veces. Al enviudar de su segunda mujer entró en la Orden de San Francisco y se hizo sacerdote.

Lope de Vega fué el creador fecundísimo del teatro espa-

ñol. Escribió 10.800 comedias, 200 libros y una infinidad de composiciones sueltas. Pero tan copiosa producción literaria dista mucho de ser perfecta. De haber escrito menos dramas, acaso los hubiera hecho mejores.

Citaremos de sus obras dramáticas únicamente *El mejor alcalde el rey*, *Las flores de D. Juan*, *La boba para otros y discreta para sí*, *La estrella de Sevilla*.

SONETO

Un soneto me manda hacer Violante,
Y en mi vida me he visto en tal aprieto:
Catorce versos dicen que es soneto:
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

LOPE DE VEGA.





Santa Teresa

Teresa Sánchez de Cepeda, la misma que al tomar el hábito de religiosa se llamó *Teresa de Jesús*, ha sido sin duda la mujer más insigne que ha nacido en nuestra patria. Fué admirable como escritora y lo fué también por su entereza de ánimo, por su energía varonil, por la santidad de su vida.

Ávila se enorgullece de haber sido la cuna de Santa Teresa, cuya vida estuvo comprendida entre los años 1515 y 1582. Profesó á los veinte años y fué reformadora de las carmelitas descalzas, á cuya orden pertenecía. Padebió molestias y persecuciones por haber sido acusada de hipócrita é ilusa; pero supo defenderse y triunfar de sus enemigos.

Recorrió gran parte de España y fundó muchos conventos, tanto de frailes como de monjas. Murió en Alba de Tormes.

En 1614 fué canonizada por el Papa Gregorio XV y en 1627 Urbano VIII le concedió el título de *Doctora de la Iglesia*. Santa Teresa dejó gran número de obras en prosa, entre ellas una auto-biografía, *El Camino de la perfección*, una colección de *Cartas* y poesías que son acabados modelos del género místico.

CAMINO DE LA PERFECCIÓN

Las virtudes

¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviera, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones. No haya ya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene á quien temer, porque nada se le dá de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida; sólo teme descontentar á su Dios, suplícale le sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee; de manera que nunca las vé, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto que siempre anda procurando tenerlas, y valas perfeccionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen; luego se dá á entender á los que las tratan, sin querer ellos.

TERESA DE JESÚS.





Fray Luis de León

Fué Fray Luis de León un gran teólogo y un escritor muy notable, siendo hoy considerado como uno de nuestros mejores clásicos.

En el siglo se llamó *Luis Ponce* y nació en Belmonte (Cuenca) el año 1527. Estudió en la Universidad de Salamanca, en la cual tomó el grado de doctor en Teología. Más tarde profesó en el convento de Agustinos de aquella ciudad, y por oposición, obtuvo una cátedra de Teología en la misma Universidad en que hizo sus estudios.

Por una traducción que hizo al castellano de *El cantar de los cantares* de Salomón, acompañada de algunos comentarios, fué delatado á la Inquisición, que lo tuvo recluido en un calabozo durante cinco años.

Fué en la cárcel donde escribió aquellas conocidísimas quintillas:

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado:
dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
á solas su vida pasa;
con solo Dios se compasa,
ni envidiado ni envidioso.

Al fin vió el sabio agustino proclamada su inocencia y fué restituido á su cátedra. Y cuando después de cinco años de cárcel se encontró de nuevo ante sus discípulos, empezó con estas palabras: *Decíamos ayer...*

Dejó de existir en la villa de Madrigal (Ávila) el 23 de Agosto de 1591.

Sus obras más notables son: *La Perfecta Casada* y *Nombres de Cristo*, y de sus composiciones en verso, por las cuales ha sido llamado el *Horacio español*, sobresalen las odas *A la Ascensión*, *La Profecía del Tajo* y *La Vida del campo*, que vamos á leer.

ODA MORAL

LA VIDA DEL CAMPO

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruído,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mi contento

si soy del vano dedo señalado,
 si en busca de este viento
 ando desalentado
 con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte! ¡oh fuente! ¡oh río!
 ¡oh secreto seguro, deleitoso!

Roto casi el navío,
 á vuestro almo reposo
 huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
 un día, puro, alegre, libre quiero;
 no quiero ver el ceño
 vanamente severo
 de á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves
 con su cantar sabroso no aprendido;
 no los cuidados graves
 de que es siempre seguido
 el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
 gozar quiero del bien que debo al cielo,
 á solas, sin testigo,
 libre de amor, de celo,
 de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
 por mi mano plantado tengo un huerto,
 que con la primavera
 de bella flor cubierto
 yá muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
 por ver y acrecentar su hermosura,
 desde la cumbre airosa
 una fontana pura
 hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
 el paso entre los árboles torciendo,
 el suelo de pasada
 de verdura vistiendo
 y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,

y ofrece mil olores al sentido,
 los árboles menea
 con un manso ruído,
 que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
 los que de un falso leño se confían:
 no es mío ver el lloro
 de los que desconfían
 cuando el Cierzo y el Ábrego porfían.

La combatida antena
 cruje, y en ciega noche el claro día
 se torna: al cielo suena
 confusa vocería,
 y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla
 mesa de amable paz bien abastada
 me basta; y la vajilla
 de fino oro labrada
 sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
 mente se están los otros abrasando
 con sed insaciable
 del peligroso mando,
 tendido yo á la sombra esté cantando:

A la sombra tendido,
 de hiedra y lauro eterno coronado,
 puesto el atento oído
 al son dulce, acordado,
 del plectro sabiamente meneado.

FR. L. DE LEÓN.





Garcilaso

Se enorgullece Toledo de ser la cuna del tierno, delicado, dulcísimo, Garcilaso de la Vega, el príncipe de los poetas líricos castellanos, el llamado *Petrarca español*. Nació en 1503, y como militar que fué, dió en su corta vida repetidas pruebas de valor y bizzarria. Siguió á Carlos V en sus principales campañas, y estuvo en la defensa de Viena, en el sitio de Túnez y en la toma de la Goleta. El año 1536, al atacar de orden de Carlos V la torre de Muy, cerca de Niza, recibió una pedrada en la cabeza, que le ocasionó la muerte. España perdió prematuramente un guerrero valeroso y un insigne poeta.

Sus poesías son: 37 sonetos, 5 canciones, 3 églogas y una epístola.

ÉGLOGA

(Fragmento)

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
 Árboles que os estáis mirando en ellas;
 Verde prado, de fresca sombra lleno;
 Aves, que aquí sembráis vuestras querellas;
 Hiedra, que por los árboles caminas,
 Torciendo el paso por su verde seno:
 Yo me ví tan ajeno
 Del grave mal que siento,
 Que de puro contento
 Con vuestra soledad me recreaba;
 Ó con el pensamiento discurría
 Por donde no hallaba
 Sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde ahora
 Me entristezco y me canso, en el reposo
 Estuve yo contento y descansado.
 ¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
 Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
 Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
 ¡Oh miserable hado!

¡Oh tela delicada,
 Antes de tiempo dada
 A los agudos filos de la muerte!
 Más conveniente fuera aquesta suerte
 A los cansados años de mi vida,
 Que es más que el hierro fuerte,
 Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
 Que llevaban tras sí como colgada
 Mi ánima doquier que se volvían?
 ¿Dó está la blanca mano delicada,
 Llena de vencimientos y despojos
 Que de mí mis sentidos le ofrecían?
 Los cabellos, que vían

Con gran desprecio al oro
 Como á menor tesoro,
 ¿Dónde están? ¿á dónde el blanco pecho?
 ¿Dó la columna, que el dorado techo
 Con presunción graciosa sostenía?
 Aquesto todo ahora ya se encierra,
 Por desventura mía,
 En la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
 Cuando en aqueste valle al fresco viento,
 Andábamos cogiendo tiernas flores,
 Que había de ver con largo apartamiento
 Venir el triste y solitario día
 Que diese amargo fin á mis amores?
 El cielo en mis dolores
 Cargó la mano tanto
 Que á sempiterno llanto
 Y á triste soledad me ha condenado:
 Y lo que siento más, es verme atado
 A la pesada vida y enojosa,
 Solo, desamparado,
 Ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paxe
 En hartura el ganado ya, ni acude
 Al campo el labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude.
 La mala hierba al trigo ahoga, y nace
 En lugar suyo la infelice avena.
 La tierra que de buena
 Gana nos producía
 Flores, con que solía
 Quitar en solo verlas mil enojos,
 Produce ahora en cambio estos abrojos,
 Ya de rigor de espinas intratable:
 Y yo hago con mis ojos
 Crecer llorando el fruto miserable.

Como al partir el sol, la sombra crece,
 Y en cayendo su rayo, se levanta
 La negra obscuridad que el mundo cubre,
 De do viene el temor que nos espanta,

Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine,
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.

.

GARCILASO.



LÉXICO

Significación de algunas palabras entresacadas de este libro

- Amalfitano.**—Natural de Amalfi, ciudad de Italia.
- Aureo.**—Lo que es de oro ó dorado.
- Abside.**—Bóveda ó arco central del templo.
- Anaxágoras.**—Filósofo griego de la escuela jónica. (500-428 años antes de J. C.)
- Alucinado.**—Ofuscado, confundido.
- Anacrónica.**—Que pertenece á otro tiempo.
- Anacreóntica.**—Poesías hechas á imitación de Anacreonte, célebre poeta griego.
- Ahincada.**—Con ahinco, es decir, constante y tenaz.
- Avezada.**—Acostumbrada.
- Arrebol.**—Color rojo que suele verse en las nubes.
- Aquilones.**—Vientos del Norte.
- Alcázar.**—Palacio real.
- Airón.**—Penacho de plumas. Adorno de seda, filigrana y joyas imitando plumas.
- Aljófares.**—Perlas pequeñas é irregulares. En poesía es el rocío.
- Arcabuz.**—Especie de fusil antiguo.
- Aloque.**—El vino tinto claro.
- Almagrado.**—De color de almagra ó tierra roja.
- Alemaña.**—Alemania.
- Balada.**—Composición poética en que se refiere un suceso con cierta melancolía.
- Betis.**—Guadalquivir.
- Bucólica.**—Poesía en que se cantan las delicias del campo.
- Cármenes.**—Casas de campo en Granada.
- Camafeo.**—La figura labrada en piedra preciosa.
- Cardenillo.**—Color verde, de cardenillo.
- Camoens.**—Célebre poeta portugués del siglo XVI, autor de *Os Lusíadas*.
- Cibeles.**—Diosa de la mitología griega. Se la tenía por hija de Urano y esposa de Saturno.
- Calizo.**—Terreno que abunda en cal.
- Célula.**—Cada uno de los elementos anatómicos sumamente pequeños que forman los tejidos animales ó vegetales.
- Coscoja.**—Hoja seca de la encina ó carrasca.
- Diaquilón.**—Emplasto que se hace de aceite y otras sustancias.
- Erótica.**—Poesía amatoria.
- Epitalámica.**—Día ó noche de bodas.
- Exhumar.**—Desenterrar.
- Estro.**—Entusiasmo poético. Inspiración.
- Endecasilabo.**—Verso de diez sílabas.

- Estrofa.**—Cada uno de los grupos regulares de versos en que se puede descomponer una poesía.
- Embrión.**—El primer rudimento de un animal ó planta.
- Embrionario.**—Es lo que aún no está formado.
- Edén.**—El paraíso.
- Facción.**—Acción militar. También es la pandilla de gente amotinada.
- Flandes.**—Antiguo condado de los Países Bajos, hoy dividido en Holanda y Bélgica.
- Féretro.**—La caja en que se lleva un muerto.
- Filósofo.**—El pensador que estudia la Filosofía.
- Gérmenes.**—Semillas, rudimentos.
- Glaucas.**—De color verde claro.
- Grumetes.**—Los muchachos de los barcos que suben á los palos y hacen otros servicios.
- Hidalgo.**—Caballero.
- Horacio.**—Célebre poeta latino. Vivió en Roma y estuvo en la batalla de Filipo.
- Hipérbole.**—Figura retórica que equivale á exageración.
- Hierática.**—Escritura jeroglífica de los egipcios. Todo lo que está rígido y mudo.
- Héctica.**—Hética ó tísica.
- Homero.**—El más célebre de los poetas griegos. Sus dos poemas más famosos son la *Iliada* y la *Odisea*.
- Impoluta.**—Limpia, sin mancha.
- Ideal.**—Lo que uno piensa como mejor y más perfecto.
- Inaccesible.**—La altura á que no puede llegarse.
- Jalde.**—Amarillo subido.
- Justillo.**—Vestido interior que ciñe el cuerpo y que no baja de la cintura ni tiene mangas.
- Juglares.**—El que antiguamente tenía por oficio cantar, bailar y divertir á la gente.
- Leva.**—Enganche de gente para las armas.
- Letal.**—Mortífero ó que causa la muerte.
- Lamas.**—Légamo y cieno que cría el agua estancada.
- Lutero (Martín).**—El más célebre de los fundadores de la reforma protestante en Alemania. Fué antes fraile agustino en Roma (1483-1546). Nació en Eislebe, ciudad de Sajonia, y el Papa León X le excomulgó en 1520.
- Licurgo.**—Célebre legislador griego. (Esparta.)
- Lirica.**—Carácter de la poesía, en la que el autor canta sus afectos.
- Mosaistas.**—Fabricantes de mosaicos.
- Nostalgia.**—Tristeza que nos causa la ausencia del país natal.
- Orifices.**—Artífices que trabajan en oro.
- Ónices.**—Agata cuyas capas son de colores distintos y sobrepuestos.
- Pañoles.**—Los compartimientos de la bodega de un buque.
- Pléyade.**—Reunión ó grupo de sabios, poetas ó personas ilustres.
- Plinio.**—Célebre escritor latino que pereció asfixiado.
- Parodia.**—Imitación de una obra literaria. La mayor parte de las veces, la parodia tiene carácter burlesco.
- Plinto.**—Base cuadrada de una columna.
- Pirata.**—Bandido que va robando por el mar.
- Pensiles.**—Jardines deliciosos.
- Púrpura.**—Molusco que suministra el precioso licor rojo con que antiguamente se teñían las ropas de los reyes y emperadores.
- Querellas.**—Quejas, tristezas, pleito ó pendencia.
- Renacimiento.**—La época en que en Italia y en el resto de Europa empezaron á renacer las artes antiguas y á cultivarse con entusiasmo todas las Bellas Artes (1453-1610)
- Romántico.**—Soñador, idealista, hombre que descuida las realidades de la vida y piensa mucho en el pasado.
- Refectorios.**—Comedores.
- Sempiterna.**—Constante, eterna.
- Sotaventados.**—Barcos que están á sotavento.
- Sátira.**—Burla discreta y comedida.
- Sarcófago.**—Sepulcro.
- Simbolos.**—Señales ó cosas que por su representación, figura ó semejanza nos dan á conocer ó nos explican otras.
- Sutil.**—Delgado, delicado, tenue.

Tabardo.—Casacón de paño, ancho y largo.

Turbión.—Lluvia muy fuerte ó golpe de agua que arrastra tierra ó arena.

Trovadores.—Los poetas provenzales que recitaban ó cantaban sus poesías.

Verso.—Cada uno de los renglones cortos de que consta una poesía.

Virgilio.—Célebre poeta latino autor de la *Eneida*.

Zafir.—Color azul claro ó transparente.

ERRATAS

En este libro se han deslizado pequeñas erratas que el lector salvará fácilmente. Sólo rectificaremos una. En la página 25 y línea 17, donde dice: «... y el *aprecio público* saca en todos los casos...», debe decir: «... ni el *aprecio público*, etcétera...»



INDICE

	Págs.
Unas palabras al lector.	5
Breve noticia histórica de la literatura española.. . . .	9
D. Benito Pérez Galdós.— <i>Trafalgar</i>	17
Los nuevos poetas.— <i>Los leñadores</i>	25
D. José M. Piernas y Hurtado.— <i>El trabajo</i>	29
D. Francisco Villaespesa.— <i>La sombra de las manos</i>	35
D. ^a Emilia Pardo Bazán.— <i>El arte bizantino</i>	39
D. Vicente Medina.— <i>Cansera</i> .— <i>Pajaricos sueltos</i>	45
D. Miguel Unamuno.— <i>El derecho del primer ocupante</i>	50
D. Manuel Machado.— <i>Castilla</i>	57
D. Armando Palacio Valdés.— <i>Auto-biografía</i>	59
D. Alejandro Sawa.— <i>El alma de las cosas</i>	61
D. Antonio Fernández Grilo.— <i>En las ermitas de la sierra de Córdoba</i>	66
D. Pio Baroja.— <i>Elogio de los viejos caballos del tío vivo</i>	71
D. Sinesio Delgado.— <i>Canto á la bandera</i>	75
D. Eduardo Benot.— <i>Los aerolitos</i> .— <i>Los árabes</i>	77
D. Jacinto Benavente.— <i>Lo cursi</i>	82
D. Marcelino Menéndez y Pelayo.— <i>El Quijote</i>	87
D. Teodoro Llorente.— <i>Un ramo de claveles y azucenas</i>	93
D. Juan Valera.— <i>España y Portugal</i>	96
D. Ramón de Campoamor.— <i>El gaitero de Gijón</i> .— <i>Humoradas</i>	103
D. Santiago Ramón y Cajal.— <i>La indagación científica</i>	108
D. José Zorrilla.— <i>A Galiana</i>	112
D. José María de Pereda.— <i>Peñas arriba</i>	118
D. Gustavo Adolfo Bécquer.— <i>¡Qué solos se quedan los muertos!</i>	125
D. José Selgas y Carrasco.— <i>La cara</i> .— <i>La cuna vacía</i>	130
D. Francisco Pi y Margall.— <i>Una tarde de invierno</i>	137
D. ^a Gertrudis Gómez de Avellaneda.— <i>Al partir</i> .— <i>Paseo por el Betis</i>	144
D. Emilio Castelar.— <i>Pestalozzi</i>	147
D. José Espronceda.— <i>Canción del Pirata</i>	156
D. Pedro Antonio Alarcón.— <i>La noche-buena del poeta</i>	161
D. Manuel Bretón de los Herreros.— <i>La niñez</i>	167
D. Antonio de Trueba.— <i>El rey en busca de novia</i>	172

D. Francisco Martínez de la Rosa.— <i>La barquera.</i> — <i>El Cementerio de Momo.</i>	180
D. Jaime Balmes.— <i>La atención.</i> — <i>Su necesidad.</i>	183
Excmo. Sr. Duque de Rivas.— <i>Un castellano leal.</i>	187
D. Mariano José de Larra.— <i>El castellano viejo.</i>	196
D. Juan Nicasio Gallego.— <i>Al dos de Mayo.</i>	206
D. Modesto Lafuente.— <i>La agricultura y la industria en España durante la dominación romana.</i>	212
D. Alberto Lista.— <i>A la muerte de Jesús.</i>	217
D. Manuel José Quintana.— <i>Guzmán el Bueno.</i> — <i>A la invención de la imprenta.</i>	221
Fábulas y fabulistas.	228
D. Tomás de Iriarte.— <i>Los dos conejos.</i> — <i>El burro flautista.</i> — <i>La rana y el renacuajo.</i>	219
Jovellanos.— <i>Velázquez.</i>	232
Samaniego.— <i>La cigarra y la hormiga.</i> — <i>Los gatos escrupulosos.</i> — <i>La zorra y el busto.</i> — <i>La lechera.</i>	240
D. Leandro Fernández Moratín.— <i>La comedia nueva.</i>	245
Meléndez Valdés.— <i>La lluvia.</i>	251
Feijóo.— <i>El duelo.</i>	255
Epigramas.	261
D. Pedro Calderón de la Barca.— <i>La vida es sueño.</i> — <i>La elección.</i> — <i>El niño bien criado.</i>	264
D. Antonio de Solís.— <i>Campana de Hernán Cortés contra Pánfilo de Narváez.</i>	271
Rodrigo Caro.— <i>A las ruinas de Itálica.</i>	282
Quevedo.— <i>El domine Cabra.</i>	285
Poetas de 2.º orden en el siglo XVI.— <i>Oda sáfica.</i> — <i>Madridrigal.</i> — <i>La cena.</i>	290
Tirso de Molina.— <i>El castigo del penséque.</i>	295
Cervantes.— <i>De lo que le sucedió á D. Quijote cuando salió de la venta.</i> — <i>Cuento del rebuzno.</i> — <i>Soneto.</i>	302
Góngora.— <i>La vida del muchacho.</i>	313
El padre Mariana.— <i>Los Reyes Católicos.</i>	315
Lope de Vega.— <i>Soneto.</i>	318
Santa Teresa.— <i>Camino de la perfección.</i> — <i>Las virtudes.</i>	320
Fray Luis de León.— <i>Oda moral.</i> — <i>La vida del campo.</i>	322
Garcilaso.— <i>Egloga. Fragmento.</i>	326

